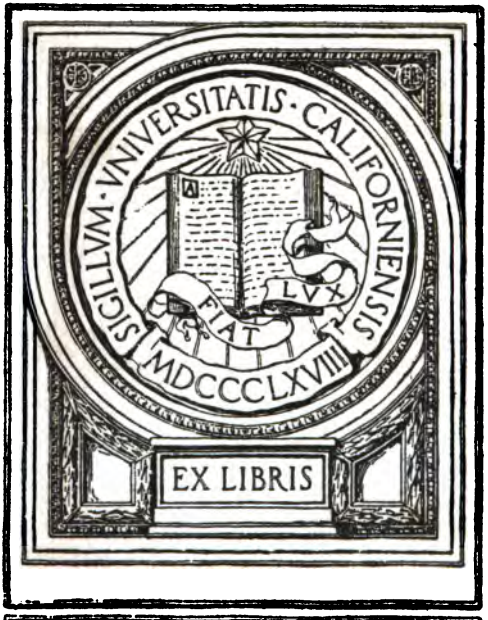
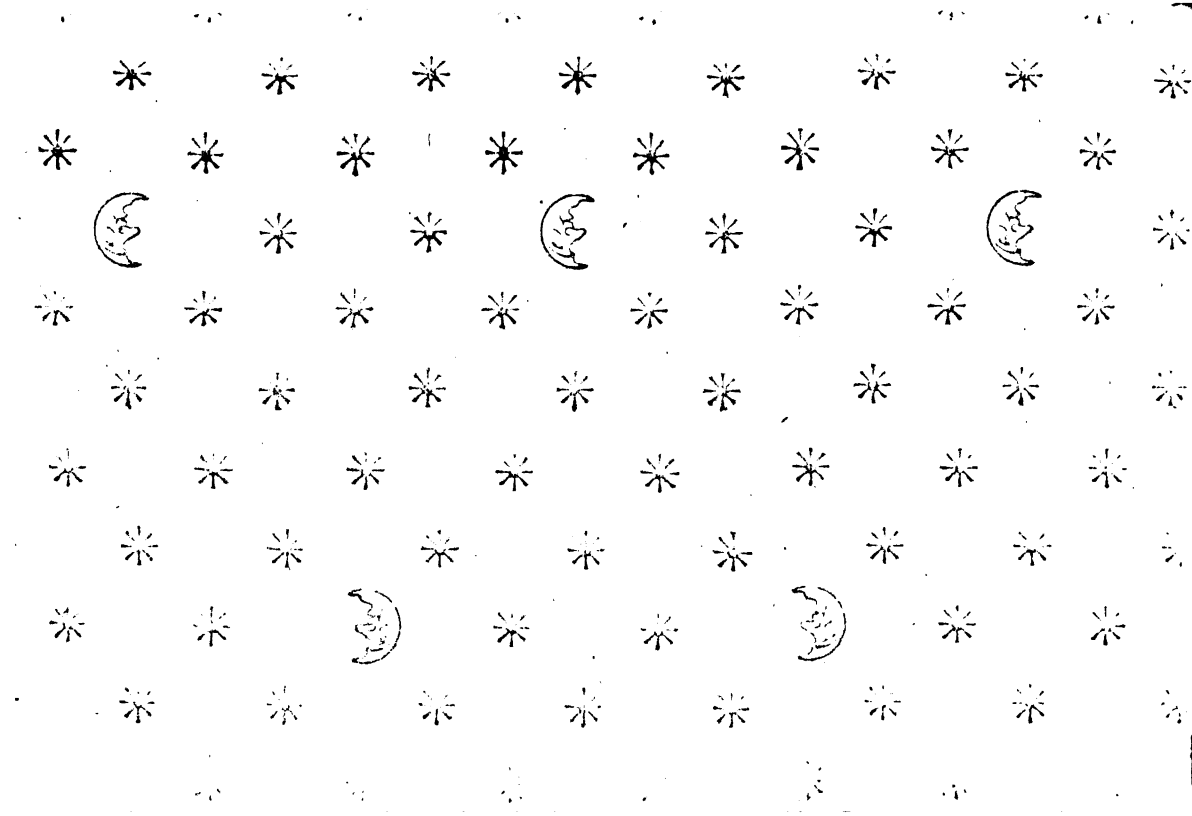
UC-NRLF
$B 315 876

GIFT OF
J.C.CEBRIAN





BIBLIOTECA MORAL Y RECREATIVA.

XXIV.

QUERER ES PODER.

NOVELA ORIGINAL

DE

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ADMINISTRACION:

CALLE DE TRUJILLOS, NÚMERO 3, CUARTO SEGUNDO.

MADRID.

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 5191

Es propiedad de la autora.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

J. C. CEBRIAN

MADRID:—1865.

IMPRENTA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.

DEDICATORIA.

A LA SRA. DOÑA ANDREA CHACON DE BASARÁN.

Si es pobre de mérito y escaso de galas el libro que te ofrezco, querida amiga mia, sirva de escusa á mi poco ingenio la sana intencion que ha guiado mi pluma al escribirle.

La intencion, no la obra, es la que te ofrezco, por que aquella, y no esta, es digna de tí: tú, modelo de hijas, de hermanas, de esposas y de madres: tú, amparo de los pobres; tú, que en tu retiro haces de la radiosa luz de un gran talento, el suave resplandor que alumbra al infortunio y que alegra á la familia; tú, que das, sin pretenderlo, el ejemplo de todas las virtudes cristianas, sabrás comprender lo que he intentado hacer ver en esta obra, y que no sé si lo habré logrado.

Cuando la leas rodeada de tu madre, de tu esposo, de tus hermanos y de tus hijos, en tu bello y pacífico retiro, consagrad todos un recuerdo á la que la ha escrito, porque un recuerdo vuestro será como una bendicion del cielo para tu apasionada

María.

Madrid 20 de mayo de 1865.

339900

I.

D. Dámaso Maroto, rico hidalgo aragonés, y residente en la floreciente villa de Epila, se cansó un dia de su vida patriarcal, y dijo á su hija única:

—Mira, Rosario: nos vamos á vivir á Madrid.

—¡Padre! esclamó la jóven: y dejamos la hacienda?

—Claro! Antonio hará mis veces: apuradamente, no hay en el mundo un sobrestante como el nuestro: por un cuarto se dejará ahorcar: duro como él solo para los criados y los peones! (1).

(1) Se llaman *peones* en Aragon, á los hombres que van á trabajar á jornal á los campos.

—Lo que es en cuanto á duro, padre, no tiene nada de eso, repuso Rosario: si no que á usted todos se lo parecemos.

—No hay tal, objetó D. Dámaso: á mí me parece duro el que lo es: yá tí te parecen todos blandos, porque eres como una roca: cualquiera diria que no eres hija de tu madre que era la misma bondad, ni mia, que tampoco soy un Neron! hija, nada te contenta: no perdonas ninguna falta! y justo solo Dios lo es! Caramba! no hay que tirar tanto de la cuerda que se rompa! y mas se caza con miel que con hiel!

—Ha acabado V. ya de hablar, señor? preguntó Rosario amostazada.

—Sí, por cierto.

—Bueno! ahora me toca á mí: pues sepa usted que con todos sus refranes, maldito si me ha convencido de que es lo mejor el ser un Juan Lanas.

—Pero quién es Juan Lanas?

—Usted! todos se le burlan: los criados hacen lo que les da la gana: los peones se echan á dormir la siesta!

—Criatura! no son cristianos? no la duermes tu? no la duermo yo en mi cama bien blandi-

ta? pues qué estraño es que Antonio les deje dormir una horita, por encargo mio? los infelices empiezan á segar con la luz del alba, y á la una ya están rendidos de fatiga: despues, ya ves qué descanso!.. en el duro suelo!

—No, que les llevaremos colchones de pluma al campo! padre, á mí no me venga V. con argumentos: que á V., si le dejan hablar, no le ahorcarán! la cosa es que yo no falto nunca á mi deber, si no que me escedo en cumplirlo: y quiero que los demas, á lo menos, no falten al suyo.

—Pero hija, todos no podemos ser tan buenos como tu! y yo, aunque soy muy activo, creo que las cosas á punta de lanza no salen bien, y que los buenos deben disimular á los que no lo son tanto.

—Vamos á ver: y porqué consiente V. á Perico el criado que venga á las once á casa?

—Mujer, porque tiene novia, y se están festejando un rato á la puerta de la calle.

—¡Qué lástima! ya le daria yo la novia si mandase.

—Pues quién manda?

—Nadie! porque á mí no me deja V. llevar

las cosas derechas, y V. no hace caso de nada? lo mismo que la Antonia! de *palique* con el novio dichoso hasta las nueve!

—Pero mujer, qué han de hacer? cuando te tengas novio, todo el tiempo te se hará poco para hablar con él.

—No quiero novio, contestó desabridamente Rosario.

—Ya lo veo, hija, y esa es mi sola y grande pena! esclamó D. Dámaso, cuyo grueso y alegre semblante retrató de repente una espresion de profundo dolor de que no parecia capaz: vamos á ver, añadió cruzando sus dos manos sobre su voluminoso abdómen: ¿por qué no te has de casar? tienes ya 22 años: eres linda como un ramo de flores, y te daré el dia que te cases cincuenta mil duros, esto es, medio millon en onzas de oro, algunas muy viejas, pues ya mi padre (que esté gloria) las iba guardando para tí: ademas te quedará la hacienda, que es la mejor de toda la ribera: ya ves si te faltarán novios.

—Ya sabe V. que me sobran.

—Demasiado que lo sé; y lo que me desespera es que á todos das calabazas.

—Mas vale desengañarles, que entretenerles

sin quererles, y sin intenciones de casarme con ellos. Padre, todos parece que tienen un rey en el cuerpo, y todos la echarán de amo, si se casan.

—Y bien, hija: el hombre es el amo de su casa.

—Pues yo no quiero marido que me la eche de jefe porque es rico: y si me caso, será con un pobre: que ya tengo yo bastante para los dos.

—Te casarás con quien quieras, hija mia: pero tambien hay dos pobres que te pretenden.

—Sí, el *Pito* y *Morrionez*! buen par de bestias! tan ordinarios, y tan súcios!

—Pues, hija mia, vé aquí las dificultades que hay para que te puedas colocar: quieres un hombre pobre y fino porque tu tienes la buena crianza que te han dado las señoras religiosas Salesas de Calatayud: y eso es difícil de hallar: enfin, veremos en Madrid, que eso es lo que me lleva allá.

—Padrecito mio! esclamó Rosario arrojándose deshecha en llanto en los brazos de su padre: ¿tanto es lo que V. desea separarse de mí? yo no me casaria nunca porque V. es el hombre

mejor que yo he conocido: ah! si yo hallara uno así!

—Cómo, hija! tan tosco como yo?

—Como V. que fuera: ya le puliria yo á mi gusto! pero esos hombres tan rudos y tan presumidos no los quiero ni ver!

—En fin, vuelvo á mi tema: veremos en Madrid: por que tu, hija, has de calcular que yo no seré eterno: y que el dia que yo te falte, pobrecita... te quedarás sola y desamparada.

—Ya que es su gusto de V., haremos el viaje, dijo Rosario que, en realidad, adoraba á su padre: pero yo por mí no me moveria nunca de aquí.

—No te llaman la atencion las diversiones? ya sabes que está allí la señora marquesa del Puerto, tu madrina.

—Ya sabe V. que no soy aficionada á diversiones.

—Porque no las has probado: pero ya verás cuando las disfrutes alguna vez! mira, así que lleguemos, llamas á la modista de tu madrina que será sin duda la mejor de Madrid, y que te vista á su gusto.

—En todo caso, me vestirá al mio.

—Lo que tu quieras: pero no escasees nada: ¿cómo estás de dinero?

—Muy bien: tengo doscientos duros.

—Pero hija! entonces no has gastado un ochavo hace cuatro meses!

—Nada mas que lo que me costó una cama para la viuda de enfrente: eso sí, la compré buena! le mandé traer un catrecito de hierro de la ciudad, dos colchones, mantas nuevas, y dos mudas de sábanas y almohadas de rico lienzo, que yo misma cosí: ademas, le dí la colcha de punto de aguja que hice durante las noches de invierno.

—Una colcha que te costó tanto trabajo!

—Abrigaba mucho, padre, y á la pobre vieja le hacia mas falta que á nosotros: ahora estoy haciendo otra para V.

—¡Eso es! no te valia mas ir al baile de casa del alcalde?

—No me divierto allí: mi placer mayor es hacer labor, trabajar, cuidar de la casa: porque así cumplo con mi deber y está tranquila mi conciencia: cuando estoy en alguna fiesta, y eso que ya sabe V. que voy muy pocas veces, no ceso de pensar:

—¿Qué harán en casa las criadas solas? de fijo que se duermen y no trabajan: de fijo que, si están despiertas, tienen ardiendo y gastando aceite dos ó tres luces!

—Y ese génio te tiene delgada! que si no, serias *un rollito de oro*! vamos á ver: tienes la suerte de tener á la Casilda que es una alhaja para la casa, y te quejas! pues hija, otra mas ahorrativa y mas mirada no la hallarás!

—¡Bah, la Casilda es como todas, padre!

—Sí, porque todas son buenas: pero Casilda es la mejor: y así, bueno será que la llevemos con nosotros á Madrid: que no quiero tomar todos los criados de allí: vaya, hija mia, me voy á dar una vista á los peones, que ya vá cayendo el sol: ¿por qué no sales tu á pasear un rato?

—No tengo gana, padre.

—A que la tienes de ponerte á coser ó á bordar?

—No, señor: voy á acabar los dos floreros para el altar de la vírgen de la Soledad, á fin de que los pongan el domingo en la misa mayor.

—Qué buena cristiana eres, hija mia!

—Padre, el dia de la muerte, es lo único que

nos quedará: así decia la madre priora de las Salesas.

—Y tenia razon: adios, hija mia.

—Vaya V. con Dios, padre, y no venga V. muy tarde á recogerse entretenido en la conversacion de la botica.

II.

D. Dámaso Maroto era hijo de un rico labrador, y labrador tambien, si bien no labraba él la tierra, limitándose su ocupacion á vijilar á sus criados y arrendadores.

De su matrimonio con una jóven bella y honrada de la villa de Ejea de los Caballeros, solo habia tenido á Rosario, la que muy pronto quedó sin madre.

D. Dámaso se vió muy embarazado solo con aquella criatura de cinco años de edad: pero su padre, que aunque ya anciano, tenia gran espedicion para salir de cualquier apuro, le dijo:

—Mira, Dámaso, lleva á la niña á la Salesas Reales de Calatayud, donde la educarán como

Dios manda, y nos quitamos tan gran cuidado.

D. Dámaso, que toda su vida habia obedecido ciegamente á su padre, halló algo dura la medida de separarse de su hija; pero se conformó y él mismo la llevó á aquella escelente casa de educacion.

Las madres mimaron á la niña mas de lo que convenia á su carácter fuerte y voluntarioso, que necesitaba ser quebrantado: pero era tan linda, tan aplicada, y estaba dotada de tanto talento, que no sabian qué hacer con ella, y la proponian como ejemplo á todas las demás educandas.

En aquel apacible asilo, creció Rosario en hermosura y gracias; todas las labores de su sexo las desempeñaba con estraordinaria perfeccion y aun las mejoraba, separándose del método rutinario de las madres.

Pero cuando cumplió los diez y seis años, se acabó la paciencia de su padre y fué á buscarla él mismo, siendo inútiles las súplicas de las madres para que les dejase á Rosario algunos meses mas.

—Basta, basta, dijo el honrado labrador: su abuelo ha muerto, y estoy solo: justo es además

que tome ya sobre sí el gobierno de la casa, pues la tia Pichona, aunque no me la gobierna mal, está muy enclenque y el dia que menos lo esperemos las lia.

La tia Pichona era la que habia criado á Rosario, á quien su madre, á causa de su endeble temperamento, no pudo amamantar.

Criando á la niña, perdió á su marido y quedó con su hija Casilda, que tenia solo ocho meses mas que Rosario, y á la que desmamó para criar á esta.

Viuda ya, D. Dámaso y su esposa la recogieron en su casa, porque era difícil hallar dos almas mas caritativas y mas piadosas que las de los dos esposos.

La Pichona y su hija Casilda entraron á formar parte de la familia.

Viudo D. Dámaso, la Pichona fué la que se encargó de gobernar la casa, y lo hacia con la mejor voluntad.

Pero su inteligencia no secundaba á su corazon, y la economía no era la que imperaba en aquella casa rica y llena de todos los frutos de la tierra.

Casilda la ayudaba en todo y enmendaba las

faltas de su madre que eran mas que las de una pelota.

Cuando Rosario volvió á la casa paterna, la Pichona descansó: era demasiado vasta la inteligencia de la jóven para que necesitase la cooperacion de nadie, y ella empuñó con mano firme las riendas del gobierno, mostrando desde luego una gran severidad de carácter.

Era Rosario una preciosa niña, de estatura mediana, ojos garzos y cabello castaño oscuro, que se rizaba naturalmente en graciosas ondulaciones: su nariz derecha y fina, su pequeña boca de color de coral y su linda frente hacian con sus mejillas, redondas y de firmes contornos, un gracioso conjunto: eran sus ojos cándidos y llenos de fuego á la vez: su voz metálica y agradable: su risa espresiva, y su carácter apasionado y vehemente: nadie tenia mejor corazon que ella; pero habia en su índole una severidad natural, y era tal el poder que para ella tenia la palabra *deber*, que jamás transigia con ninguna alteracion en su observancia.

El carácter de aquella rígida jóven alcanzó lo que todos aquellos que se la asemejan: su padre, que era de condicion tan blanda como la

de ella austera, la adoraba, pero la temia: sus criados la temian y la detestaban: la virtud se hace amar siempre que á ella vaya unida la bondad: pero una severidad constante y una rigidez de principios nunca desmentida, son una perpétua acusacion para los que nos rodean.

Rosario, siendo buena y caritativa, era insoportable: no faltaba nunca á sus obligaciones y estaba al frente de todo: así es que no dejaba pasar el mas ligero descuido sin reconvenir, castigar y aun despedir al que era reo de él.

Como un vivo y perenne contraste, estaba allí la alegre y dulce figura de Casilda, la que adoraba á Rosario y era amada de esta con una ternura que concedia á muy pocas personas.

Recien llegada á casa de su padre, Rosario padeció unas calenturas malignas: durante el tiempo que estuvo postrada en cama, Casilda no se separó de su cabecera mas que para ir á rezar á la iglesia situada en frente de la casa.

Ella era la que disculpaba siempre lo que los demás criados llamaban rarezas de Rosario, y que no era otra cosa que el deseo de que cada cual cumpliese con su deber.

Casilda era de menos estatura que su jóven señora: su cara, muy morena, estaba alumbrada por dos bellos y alegres ojos negros: su boca, algo grande, ostentaba una dentadura blanca é igual: su frente no muy ancha, á causa de la abundante cabellera que brotaba en ella, era tersa, pura y de gracioso corte: grandes masas de pelo negro se reunian en un soberbio rodete detrás de su bella cabeza.

A Rosario todo la afectaba.

Casilda lo tomaba todo con la mayor frescura.

Poco tiempo despues de volver de su pension la heredera de los Marotos, murió la buena Pichona tan en paz como habia vivido, y Casilda quedó bajo el amparo y tutela de D. Dámaso, que, despues de su hija, la queria á ella lo mismo que á las niñas de sus ojos.

Casilda sabia perfectamente todo lo que agradaba *al señor* y *á la señorita*: así llamaba á D. Dámaso y á su hija, con una cultura y distincion poco comunes en aquel país, en el que reina una estrema familiaridad entre amos y criados: pero, á pesar de que podia dar gusto en todo, la pobre muchacha sufria de continuo las

reprimendas de Rosario, que tenia la costumbre de regañar siempre.

Es verdad que el bondadoso D. Dámaso no le escaseaba los elogios para compensarla, en parte, de las sinrazones de su hija: pero el penetrante talento de Casilda sabia lo que valian el padre y la hija, y era mas feliz con una mirada de aprobacion de Rosario que con todas las ruidosas frases del bullicioso labrador.

Casilda se levantaba antes del alba y hacia por sí misma el trabajoso almuerzo de los segadores: y decimos trabajoso, porque en Aragon los segadores comen como príncipes, y á este fin se reservan en las casas de mucha hacienda lo mejor de la matanza, las piezas de cerdo, las terneras cebadas, las aceitunas y las pastas confeccionadas por la diestra mano del ama de la casa.

Para dar, pues, de almorzar Casilda á los segadores y criados á las cuatro de la mañana, se levantaba con hora y media de noche, y con las otras dos criadas y la mujer del sobrestante Antonio *les despachaba*, como ella decia: en tanto que se ocupaba en esto, no cesaba de reirse y de responder á las flores que le echaban

los mozos que gustaban de su fresca y alegre belleza.

A pesar de saber cuán bien desempeñaba su cometido Casilda, su jóven ama se levantaba para estar, como ella decia, á *la vista de todo*: así que ella entraba en la cocina, se suspendian los cantos y las risas, y reinaba el silencio mas profundo.

—¡Jesus! qué cara de juez tiene hoy el ama, decia uno de los segadores.

—¿Cuándo no es fiesta? respondia otro: ella ha nacido rabiando y rabiando ha de morir.

—Al que le toque semejante prebenda por mujer está divertido.

—Lo que es yo, pobre soy, y ella es muy rica; pero antes comeria sopas sin sal toda mi vida que sufrirla.

—Lo mismo digo.

—Y lo mismo decian anoche los mozos del pueblo en la plaza.

—Pobre como es *la* Casilda la tomaba yo mejor.

—Y yo.

—Y yo.

—¡Y cualquiera! pues qué, no hay mas que

casarse con un demonio así? como quien no dice nada, para toda la vida.

—Si está ese frito, á la mesa, Casilda, decia la voz severa de Rosario.

El frito no estaba: pero la jóven, sin replicar una palabra, lo ponia en la gran fuente y colocaba esta sobre el grueso y blanquísimo mantel de lino que cubria la mesa.

—Estas *magras* están casi crudas, decia uno al oido del vecino: ya se vé, no ha dejado á la pobre chica hacerlas bien.

—¡Uf, qué genio! parece una víbora: yo creo que ni sosiego tiene para dormir y que hasta durmiendo rabia.

Esta opinion era tambien la de todos los jóvenes del pueblo, entre los que habia algunos que hubieran podido convenir para esposos de Rosario, por lo florido de su hacienda y su buen carácter, pero llevaba fama de tan mal genio y de tener una índole tan áspera, que todos huian horrorizados, aunque confesaban que era lindísima.

Es verdad que á la jóven no le importaba nada de su desvío: á dos mas atrevidos, que se habian decidido á pedir su mano, los habia des-

dilo, como vulgarmente se dice *con cajas destempladas*: y los demás no tenian gana ninguna de aspirar á su amor.

Tal era el estado de las cosas cuando el señor Maroto concibió el pensamiento de irse á Madrid: desde luego se contó con llevar á Casilda, quien al oir la noticia al dia siguiente de boca de su ama, se puso á saltar de alegría.

—Tú puedes decir, observó con ceño Rosario, aquello de:

Yo me llamo poca pena,
Parienta de mala gana:
Y tengo por apellido
De nadie se me dá nada.

—No deja de haber verdad en el cantar por lo que toca á mi, repuso Casilda: mire V., *poca pena* lo soy: en cuanto á *mala gana* no la conozco ni de cerca ni de lejos: de la mejor gana del mundo cómo y trabajo: y en cuanto al apellido, *de nadie se me dá nada* mas que de usted y del señor desde que perdí á mi pobre madre.

—Y de nosotros lo mismo, repuso Rosario.

—Bien sabe V. que no, pero; vamos, señorita, ¿por qué pone V. ahora mala cara? no está usted contenta de ir á Madrid?

—No, repuso Rosario: mejor estaba aquí.

—Pero si dicen que Madrid es tan hermoso!

—¿Y qué me importa? para lo que yo salgo de casa!

—Allí saldrá V.

—Menos que aquí.

—Eso no lo creo; porque hallándose allí la señora marquesa del Puerto, la llevará á V. á todas partes.

—Ni la marquesa ni nadie pueden cambiar el genio, y el mio es estarme en casa: con que si te figuras que vamos á estar todo el dia con la mantilla en la cabeza, te llevas chasco.

—Qué me he de figurar yo, señorita!

—En casa y á trabajar, lo mismo que aquí.

—Yo, bien: pero V. debe salir y distraerse! Ay, Dios mio! tan guapa, tan rica, con un padre que la adora á V., y siempre hecha *un azacan!* si V. misma se hace infeliz, y podia ser la jóven mas dichosa de la tierra.

—Cada uno vive á su gusto: ahora déjame, y ve á ponerte á coser.

III.

Rosario no consintió en moverse de Epila, hasta que se efectuó la recoleccion, las cosechas estuvieron vendidas y el trigo en las trojes.

A fines de setiembre, pudo por fin D. Dámaso arrancarla de la gran casa de labranza donde habia nacido, y que, es preciso decirlo, dejó con un vivo dolor para ir á Madrid, al que en manera alguna deseaba ver.

Su mal humor habitual se aumentó con el dolor de la partida, y en todo el camino, no habló ni una sola palabra.

Casilda, á pesar de sus vivos deseos de preguntar á su amo, tampoco se atrevió á desplegar los lábios.

Como primera medida, se alojaron en la misma fonda donde paraban las diligencias: y al dia siguiente bastante de madrugada, D. Dámaso, Rosario y Casilda salieron para buscar una habitacion y amueblarla enseguida.

La jóven se cansó muchísimo y volvió á casa de pésimo humor, porque lo que es por aquel dia, no pudieron hallar nada que les conviniese, en atencion á que, acostumbrados á la gran casa señorial de Epila, todas las que veian les parecian jaulas.

Durante las horas que estuvieron andando, Casilda se quedaba estasiada delante de las tiendas. Rosario pasaba casi sin concederles una mirada.

Acompañábales un sobrino de la propietaria de la fonda, jóven listo y despejado, que se asombraba mucho al ver la indiferencia de Rosario.

D. Dámaso iba delante con el muchacho, del que ya se habia hecho muy buen amigo.

—Paquillo, le decia: ¿sabes que Madrid es muy grande? sabes que no me lo figuraba yo así? qué señoras tan adornadas! qué gentío por todas partes! qué riqueza en las tiendas!

—Pues qué dirá V. cuando vea los teatros y los paseos?

—¿Qué diré? lo mismo: que me asombran.

—Pero la señorita no se divierte?

—Ya ves que no: hijo, tiene un genio raro su gusto es estar en casa trabajando siempre.

—Siendo joven y tan bonita!

—Pues ahí verás.

Volvieron todos á la fonda á la hora de comer. Rosario, rendida, se acostó al instante para poder emprender de nuevo la caminata al dia siguiente.

En aquella segunda salida fueron mas afortunados: pues hallaron en la calle de la Montera, un hermoso, cómodo y capaz cuarto segundo.

Alquilado ya, se procedió á comprar el mueblaje, que D. Dámaso queria que fuese *bueno*, y en el que se gastó muy cerca de dos mil duros el buen señor.

La casa se alhajó, en efecto, con elegancia; y Paquillo, que miraba con muy buenos ojos á Casilda, se encargó de avisar á dos ó tres memorialistas, para que enviasen un criado y una cocinera. Rosario no quiso ni aun oir hablar de

doncella, diciendo ásperamente á su padre si querian á Casilda para que se estuviera durmiendo ó manejando el abanico.

El dia mismo de la instalacion, Rosario escribió esta carta con la letra gruesa y redonda que habia traido del convento:

«Mi querida madrina: á mi padre le ha dado gana de venirse á vivir á Madrid, y aquí estamos, calle de la Montera, núm. 11, cuarto segundo, derecha: ya iré á ver á V. así que abra los baules y arregle un poco esta casa, pues ya sabe usted lo amiga que soy del órden y de la limpieza.

»Mi padre la saluda á V. y la abraza su apasionada ahijada

ROSARIO MAROTO.»

El sobre se puso *á la Sra. Marquesa del Puerto*, calle de Alcalá, etc., y Paco la llevó para enviarla por el correo interior.

Al dia siguiente, se tomaron los dos sirvientes. Rosario se escandalizó al oir que el criado le pedia ciento veinte reales al mes de salario, y ochenta la criada: pero su padre, que estaba delante, le dijo:

—Anda mujer! no escatimes y que estemos

bien servidos: ¿no ves que aquí anda todo de caro por las nubes?

Rosario tenia un talento muy claro, y calló, no queriendo contradecir á su padre en presencia de los criados: pero así que estuvieron solos le regañó ágriamente, y le aseguró que buscaria otros porque no queria pagar tan caro el servicio.

A eso de las dos, fué la marquesa á visitar á su ahijada: era una señora de una edad mediana, que parecia no pasar de los treinta y seis años: aun se veian en su rostro las señales de una gran belleza, y, sobre todo, una espresion ¡nteresante de bondad, de animacion y de alegría.

Su traje era rico y esmerado, pero sin pretensiones: llevaba un elegante vestido negro y una preciosa manteleta: una capota de encaje negro tambien, con grandes flores de terciopelo encarnado, cubria sus cabellos castaños, sedosos y abundantes.

Abrazó á Rosario y la besó con ternura:

—Dios mio! qué bella estás! esclamó mirándola: no te habia visto desde que te dejé de dos meses, pero te hubiera conocido porque te pa-

reces mucho á tu madre: ah! nunca olvidaré el modo con que me cuidó, cuando fuí á pasar un verano á tu pueblo, y caí tan enferma: no pudiendo dar á tu madre otra prueba de gratitud, quise ser tu madrina cuando te dió á luz y yo me restablecí, y ahora estoy orgullosa de tener tan linda ahijada.

La marquesa dijo todo esto sin dejar de acariciar á Rosario, que, grave y fria, la escuchaba en silencio.

—Es preciso que te presente en el gran mundo, prosiguió la marquesa: tan linda y tan rica, harás un soberbio casamiento.

—Perdon, madrina; repuso secamente la jóven: por ahora no pienso casarme.

—Cómo! no tienes vocacion al matrimonio?

—No señora.

—Sin embargo, esa es la carrera de la mujer: una jóven soltera no es nada en el mundo: viuda, como yo, es otra cosa: ya ves; yo quedé libre á los veinte y tres años y no quise volverme á casar: cuando fuí á Epila con mi padre, estaba para casarme y tenia solo catorce años: con que, hija mia, vamos á casa de mi modista, para que te haga algunos trajes.

—Ahora! esclamó Rosario: tengo las planchas puestas á la lumbre, madrina.

—¿Qué dices?

—Que voy á planchar.

—Qué horror! tú?

—Pues quién lo ha de hacer? Casilda entiende de poco de eso.

—Pero no tienes doncella?

—De aquí, no, ni la quiero.

—Y vas tu á planchar y recoser la ropa?

—Como siempre.

La marquesa se levantó, y tiró del cordon de la campanilla, presentándose al instante el criado.

—Al señor, que tenga la bondad de venir, le dijo.

—No se halla en casa, señora; ha salido á comprar el principio, respondió el criado que apenas podia respirar de risa.

La marquesa se mordió los lábios: pero, no queriendo mortificar á Rosario, volvió á tomar su mano y le dijo:

—Mira, niña mia: deja á tu padre que viva á su gusto, y que siga sus costumbres de lugareño: pero abandónalas tú, porque eso te perju-

dicará de una manera horrible: toma hoy mismo una doncella y no cosas ni planches.

—Una criada mas! un nuevo gasto! murmuró Rosario: y yo qué he de hacer?

—¿Tú? pasearte, vestirte bien, ir á los teatros, á los bailes, á las diversiones: recibir á tus amigas: y el dia que tengas gana, leer alguna novela de moda, á bordar algunos minutos sentada al lado de tu elegante chimenea.

Juzgue el lector qué efecto producirian estas máximas en el alma de la timorata, económica y rígida Rosario! escuchó á su madrina absorta al principio: pero cuando comprendió lo que le decia, su semblante adquirió una espresion de frialdad y de ceño, que no se escapó á la penetracion de la marquesa.

—Señora, repuso ella, todo eso podrá ser muy á la moda: pero yo no lo haré nunca: me gusta la economía, y creo que Dios pide cuenta de todos los dispendios: en cuanto á mis trajes, aunque los tengo muy buenos y casi nuevos, como que nunca me los ponia, me haré uno para complacer á V., pero de tafetan negro, que es el color que mas me gusta.

Rosario, dicho esto, se levantó para ir á po-

nerse otro traje: la marquesa la miró con asombro.

—Santo Dios! qué vestido! esclamó: son así de cortos todos los que tienes?

—No señora! los buenos son mas cortos todavía.

—Y vas á salir con uno de esos?

—Pues ya se vé: para qué llevarlos mas largos?

—Fortuna es que vamos en carruaje, dijo la marquesa: á pié, no te dejaria yo salir de esa manera.

Rosario no respondió: entró en su gabinete, y un cuarto de hora despues, salió ataviada con un traje de gros tornasolado, que contaria, lo menos, seis ú ocho años de antigüedad y cuya hechura no se habia reformado desde que se hizo.

El color del vestido era casi encarnado, y, sobre él, llevaba un pañuelo de crespon color de yema de huevo, que habia sido de su madre, y un velo de encaje tupido como un paño, que habia pertenecido tambien á la autora de sus dias, y que, llevándolo aquella en los de gran gala, como Semana Santa y Corpus, creia su hija

que le podia prestar iguales espléndidos servicios, y le conservaba como una joya.

—Qué pañolon! qué mantilla! esclamó la marquesa: Dios eterno! qué dirán de tí? no se van á reir poco!

—Déjelos V. que se rian.

—Pero criatura! á tu edad, no te importa caer en el ridículo?

—La economía no es ridícula nunca, madrina, si no degenera en miseria: si yo fuera rota ó llevase manchas, seria ridícula; pero llevo un vestido nuevo y de tela cara: un escelente pañuelo y una mantilla que á mi madre le costó sesenta duros: en fin, si V. se tiene á menos de salir conmigo no la acompañaré á V.: de todos modos lo que á mí me sobra son vestidos.

—Hija mia, repuso la marquesa despues de haber estado mirando á Rosario por algunos instantes, con una especie de tierna conmiseracion: yo saldré contigo con el mayor gusto: todos saben, porque yo lo hè dicho, que ha venido una linda ahijada de un pueblo de Aragon, y, al verme contigo, no dudaran de que eres tu: ademas, poco me importaria aunque no lo su-

pieran: pero lo que es preciso es que te vistas de otro modo, que obres como una jóven elegante y bien educada: ya que eres rica, no te duela algun pequeño dispendio.

—Señora, yo no puedo avenirme con los dispendios.

—QUERER ES PODER, hija mia.

—Quiera V. pues, cojer el sol que nos alumbra! esclamó Rosario con su brusqueria habitual, y acompañando su estemporánea salida con una carcajada.

—No se puede entender esto en absoluto, repuso la marquesa, sin perder su dulce y aristocrática compostura: cierto es, querida Rosario, que hay muchas cosas que no se pueden hacer aunque se quiera: pero hay infinitas otras, que las logra una firme voluntad; el que tu adquieras elegancia y distincion, es una de ellas: lo es tambien el que dulcifiques, si no tu carácter, al menos tu lenguaje y tus maneras: hija mia, no hay genio malo: no hay mas que buena ó mala educacion: la virtud, tan severa como, segun yo veo, la entiendes tú, no hace mas que enajenar todas las simpatías: sé indulgente con todos y tambien un poco contigo misma.

Rosario no respondió nada, pero tampoco quedó convencida.

A los veinte y dos años, es difícil ya variar de carácter, y menos si la primera dote es la terquedad y ese fatal orgullo que dice:

—Lo que yo hago es lo justo, lo bueno, lo mejor en una palabra.

IV.

Conducida Rosario por su bondadosa y encantadora madrina á casa de una de las modistas de mas fama de Madrid, solo encargó un traje de glasé negro, con muy poco adorno, *y no muy largo*.

La marquesa llamó aparte á la modista, le encargó otro de seda de un elegante color claro, y adornado con gusto, y ademas un sombrero sencillo, pero bonito, advirtiendo que le llevasen la cuenta á su casa, y el equipo á la de Rosario.

Esta, descansada del gobierno de la casa por Casilda, que se entendia con los otros criados, consintió en salir algun dia con su madrina

y dar algunas vueltas por la Fuente Castellana, al trote del brioso tronco de la berlina de aquella.

La hermosura de la jóven era tan notable, que llamó al instante la atencion de los concurrentes al aristocrático paseo: se informaron de quién era y se supo la verdad: que era hija única de un rico hidalgo aragonés, muy brusco y muy ordinario, pero que adoraba en ella, y que la dejaria dueña de dos millones á su muerte, amen del medio en onzas de oro que le tenia ofrecido para el dia que se casara.

Desde que esta noticia corrió, la tertulia de la marquesa, que recibia dos dias á la semana, se vió aumentada de un modo considerable: los jóvenes de la nobleza se disputaban las preferencias de la bella Rosario: pero estas preferencias no pasaban de alguna mirada bastante fria, ó de alguna sonrisa algun tanto burlona.

Rosario iba á casa de la marquesa las noches que esta recibia; algunas, la acompañaba al teatro, y las demas permanecia en su casa.

El contacto con aquella elegante sociedad, de maneras dulces y comedidas: con aquellas damas, que solo sabian decir palabras agradables

y lisonjeras: con aquellos hombres, que siempre tenian la miel de la lisonja en los lábios, labró algo la ruda índole de Rosario, y le enseñó hasta cierto punto á usar de mucha reserva cuando alguna cosa le desagradaba, sin dar su parecer, por ofensivo que fuese, á las personas que la escuchaban, segun toda su vida habia acostumbrado á hacer.

Como estaba dotada de muy buen talento, comprendió asimismo que su peinado antiguo y sus vestidos cortos podian ser económicos y poco trabajosos, pero de un gusto pésimo, y que hacia muy mala figura al lado de las elegantes jóvenes que rodeaban á la marquesa.

Habia, entre los caballeros que frecuentaban aquella amena y franca tertulia, un jóven de la mas bella figura: llamábase José Molina, y era hijo de una familia noble, aunque pobre.

Todos, empezando por la marquesa, le llamaban Pepe, y todos le querian por su dulcecarácter, su caballerosidad y sus escogidas maneras.

Criado Pepe por su madre, señora distinguida y viuda de un general, con la mayor ternura, y dotado él mismo del carácter mas bello, su

existencia se habia deslizado dulce y hermosa como la corriente de un arroyuelo.

Su madre habia costeado su carrera de ingeniero industrial, con solo el auxilio de su viudedad: pero Pepe, queriendo ayudar de algun modo á la que tanto debia, y habiendo ocupado sus ratos de ócio en aprender á pintar, logró sobresalir en este arte, y hacia paisajes de raro mérito que le pagaban bien.

Su madre habia sido amiga de la madre de la marquesa del Puerto: y esta conservaba gran afecto hácia aquella bondadosa anciana, que jamás faltaba á su tertulia acompañada de su hijo.

La marquesa queria á Pepe como á un hermano menor, y ambos se tuteaban: en cuanto á la generala,—así llamaban todos á la señora de Motina,—la queria tambien, como ya queda dicho, de un modo entrañable.

Pepe tenia 24 años, y habia terminado su carrera con gran brillantez: sus ojos, de un azul oscuro é intenso, de dulce y leal mirada, retrataban la bondad y la honradez; pero tambien se leia en ellos un orgullo algo exagerado y no poco susceptible: era mas fácil para Pepe mo-

rir, que cometer una bajeza: todo lo conseguia de él la bondad, pero aquella generosa naturaleza se hubiera rebelado fácilmente contra la fuerza.

Sus cabellos negros, espesos y brillantes, guarnecian una frente noble: era distinguido en sus gustos y en sus maneras, afable, risueño y de carácter igual: su fisonomia, espresiva y algun tanto melancólica, pintaba todas las sensaciones que esperimentaba.

Rosario, que habia recibido con frialdad cuantos obsequios se la habian dirigido, se aficionó á Pepe sin que ella se apercibiese de semejante cosa: la bella figura de aquel jóven, y su carácter, mas bello todavía, la interesaban: él era tímido, callado y pobre: tres hermosas cualidades para la altiva é irreprensible Rosario, pues por nada del mundo se hubiera unido ella á un hombre rico y superficial.

Pepe, por su parte, admiraba la belleza de Rosario, su reserva, y su modestia, influyendo no poco en su opinion la de su madre, la generala, que aclamaba á la hija de Maroto por el modelo de las jóvenes.

—Y este modelo, dijo un dia la marquesa á su

anciana amiga, tiene unos tres millones de fortuna.

—Entonces, observó tristemente la generala, es imposible para mi hijo.

—¿Por qué, señora? esclamó la marquesa sorprendida.

—Porque es él demasiado orgulloso para aceptar una mujer tan rica.

—A V. le toca quitarle sus escrúpulos.

—Y yo no se los quitaré: en esta parte, soy de su opinion.

—Pues esa opinion es una locura! observó la marquesa: ¿qué culpa tiene Rosario de ser rica?

—Ninguna: pero lo es: ademas, ella tampoco pensará en mi hijo, y, aunque pensara, su padre no se la daria.

—O sí! no hay en todo el mundo hombre mas bendito que D. Dámaso Maroto: lo que su hija quiera, aquello hará.

—Qué lástima que sea rica! murmuró por lo bajo la generala: ¡tan linda! ¡tan buena! tan distinta de todas esas jovencitas casquivanas! ¡qué lástima que sea rica!

V.

Mientras Rosario y Pepe daban entrada en su corazon á aquel amor que nacia tímido y ruboroso, pero que debia crecer grande y gigante, D. Dámaso pasaba su vida dando limosnas, oyendo misas, paseándose al sol, y charlando por las noches en el café de Murga, hasta las diez que se retiraba á casa.

Las noches que Rosario no salia, cenaban á esta hora, y se acostaban: la noche que su hija la pasaba al lado de la marquesa, cenaba igualmente, é igualmente se recogia, entregándose al instante á su habitual plácido sueño.

Habiase hecho amigo el honrado labrador

de un rico manguitero, de un capitan retirado, y de un comerciante de paños de la plaza mayor.

Este, que era acaudalado, no reparaba en la escasez que rebosaba toda la figura del retirado: por la misma razon no reparaba tampoco en ella el manguitero: pero el buen señor Marotó, que tenia el entendimiento muy aguzado para todo el que sufria, lo advirtió bien pronto, y se dió trazas de socorrer con la mayor delicadeza á su nuevo amigo.

Una noche que volvia D. Dámaso de su café, que se hallaba muy cerca de casa, vió en la acera y al lado del portal á Casilda, parada con un hombre.

Llevaba este el traje de menestral, pero limpio y bien cortado, y su figura era graciosa y esbelta.

—Muchacha! qué haces aquí? preguntó el anciano: ¡á estas horas, una mocita en la calle y *paliqueando*!

—Señor, es mi novio, dijo la jóven: y como á la señorita le sabria malo que subiera, nos hablamos aquí.

—¿Ya te has echado novio?

—Sí, señor,

—A ver, á ver! dijo D. Dámaso: acérquese usted, buen mozo, para que yo le vea.

El jóven dió dos pasos, y D. Dámaso esclamó:

—¡Paquillo!

—El mismo soy para servir á V., respondió aquel quitándose la gorra.

—Pero hombre! por qué no subes á casa? esclamó el anciano: mi hija y yo nos estrañábamos de no verte.

—Ya vé V., como la señorita tiene el génio algo áspero, yo solo puedo venir de noche, porque de dia estoy en mi trabajo!

—Qué trabajo! pues qué eres?

—Tallista, para servir á V.

—Te has separado de tu tia?

—Ya hace tres semanas: yo tenia mi oficio, y me cansé de aguantarla: *quedrá* V. creer que aun me trataba como á un chico de cinco años y ya tengo 26 encima?

—Y qué jornal ganas?

—Veinte reales.

—Y tienes bastante?

—De sobra, señor! si velo por la noche dos horas, llegan á treinta: por lo *mesmo* me he di-

cho: «Paco, tu ya puedes mantener mujer: ya tienes veinte y seis años: ya es hora de que tengas tu casita, y tu *miaja de arreglo*: ahí está Casilda, esa morenilla mas linda que las flores, y mas libre que el aire: con que si ella quiere, hazte un hombre de pró, y cásate para ahorrar algunos *cuartejos*.

—Paco, dijo D. Dámaso: eres andaluz y como tal, *tarambana*: no has querido sufrir á tu tia la fondista y es mas buena que el pan: pero porqué? porque te regañaba cuando volvias á casa á las dos de la mañana: eso yo lo sé porque ella misma me lo ha contado: ahora hace dias que no la veo, porque este constipado que tengo á cuestas no me ha dejado gana mas que para ir al sol: vamos, si has de hablar con Casilda, que no sea aquí: sube un rato por la noche; ya sabes que puedes hacerlo: pero mira, no te ocultaré que le he de quitar de la cabeza que te quiera.

—¿Y por qué, señor?

—Porque yo la quiero como á las niñas de mis ojos: casi á la par de mi hija: porque la he criado con todo amor y regalo, y tu la vas á hacer infeliz!

—Señor! esclamó Paco algo ofendido á pesar de su ligereza: qué puedo yo hacer para que sea desgraciada Casilda? no la quiero? no gano mi jornal, que basta para que nada le falte?

—¡La señorita! esclamó Casilda con terror.

En efecto: por la esquina de una calle inmediata, desembocaba Rosario acompañada de un antiguo y anciano criado de la marquesa.

—Padre! dijo: ¿qué hace V. aquí, con tanto frio? no vé V. que se vá á empeorar su resfriado? y tu, porqué no estás arriba cuidando de lo que los otros hacen?

—Calla, mujer, calla! repuso D. Dámaso que se reia á mas y mejor, olvidando ya el acceso de sensibilidad, que le hacia dolerse de la suerte de Casilda, ¿querrás creer que los he cogido *fraganti*?

—Qué dice V., padre!

—Que he cogido festejando á Casilda y á su novio: al que sin duda no has mirado bien.

Rosario se acercó, miró al galan de su hermana de leche, y esclamó:

—Sí es Paco!

—El mismo, señorita, repuso el jóven quitándose la gorra con respeto.

—Y V. quiere á Casilda?

—Mas que á mis ojos!

—Por qué no lo decia V?

—Porque temia que le supiera á V. malo, señorita: luego, como es V. así... tan seria, no me atreví!

—Pues qué!¿ asusto yo? ó se figura V. que la destino para monja? si V. la quiere y tiene con qué mantenerla, ella dirá: lo que yo no consentiré es que hablen Vds. en la calle, y dén lugar de ese modo á la crítica de los vecinos que los ven.

—Si, dijo D. Dámaso muy horondo, observando que su hija, á la que esperaba ver muy irritada, tomaba el *festejo* con tanta filosofía: mi Rosario tiene razon como siempre. Paco, mañana sube á casa, y hablarás con mas sosiego con Casilda.

—Y si se han de casar Vds. que sea pronto, añadió la jóven.

—Por mí, cuanto antes, dijo Paco: mañana empiezo las diligencias: ni tengo padre, ni madre, *ni perrito que me ladre*: y no cansando mas á Vds. hasta mañana por la noche.

—Adios, Paco, dijo D. Dámaso.

—Muy buenas noches, y tantas gracias señorita Rosario por el permiso.

Paco se alejó, y el padre y la hija subieron seguidos de Casilda, que iba ruborosa y esperando un sermon de parte de su señorita.

—Ay, Dios mio! pensaba ella: ya me hará pagar bien caro el permiso de ver á ese diablo de Paco! todo el dia me estará *roña que roña*! la fortuna que pronto nos casaremos.

Pensando así, encendió la vela, que puesta en una palmatoria de plata debia servirle para alumbrar á Rosario hasta su cuarto, segun costumbre de todas las noches.

La jóven abrazó á su padre con la íntima ternura que cada noche lo hacia, y D. Dámaso, despues de besar á su hija en la frente, la retuvo cogida por la mano.

—Y dime, hija mia, le preguntó: ¿te diviertes en casa de tu madrina?

—Bastante, padre, respondió Rosario que se puso colorada: luego, como asaltada de un pensamiento repentino, añadió:

—Y V. por qué no va tambien?

—Hija mia, yo lo paso mejor en mi café, con mis amigos.

—La marquesa se queja de que no se deja usted ver!

—Ya la visito alguna vez de dia.

—Y dice que, ya que V. no va, ella vendr á uno de estos dias á hablar á V. de un asunto.

—En ese caso, yo iré mañana para que no se moleste.

—Bien, padre!

—Y tú vendrás conmigo?

—Yo? no señor! ya voy de noche!

—Sabes qué asunto es ese?

—Sí señor.

Y el rubor de Rosario se hizo tan visible, que su padre no pudo menos de notarlo.

—Qué te pasa, hija? le preguntó: hay amorcillos al fin? no sabes cuánto me alegraria! las mocitas sin amor son como árbol sin flores.

—Padre, buenas noches, dijo Rosario volviendo á abrazar al anciano, y siguiendo á Casilda que ya iba lejos con la luz en la mano: mañana sabrá V. algo.

Y, ligera como un pájaro, echó á correr hácia su cuarto.

Casilda se ocupaba en disponer su lecho, quitando la rica colcha de damasco que le cu-

bria de dia, y dejando debajo una de algodon inglés de gran abrigo, medida que la económica Rosario adeptaba con su cama y la de su padre.

—Pobre de mí ahora, que me coje sola! se dijo Casilda.

Pero sus temores eran infundados. Rosario se sentó delante de su espejo, se puso un peinador, y empezó á desprender la rica madeja de sus cabellos: luego, y sin dejar su ocupacion, dijo á la jóven:

—¡Con que tan callado me tenias lo del novio, picaronal

La estrema y desusada dulzura de aquel acento, generalmente duro y áspero, sorprendió á Casalda de una manera estraordinaria: se volvió, y miró á su jóven ama con notable asombro.

—Yo te iba á decir hoy que tambien tengo novio, prosiguió Rosario, en cuyos hermosos ojos, antes tan adustos y de mirada severa, reia ahora una ternura infinita; pero, añadió, ya no te quiero decir ni quién es, ni cómo se llama.

—V. novio! esclamó Casilda atónita.

—Yo, sí: soy acaso tan vieja ó tan fea que no le pueda tener?

—Vieja! esclamó Casilda: tengo yo algunos meses mas que V.: fea! si es V. mas hermosa que una imágen! cuando salgo con V. á comprar alguna cosa á las tiendas, todos se vuelven á mirarla.

—Pues por qué te estraña el que tenga novio?

—Qué se yo! como es V. así... tan seria!...

—A él no le he parecido tal.

—Es que con él no lo será V! si con los novios se vuelve una otra! yo, cuando veo á Paco, me da una alegría!... pero diga V., señorita, se piensa V. casar?

—Si mi padre quiere, sí.

—Pues no ha de querer! si no desea otra cosa! pero luego lo ha de sentir: porque vivir sólo á su edad...

—Solo! esclamó Rosario: mi padre solo! crees tú qne le voy á dejar? pues si mi padre es la luz de mis ojos, y por él dejaria yo todos los novios del mundo: solo mi bueno, mi querido padre! si Pepe no se aviene á vivir con él, soltera quedaré para toda mi vida.

—O se casará V. con otro.

—Eso no: ó con Pepe ó con nadie: despues de mi padre, él.

—Así digo yo: solo podria amar á Paco.

—Pero dí, te han informado de lo que es ese jóven? preguntó Rosario á su hermana de leche: mira que tiene traza de muy calavera, y que, si te diera algun disgusto, yo lo sentiria mucho.

—Eh, señorita! muy calavera es, y yo lo sé, porque, segun él mismo dice, á todas horas está de jarana y tremolina: siempre á los toros, á meriendas, á bailes! eso ya lo sé yo que lo hace: pero al mismo tiempo es trabajador, y aunque el dia de fiesta parece un toro que le abren el toril, lo demás de la semana está bien sujeto.

—Pero es que, despues de casado, puede que haga lo mismo, mi pobre Casilda: tambien irá por ahí con sus amigos, y ya ves que eso no es propio del hombre que tiene obligaciones.

—Y qué le haremos, señorita? tal como es, le quiero como á las niñas de mis ojos: yo le domaré.

—Tú...! si eres una paloma sin hiel: si no podrás!

—*Querer es poder*, señorita.

—Sí, así dice mi madrina: pero hay cosas que, aunque una quiera...

—Yo creo que todo lo que se quiere con firme voluntad se logra, si la intencion es sana: pero dígame V., ¿el señorito Pepe es bueno?

—Nadie le gana á bondad! esclamó Rosario con entusiasmo.

—Y buen mozo?

—La figura mas interesante! y ademas tiene el génio tan dulce y tan amable, y es tan comedido, y tiene tan buenas costumbres!... es el solo hombre que verdaderamente me ha gustado.

—Bien decia yo que V. lograria alguna cosa así, muy buena, y mas de cuatro veces se lo he dicho al amo cuando se lamentaba de que no se queria V. casar con nadie.

—Antes hubiera muerto soltera mil veces que casarme con aquellos palurdos de Epila.

—Yo digo lo mismo, señorita.

—Mira, mañana va á venir la marquesa á pedirme á mi padre, acompañada de la madre de Pepe.

—Què, tiene madre?

—Sí, una escelente señora.

—Ahora lo parecerá; pero suegra...

—Hay suegras de suegras, mujer.

—Y si se le antoja al señorito no dejar á su madre, como á V. no dejar á su padre?

—Viviremos juntos.

—Ay, señorita!...

—¿Qué?

—Qué mala mezcla! Dios quiera que puedan ustedes vivir en paz.

—*Querer es poder.*

—Hola! parece que ya dice V. como yo y como su madrina: pero señorita, piénselo V. bien antes: mire V. que, si la veo desgraciada, me moriré de pena.

—Vamos, ya estoy desnuda: pon la pantalla á la lamparilla y vete á acostar: nos casaremos el mismo dia, y ya que no puedas vivir conmigo, porque no es la casa nuestra, vivirás lo mas cerca posible: para mí, Casilda, siempre serás mi hermana.

—Muchas gracias, señorita! mire V. qué lástima que esté ocupado ese cuartito cuarto de la izquierda!

—El sotabanco!

—Justo! si estuviera desocupado, yo viviria

en él con Paco: coseria y cuidaria toda la ropa de V. y estaria á la vista de la casa!

—Aguarda! ¿quién vive en él?

—Ese zapatero que arma cada dia un escándalo con su mujer, porque viene borracho, y ella le insulta.

—Y hace bien.

—Ay, señorita! nunca se debe insultar á los maridos; que el que escupe al cielo, en la cara le cae.

—Sí, pues hazte de miel!

—*Mas se caza con miel que con hiel!*

—Así dice mi padre, y él es el cazado; pero vamos, vete á acostar, y mañana me llamas temprano y saldremos las dos á comprar telas y lienzo: el ajuar te lo regalo yo.

—Dios se lo pague, señorita, y buenas noches.

—Buenas noches.

VI.

Al dia siguiente y cuando D. Dámaso se entregaba en manos del barbero, á fin de que le *adecentase* para ir á ver lo que se le ofrecia á la marquesa, entró esta acompañada de la generala.

Rosario habia vuelto ya de sus compras de lienzo, encajes y todo aquello que juzgó que ella y Casilda podian necesitar.

Las dos damas eran el tipo esquisito y encantador de la mujer del gran mundo: la marquesa era jóven, bella y elegante: la generala presentaba toda la nobleza delicada de la ancianidad bondadosa y respetable.

Era poco mas de la una; pero Rosario, que no queria que su padre fuese á casa de su madrina, si no que esta viniese á la suya, le entretuvo y le hizo quedarse en la cama hasta muy tarde, bajo el pretesto de que estaba muy constipado.

Cuando supo que estaban allí la marquesa y la generala, se escondió en su cuarto mientras esponian su peticion.

—Sr. Maroto, dijo la marquesa; mi amiga la señora generala de Molina viene á pedir á V. una cosa.

—Señora! esclamó el buen labrador: será posible que yo pueda hacer algo por V.! seré tan dichoso!

—Sí, caballero, interrumpió la señora: vengo á pedir á V. la felicidad de mi hijo único, con la mano de su hija la señorita Rosario.

—Pero señora, yo no sé... yo nada sabía de esto! si ella quiere...

—Ella ama á mi hijo, Sr. Maroto.

—En ese caso...,

—Pero mi hijo es pobre: su carrera y su habilidad de pintor le dan pocas utilidades: al paso que la señorita, su hija, es rica.

—Y eso, qué tiene que ver, señora? ella es rica, no hay para qué negarlo: mas por lo mismo, no necesita serlo él: que la quiera y la haga felíz, y nada mas pido: pero ella sabe?....

—Ella está en relaciones hace dos meses con el hijo de mi amiga, dijo la marquesa: llámela usted, amigo mio, para que diga su parecer, y para que tengamos el gusto de abrazarla.

El señor Maroto salió en busca de su hija, pues tan aturdido se hallaba, que ni se le ocurrió tirar del cordon de la campanilla.

—Qué buen hombre me parece! dijo la generala.

—Es la flor y nata de los hombres de bien, repuso la marquesa.

D. Dámaso se presentó con su hija, que llegaba colorada como una manzana.

La generala la tomó de la mano, la acercó á ella y la abrazó con ternura.

—Señorita, le dijo despues: he tenido el honor de pedir á su padre de V. su mano para mi hijo y él ha tenido la bondad de concedérmela: ¿es V. gustosa en ello?

—Señora, respondió Rosario con su indisputable buen sentido: siempre me ha conten-

tado mucho todo lo que ha hecho mi padre: pero en esta ocasion, sobre todo, le estoy agradecida.

—Pero hija, si soy yo quien debe darte gracias á tí! observó D. Dámaso: estaba yo pidiendo á Dios cada dia y cada noche que te casaras!

—Tiene V. alguna observacion que hacer, querida Rosario? preguntó la generala.

—Una sola, señora, respondió Rosario: que no quiero separarme de mi padre: si Pepe no se opone á que vivamos á su lado, me casaré con él; si no, no.

—Pepe cuenta con eso, así como con no separarse tampoco de su madre, dijo la marquesa: queriéndote tanto, cómo te habia de separar de D. Dámaso?

—Además, repuso Rosario: en tanto que mi padre viva, él es el dueño de todo; yo soy tan pobre como Pepe: ni mi dote tomaré y él será el que disponga, como hasta hoy, de su casa y de su hacienda.

—Ese modo de pensar te honra mucho, mi Rosario! esclamó la marquesa, y mi amiga, lo mismo que su hijo, son dignos de apreciarlo:

¿pero qué tiene V., D. Dámaso? por qué llora de ese modo? acaso siente ahora que su hija se case?

—Yo, señora! esclamó el buen hombre, que en efecto se ahogaba en llanto: yo sentirlo..! si estoy deseando que se case: si ya me parecia que no habia de verla nunca colocada! no, señora, no, no lloro por eso, ni V. tampoco lo crea, señora generala...! lloro de alegría al ver que tengo una hija tan buena, que me quiere tanto! ah! que no viviera su madre para oirla!...

Este pensamiento era el que se le ocurria á D. Dámaso siempre que tenia alguna alegría: cuando esperimentaba alguno de los ligeros dolores, que tan pocas veces empañaron su vida feliz, se le oia murmurar:

—Hizo bien aquella santa en irse al cielo.

Pero cuando sentia alguna dicha, decia siempre:

—¡Que no viviese mi pobre mujer!

De esta suerte, en aquella alma honrada y amante no se aposentaba jamás un sentimiento fuerte y enérgico, que no fuera dividido con la memoria de la que habia sido la compañera de vida.

—Pero, prosiguió hablando con la marquesa, si no la tenemos al lado para que oiga á su hija, ella se alegrará en el cielo, y bendecirá á Dios y á su Rosario.

D. Dámaso abrazó á la jóven, dichas estas palabras, y las lágrimas, que regaban su rostro venerable, dejaron sus huellas sobre las blancas megillas y la pura frente de Rosario.

¡Dichosos los hijos que hacen llorar á sus padres de alegría!

—Padre, dijo Rosario dominando su emocion, yo no sé por qué estraña V. que haga lo que toda hija haria en mi lugar: juntos quiero que vivamos: si me pusiera por condicion el separarme de V., ni con un rey me casaria: y viviendo así, por qué ha de descabalar V. la hacienda ni hacer partes de ella? vamos, sosiéguese V., y no demos mal rato á estas señoras.

Rosario se espresaba siempre con esta gravedad y mesura: si en ella habia poca dulzura y menos cordialidad, tampoco caia en franquezas ó libertades inconvenientes en el trato y que son tan frecuentes en las jóvenes de su edad, que, habiendo salido de la primera juventud, creen que tienen derecho para tratar con lla-

neza á todas sus amigas, y aun á todos sus amigos.

Las dos señoras se despidieron y se marcharon, contentas del resultado de su embajada.

—Es un poco brusca, dijo la marquesa á su amiga: pero la dulzura del carácter de V., amiga mia, y su distinguido trato la suavizarán.

—Es altiva, buena, honrada, respondió la generala: esto me basta, y lo prefiero mil veces á la melosa hipocresía, al fingimiento y coqueterías de casi todas las jóvenes que conozco.

Rosario salió á dar un paseo por el sol con su padre, deseosa de distraerle y ansiosa de respirar el aire puro del campo.

Aquella misma noche, decia Casilda á su novio en el comedor y á presencia de D. Dámaso:

—Mira, el señor y la señorita quieren que nos casemos de aquí á tres semanas: el mismo dia que la señorita.

—Está muy bien, mi amo, dijo Paco mirando al anciano.

—Ya estoy arreglando el sotabanco para nosotros, añadió Casilda: el casero ha despedido

al zapatero borracho que vivia en él, porque el amo le da cinco reales: un real mas diario para que le vivamos nosotros.

—¡Cómo! lo paga el amo?

—Sí, ya ves si es favor.

—¿Quieres callar, chica? esclamó D. Dámaso: ¡qué favor *ni qué carga de agua!* no he de hacer algo por tí si te quiero poco menos que á mi hija? ademas, así estaremos á la vista de lo que ese mala cabeza hace contigo.

Estremecióse Casilda al oir estas palabras, y por algunos minutos el color huyó de su lindo rostro; pero, dominando su emocion, hizo como que no habia oido á su amo, y dijo á su novio:

—Todos los dias salgo con la señorita que me está poniendo el cuarto como una maceta de flores.

—Hay gentes que nacen de piés, murmuró la cocinera con envidia al oido del criado.

—De piés? ya verás qué vida le dal que no conozco yo al andaluz! es capaz de jugarse las pestañas! y capaz de beberse una cuba cada dia!

Casilda oyó estas palabras, y el color volvió á huir de sus megillas: temblaba ante la idea de que su amo pudiera oirlas, y sabia que se

decian con este solo objeto; pero D. Dámaso no las oyó y siguió hablando tranquilamente con los novios.

Mientras tanto, y en la tertulia de la jóven y encantadora marquesa del Puerto, Pepe y Rosario, un tanto retirados de la gran concurrencia que habia aquella noche en el salon, hablaban tambien de su felicidad futura.

—¿Con que no quieres dejar el usted? preguntaba el novio tiernamente quejoso.

—Qué mas da? hasta salir de la iglesia, no somos marido y mujer, respondió ella.

—Qué rígida eres!

—Lugareña y basta, nunca entraré en ciertas elegancias de por acá.

—No lo quieres hacer por darme esa prueba de cariño?

—Si es por eso, sea: dejaré el usted, y te hablaré de tú.

—Qué buena eres, mi Rosario! gracias por tu condescendencia! dime, cuando estemos ya casados, querrás vestir con algo mas de lujo que ahora?

—No! basta la decencia: ¿no te he gustado así?

—Pero yo quiero que digan al vernos pasar: —¡qué elegante va la mujer de Pepe Molina!

—Vanidad, y nada mas que vanidad!

—Es una vanidad bien inocente! no te ha hecho el cielo hermosa? por qué no has de cuidar de tu belleza?

—Y la destruyo—dado caso que exista—vistiendo con modestia y economía?

—A lo menos no brilla lo que debiera: además, así que estemos casados, saldrás mas de casa: nos abonaremos á algun teatro, y recibiremos una vez á la semana.

—Qué disparates! no lo esperes.

—Por qué?

—Yo estoy en casa mejor que en ninguna parte: y además, *la casada la pierna quebrada y en casa.*

—¡Qué antiguallas!

—Lo serán: pero así me han criado: este es mi genio, y ya sabes, *genio y figura hasta la sepultura.*

—Bien, no saldrás de dia mas que cuando lo apetezcas: pero ¿y en cuanto á mis proyectos de noche?

—Un abono es un gasto muy crecido y muy

tonto: cuando alguna funcion nos agrade, tomaremos billetes.

—Yo quisiera abono para que tuvieses la precision de ir: nunca te vendrá bien que tomemos los billetes.

—Ya verás como si.

—Estoy seguro de que no; pero y recibir un dia á la semana ¿no querrás?

—Para echar á perder nuestros hermosos muebles y nuestra alfombra, que es magnífica? cuando llueve, vienen las gentes mojadas y adios damascos y tapicerias.

—Se renuevan.

—Vale mas no echarlos á perder: además, ¿sabes lo que sucede cuando se recibe? que los que vienen á divertirse se burlan de uno y le critican despues que se van.

—¿Y no hemos de gozar de la sociedad por temor á la crítica?

—Pero si los que disfrutan y se divierten son los de fuera! para los de casa es lo peor.

—¿Y no has de lucir tu habilidad en el piano?

—La luciré contigo y con nuestros padres, y para vosotros la perfeccionaré.

Esta tierna respuesta hizo enmudecer á Pe-

pe, que estrechó á hurtadillas la linda mano de su novia.

—Teniendo piano, prosiguió esta, se nos llenará la casa de pollos y pollas con la esperanza de bailar: nos estropearán el estrado, si lo consentimos, nos romperán la alfombra: luego, habrá que darles té, porque, como dice mi madrina, en ninguna parte se recibe ya á palo seco: y sabes lo que cuesta un té y sus adherentes? lo menos trescientos reales, y no quedaremos con lucimiento.

—Casi me convences, murmuró Pepe.

—Luego empiezan los chismes, y las visitas, y el recibir á las gentes que creen que deben venir á hacer el cumplido de dia, porque de noche vienen á divertirse; es decir, que el que tiene tertulia un dia á la semana se sacrifica todo el resto de ella.

—Bien, no recibiremos, dijo Pepe, cuyo carácter era muy dócil y muy complaciente: pero lo del teatro me lo has de conceder: espero convencerte de que no es bueno aislarse del todo, y de que la sociedad, si dá alguna pequeña incomodidad, proporciona tambien algunos ratos agradables.

—Yo espero convencerte, repuso Rosario, de que la sociedad exige mucho y dá muy poco: apenas la he frecuentado: pero no lo deseo porque tengo mala idea de ella: creo que de tantas personas como vienen á esta casa dos noches á la semana y todos los dias, si hubiera en ella una enfermedad ó una desgracia cualquiera, solo quedaríamos, para consolar y hacer compañía á la marquesa, nosotros y nuestros padres: créelo, Pepe, y no te sacrifiques por esa sociedad, compuesto ruin de necios, de egoistas y de ingratos.

VII.

Tres semanas despues, y un lunes por la noche, se casaron Pepe y Rosario, Paco y Casilda.

Acabada la boda de los primeros, tuvo lugar la de los segundos.

La marquesa fué la madrina del casamiento de su ahijada, y D. Dámaso el padrino.

Despues Rosario y su marido sostuvieron el yugo de seda sobre las jóvenes y alegres cabezas de Casilda y de Paco.

Terminada la ceremonia, fueron todos á casa de la marquesa, que con el pretesto de enseñar á Rosario unos encajes, la llevó á su gabinete y le habló gravemente.

—Hija mia, le dijo, es preciso que escuches algunos consejos que voy á darte, y que estoy cierta te hubiera dado tambien la escelente señora que te llevó en su seno, y que ya está en el cielo.

Escúchame: si quieres ser dichosa, modera tu severidad en la vida doméstica sobre todo, y tambien en la vida social.

Tú eres buena, eres casi una santa: estás dotada de mil bellas cualidades: tienes talento y un corazon tierno: pues bien, mi querida Rosario, no las ocultes todas con el tupido y áspero velo de laintolerancia: no exijas en todo y en todos la perfeccion absoluta: piensa en que la bondad tiene distintas manifestaciones y que en todos los caractéres hay su claro oscuro: aprecia el claro: el oscuro haz, siempre que te sea posible sin menoscabo de tu dignidad, como que no lo ves.

Hazte tambien un poco tolerante, por lo que toca á economía: el servicio doméstico está muy viciado, y solo cambias de criados por tu escesiva rigidez: á trueque de que duren y de estar bien servidos, súfreles algo, y ya que tienes para ello, dales sueldo suficiente para que estén

contentos y hallen ventajas en estar al lado tuyo.

Sobre todo, hija mia, te encargo mucho tacto con tu suegra y con tu marido: ella es una señora acostumbrada á un trato delicado, al lujo, á la comodidad. Pepe se ha criado al lado de su buena madre bastante mimado y un tanto consentido: no te muestres dura ó brusca con él, ni desatenta con su madre: gustará de llevarte á los paseos, á los teatros, á los saraos; no hagas de tu casa un convento: no huyas de las diversiones absolutamente: cuando un esposo dice *ven*, nunca debe la esposa negarse á acompañarle: porque si soporta la negativa dos ó tres veces, á la cuarta se va solo; á la quinta se halla muy bien con su libertad, y luego se alaba con sus amigos de haberla recobrado y de haber sacudido el ridículo *yugo conyugal*. Rosario, haz, ante todo, que tu marido halle agradable tu compañía y tu casa preferible á todas las diversiones.

En una palabra, querida Rosario, tus obligaciones árduas y verdaderamente penosas es ahora cuando empiezan: antes tenias la libertad de una ama de su casa y ninguno de sus peno-

sos deberes: hoy descansan en tí el reposo y la felicidad de toda una familia.

Rosario oyó en silencio estas amonestaciones de su amiga: su corazon era bastante noble y su alma bastante fuerte para no ofenderse por ellas: por el contrario, nunca, como entonces, conoció el interés que su suerte inspiraba á la marquesa y la abrazó dándole gracias con toda la efusion de su alma.

—Si alguna vez, prosiguió su madrina, tu espíritu desfallece, ven á mí, hija mia: yo te daré consejo, y si no puedo consolar tus penas, las lloraré contigo.

—Gracias, señora, respondió la jóven: yo espero en Dios no tener penas, ó, á lo menos, penas de gran consideracion: pero si las tuviese, creo que solo á V. me decidiria á confiarlas, y que las ocultaria de todos, hasta de mi padre.

Rosario, al hablar así, estaba en efecto casi segura de no tener pesares: contaba con transformar á su gusto á su marido, cuya suave condicion y dulce carácter le eran conocidos.

—Yo le quitaré, pensaba, sus hábitos románticos, su afan de gastar y esas mil malas mañas hijas de una educacion mimada y consentida.

La casa era bastante grande para que todos viviesen con comodidad: casada y avecindada en el sotabanco Casilda, quedaban sin doncella: pero la generala tenia una buena, y dijo á Rosario:

—Benita es juiciosa y fiel; si quieres, la traeré y nos servirá á todos.

—Mas vale esa que es ya conocida, dijo Rosario, que otra nueva.

La vida empezó, por decirlo así, bajo una nueva fase para aquellas cuatro personas.

Deslizábase feliz para Rosario, porque se veia adorada de su marido, al que ella adoraba á su vez, si bien de un modo menos espansivo y visible que él á causa de su carácter reconcentrado.

Feliz para D. Dámaso y para doña Benigna, que así se llamaba la madre de Pepe: al ver á sus hijos tan dichosos, ninguna otra cosa pedian al cielo.

Feliz sobre todo para Pepe, que á cada instante hallaba en su esposa nuevas perfecciones físicas y morales.

Rosario, en efecto, parecia haberse embellecido aun con el amor: el amor habia dulcificado

su mirada y hecho nacer sobre sus lábios una bella y casi habitual sonrisa.

D. Dámaso y doña Benigna se entendian muy bien, y pronto los unió una perfecta simpatía: aunque su educacion habia sido muy diferente, la bondad y la tolerancia allanan todas las dificultades del trato, ó, á lo menos, aquellas que, por lo salientes y pronunciadas, puedan dar orígen á que se tropiece en ellas.

La vida parecia, pues, abrirse radiosa y feliz para aquellas cuatro personas.

Una mañana, durante el desayuno, D. Dámaso estaba preocupado.

—¿Qué tiene V., padre? le preguntó Rosario, que fué la primera que advirtió su preocupacion.

—Tengo, dijo el anciano, una idea que me ha ocurrido y me ocupa la cabeza.

—Dígala V., querido papá, repuso Pepe con acento afectuoso.

—*¡Papá, papá!* murmuró Rosario: yo no sé qué manía tienes de gastar esas pinturas: ¿no ves cómo yo le digo padre?

—Y haces mal, repuso Pepe.

—¿Por qué?

—Porque nadie, mas que la gente ordinaria, dice padre y madre.

—Pues yo madre le digo á la tuya.

—Y te repito que haces mal.

—¡Mejor! á tí te parece eso, y á mi me parece lo contrario: *pata!*

—Tienes razon, Pepe, opinó D. Dámaso; es mas fino decir *papá* que *padre*.

—Yo digo que la razon es de Rosario esta vez, observó doña Benigna: *padre* decia yo al mio. MADRE decia Jesus á la Vírgen: PADRE llamamos al Todopoderoso: la moda saca cada dia estilos nuevos que no son mejor que los antiguos.

—Doña Benigna, V. desempeña su nombre á las mil maravillas, y sobre todo con mi hija, observó D. Dámaso: en todo y por todo le dá la razon.

Rosario dió gracias á su suegra con una mirada afectuosa, y luego dijo:

—Me dá la razon cuando la tengo: á mí me gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino; que soy aragonesa y muy franca.

—Una cosa es ser franca y otra cosa ordinaria, observó Pepe: la educacion es de todos los paises.

—¿Y es educacion mejor el decir *papá* y *mamá* que *padre* y *madre*?

—A lo menos es el uso establecido.

—Pues síguele tú.

Pepe iba á responder tal vez con alguna aspereza; pero una mirada de su madre le cerró la boca como un candado, y Rosario quedó triunfante: como se dice vulgarmente, *la suya* habia sido la última.

Su marido enrojeció de cólera: se veia humillado por la brusca terquedad de la jóven.

—*Papá*, dijo recalcando mucho esta palabra como para vengarse de su derrota: diga V. qué idea es esa que le ocupa la cabeza.

—Pues es, hijo mio, que yo ya estoy viejo y cansado; tengo sesenta y dos años, y la cabeza pesada para cuentas y negocios: y que, habiendo en casa tanta hacienda, que ha de ser tuya un dia, es una majaderia que sigas con tus estudios de ingeniero, que el dia menos pensado te harán ir á una poblacion lejos de nosotros para dirigir alguna obra, ó para descubrir alguna mina.

—¿Y qué? esclamó Pepe: ¿quiere V. que deje mi carrera, señor?

—¿No está ya acabada? pues el dia que la necesites te servirá.

—Pero no ser nada en el mundo!

—Hombre, lo que has de ser, ya lo eres: di que no ejerces lo que sabes; y además yo he sido toda mi vida un hacendado laborioso, que he dado de comer á muchas familias: ¿no vale esto mas que todo?

—Este tiene otras pretensiones, observó Rosario irónicamente y resentida aun de la repeticion de la palabra *papá*.

—No, Rosario, repuso su marido: si no que yo me he casado contigo contando con que tenia para mantenerte, y haciendo ahora lo que dice tu padre no ganaré nada, y voy á ser el mantenido.

—Hijo, esclamó el honrado labrador: te parece poco el descansarme en la administracion de mis bienes y hacerlos prosperar? trabaja, que dinero hay para mejoras: con el agua que se desperdicia puedes establecer una hermosa fábrica de papel y un molino harinero: puedes mejorar los vinos en los lagares; puedes distinguirte al fin como agricultor y como propietario: como gran contribuyente puedes sen-

tarte en la cámara y defender á tu país: trabaja, hijo mio, trabaja, que el trabajo engrandece al hombre cualquiera que sea su condicion.

D. Dámaso, al hablar así, tenia el semblante animado: su mirada era brillante: aquel hombre sencillo, pacífico, casi ignorante, parecia transfigurado, y este milagro era obra de la bondad, pues solo el deseo de proporcionar á su yerno el descanso y el bienestar, la tranquilidad á su hija con la constante compañía de su marido, y la felicidad á doña Benigna con la seguridad de un porvenir lisonjero, era lo que le habia prestado aquella elocuencia momentánea.

—Sí, padre mio, esclamó Pepe participando del entusiasmo del anciano: sí, yo seré algo, y mi mayor afan será el descansarte en todo lo que esté en mi mano: mejoraré tus fincas, seré benéfico para los pobres que ganan el pan en tu casa, y tú tendrás, estoy seguro de ello, una vejez dichosa y prolongada por el cariño de tus hijos!

Lágrimas de enternecimiento corrian por las mejillas de doña Benigna y de Rosario.

—¿Ves? esclamó esta olvidando su resen-

timiento y tomando la mano de su marido: ahora, que has querido emplear ¡un lenguaje espresivo y tierno, le has llamado padre!

—Y *padre* es la dulce palabra que calma todas las grandes aflicciones de la vida, dijo doña Benigna, que era siempre el iris de las pequeñas borrascas.

—Está decidido, dijo D. Dámaso: dejas tu carrera y te encargas de la casa.

—No tengo mas voluntad que la tuya, padre mio, repuso Pepe.

—Pues ahora vámonos á dar un paseo al sol, opinó doña Benigna: á los cuatro nos hace falta, y á tí sobre todo, Rosario, que hace dias que no sales.

VIII.

El primer grano de arena habia caido en el lago azul y transparente del matrimonio.

¿Quién lo habia lanzado?

Seguramente no eran ni D. Dámaso, ni Pepe, ni su madre: era Rosario, ó mas bien, era su carácter dominante, rígido y fuerte como el acero que se rompe, pero no se dobla.

Como un mes hacia que se habian casado, cuando Pepe, cansado de estar en casa por espacio de tantas noches seguidas, tomó sin consultarle butacas para ir al teatro los dos.

Al ver los billetes, Rosario le miró con enojo.

—Yo no voy, dijo secamente.

—¡Que no! si es una funcion tan buena!

—Que lo sea, te vas tu solo.

—Pero, tú, ¿por qué no has de venir?

—Porque no tengo gana: además, mañana voy á confesarme, y tengo que recogerme á mi cuarto temprano: antes de gastar el dinero tan tontamente, podias haberme preguntado si queria ir.

Pepe, que era muy susceptible, porque era pobre, sintió dolorosamente estas palabras, y creyó hallar en ellas una alusion.

La mujer rica debe ser mas delicada en su lenguaje que la que todo se lo debe á su marido.

—Como quieras, dijo con voz sorda: no iremos: y otra vez, antes de gastar en nada, te pediré licencia.

Rosario perdió el color: conoció que habia ofendido á su marido, y le miró con tristeza y cortedad.

El desvió la vista y salió de la habitacion.

Un instante despues, entró doña Benigna y halló llorando á la jóven.

—¿Qué tienes, hija? esclamó: ¿estás mala? ¿qué sucede?

Rosario se lo contó todo.

—Eso no vale nada, dijo la señora: Pepe es sentido, tú demasiado sincera: pero, hija mia, poned cada uno un poco de vuestra parte, porque, si no, queriéndoos mucho, llegareis á no entenderos: yo echaré un sermon á tu marido y le diré que no sea tan niño: por tu parte hazme el favor de acompañarle al teatro y le verás tan contento.

Rosario, aunque de malísima gana, se vistió bajo la direccion de su suegra y se puso encantadora.

Un vestido de seda azul, ricos brillantes en las orejas y pecho y un velo ligero, que dejaba ver su hermoso cabello, componian su atavío.

Doña Benigna la condujo de la mano al cuarto de Pepe, dió á este su sombrero y le dijo con tierna autoridad:

—Al teatro!

Volvióse el esposo, y de su rostro ceñudo y contraido desaparecieron las negras nubes para dejar paso á una sonrisa nacida de su placer al ver á Rosario tan bella.

—¿Quieres que tome un coche? dijo á su mujer.

Rosario se ruborizó.

—¿No eres tú, le dijo, el dueño de todo, y el mio tambien?

Subieron á un carruaje que los llevó al teatro, en el que Rosario pasó la noche bastante divertida.

Pero al llegar á casa empezó á lamentarse de que no podia ir á la iglesia al dia siguiente, y de que perdia el jubileo, que era de indulgencia plenaria.

Pepe se encogió de hombros. Rosario, viendo en este ademan una señal de desprecio, se incomodó, y le dijo que él, como era un hereje, maldita la pena que pasaba por las cosas de la Iglesia.

Este cargo delante de su madre, que era profundamente piadosa, exasperó en estremo á Pepe, y dijo á su mujer que no se metiera en lo que no le importaba, y respetase sus opiniones.

—La culpa tengo yo por haberte acompañado al teatro, esclamó ella con los dientes apretados por la cólera.

—¿Por qué has venido? preguntó él.

—¿Por qué? porque parecia que no podias pasarte sin mí.

—Pues te parecia mal: me hubiera ido solo con mucho gusto.

—¡Solo! si parece que te dá vergüenza de ello como á los niños que empiezan á andar.

—Ya verás esta misma noche si me voy solo ó no.

Rosario se metió en su cuarto desesperada, y en todo el dia quiso volver á ver á Pepe.

Por la noche se le acercó este y le dijo:

—¿Quieres venir?

—¿Adónde? preguntó ella airada.

—A casa de la marquesa.

—Buen viaje.

Pepe se marchó.

Rosario empezó á sollozar de tal modo que su padre acudió corriendo.

—Pero, hija, ¿qué te pasa? esclamó el pobre viejo, cuyo semblante se entristeció profundamente, tal vez por la primera vez en toda su vida.

—Tiene que Pepe se ha marchado, dijo doña Benigna afligida tambien.

—¡Cómo! esclamó D Dámaso: ¿se ha ido solo?

—¡Solo, sí señor! repuso Rosario con esa injusticia de la cólera ciega: desde ayer está pre-

parando esta cuestion para hacer lo que le dá la gana.

—Y qué, ¿piensas tú que su deseo era irse sin tí? preguntó doña Benigna.

—Ya lo vé V.

—Pero, ¿por qué no has burlado tú sus esperanzas saliendo con él?

—No quiero que me lleve á la fuerza; pero ahora me voy.

—¿Adónde, hija?

—A casa de mi madrina, allí ha dicho que iba él.

—Hija mia, observó doña Benigna, si ahora vas tú sola adonde está tu marido, ¿qué van á decir? yo te acompañaré, y diremos que quedamos ocupadas en casa cuando Pepe se fué.

En efecto, la bondadosa y prudente señora se vistió: Rosario lo mismo y salieron juntas acompañadas del criado.

La tertulia de la marquesa se hallaba en todo su apogeo, y ella, sentada en un pequeño canapé, hacia los honores con aquella gracia suprema y esquisita que ya le conocemos.

Al ver llegar á Rosario despues de su marido con los ojos hinchados y encarnados de llorar,

comprendió que negras nubes invadian ya el horizonte conyugal.

Otros muchos, y sobre todo *otras* muchas lo comprendieron asimismo, y las que habian envidiado á Rosario que se llevase el simpático é interesante esposo que la habia preferido á ellas, soltaron algunas pullitas acerca de la dicha del matrimonio, á las que Rosario contestó con una fiera mirada.

A la primera ocasion que tuvo se acercó á su marido, que miraba jugar al tresillo á algunos señores de edad, y le dijo:

—Ya vé V. como para nada me hace falta.

—Tanto mejor, contestó él: y otra vez no se ponga V., para asistir á una tertulia concurrida, un vestido tornasolado y tan corto que le hace ir enseñando las medias: repare V., y verá como todos se le rien.

—Es que el proceder de V. no me ha dejado humor de componerme: y además, yo quiero gastar mis vestidos antes de hacerme otros.

—Señora, ciertas economías son ridículas.

—Caballero, los despilfarros lo son siempre.

—¿Lo dice V. por mí?

—No quiero hablar mas con V.

Y Rosario volvió la espalda á su marido con una groseria de que este se ofendió profundamente.

Llegada la hora en que se acostumbraban á retirar, la generala se acercó á su hijo:

—Pepe, por Dios, le dijo, sé prudente.

—¿Y qué quieres que haga? preguntó con una aspereza que jamás habia usado.

—Vé al lado de tu mujer.

—Pues me tiene contento y satisfecho con su genio.

—Pero hijo, piensa que todos sus defectos nacen de su carácter, y estos son disculpables: ¿no es buena? ¿no te quiere con el alma? ¿no es su vida pura é irreprensible?

—Todo eso no basta á compensar su falta total de educacion.

—Sí, hijo, sí: eso se corregirá si ella quiere y se convence de que obra mal.

—¿Que se ha de corregir? ya no puede aunque ella quiera.

—*Querer es poder*, hijo mio.

—Mamá, repuso Pepe, por tí haré lo posible para ser prudente; pero si con Rosario se apura la paciencia mas ejemplar y luego, como ella es

la rica, me pone en ridículo, y no faltará quien diga:

—Bien está pagando ese su ambicion, y el haberse casado con una mujer opulenta.

—¡Es posible que pienses eso, hijo mio! esclamó tristemente doña Benigna: si alguno piensa así, no merece ni que te acuerdes de él: tú te has casado con tu mujer porque la amabas, y no por miras de interés.

—Sin embargo, hice muy mal en no buscar mujer pobre ya que yo lo soy tambien.

Pepe, sin añadir otra palabra, se acercó á su mujer.

Pero su madre conoció que en aquella alma, antes llena de flores y de aromas, habia brotado la primera raiz amarga que debia dar mas amargos frutos.

—¡Ah! pensó: si mi hijo hubiera tenido la fortuna de hallar para compañera una mujer de condicion apacible y con mas debilidades, ambos hubieran sido dichosos: así... ¡quién sabe!

—¿Vamos á casa, Rosario? preguntó Pepe á su mujer con voz dulce.

—Vamos, respondió esta secamente.

—No estés enojada conmigo! añadió él, y olvidemos lo pasado.

—¿Qué tienes tú que olvidar?

—Nada, es verdad, respondió Pepe que, hallándose con la mirada suplicante de su madre, hizo un esfuerzo heróico para tener prudencia: olvida tú lo pasado, Rosario, y vamos á despedirnos de la marquesa.

La jóven, viendo que su marido se humillaba, sintió lo que sienten todas las personas de carácter fuerte cuando ven que su antagonista se doblega: el enternecimiento penetró en su corazon y estrechó la mano de su marido.

Un instante despues, salian los tres de casa de la marquesa.

Pepe daba el brazo á su madre: Rosario iba sola delante.

Al llegar cerca de su casa, se detuvo y se volvió algunos pasos.

—Allí está Casilda, dijo señalando á una mujer que, en efecto, estaba inmóvil en la acera, y á pocos pasos del portal de la casa.

—¡Cómo, Casilda! esclamó doña Benigna: á estas horas y sola!

—Es ella misma: mírela V.

—En efecto, dijo Pepe: es ella: pero ¿qué hará aquí?

—Quedémonos un poco, dijo Rosario, en este portal, desde donde podemos verla sin ser vistos: tengo curiosidad de saber á qué ha venido.

Los tres entraron en el portal indicado, muy contra la voluntad de Pepe, que no se avenia gustoso á aquel espionaje.

No duró mucho: apenas hacia algunos minutos que estaban allí, vieron llegar á un hombre asido á las paredes y con todas las señales de la embriaguez.

—¡Ese es Paco! dijo doña Benigna.

—En efecto, esclamó Rosario: ¡es él! todo lo comprendo ahora: infeliz Casilda!

Paco se aproximó tambaleándose: su mujer, así que le vió, se acercó á él tapándose la cara todo lo posible con un pañolon que llevaba en la cabeza.

—Apóyate en mi brazo, le dijo ella dulcemente.

—Qué apoyo ni qué demonio! respondió él: ya estás aquí? cuando te digo que te he de romper la cabeza de un palo!

A pesar de su angustia, Casilda oyó pasos detrás de ella, pero el estado de su marido habia llegado, como decia doña Benigna, á tal estado de estupidez, que no se atrevió á detenerse, y siguió conduciéndole penosamente y con el mayor silencio posible.

Ya cerca de la puerta, se volvió, y vió á su jóven ama, á Pepe y á su madre.

Un generoso rubor sucedió á la palidez que la angustia de su marcha habia estendido por su frente.

La pobre Casilda hubiera dado algunos años de su vida porque no hubiesen descubierto el feo vicio que ocultaba en su marido con el esmero mas esquisito, así como ocultaba otros varios.

Rosario le hizo una seña que le indicaba que siguiese adelante y que no se cuidara de ellos, y ella obedeció, abrió la puerta de su habitacion y entró con su marido, al que condujo ante un sillon, en el que se desplomó.

Casilda dejó la puerta entornada, por la que sus amos podian ver el milagro de amor y de prudencia que se iba á obrar en aquella humilde vivienda.

La habitacion constaba de sala, gabinete, una cocina y despensa: en el pasillo habia otro cuarto pequeño que servia de comedor á los esposos.

Todo brillaba de aseo, y estaba arreglado con la mas armoniosa pulcritud.

Casilda, así que dejó á su marido sentado en la sala, corrió á la puerta de la escalera, para hacer pasar adelante á los señores, como ella les llamaba.

—No, no queremos entrar, dijo Rosario: si no que, al volver de casa de mi madrina, hemos visto que tu marido no se podia tener, y hemos subido cuidadosos por tí.

—¡Qué, señorita! yo le manejo como á un cordero! la verdad, hoy como es sábado y ha cobrado el jornal, se conoce que se escedió algo; pero es la primera vez, y de eso tienen la culpa las compañías.

—Mira, Casilda, dijo doña Benigna: déjanos entrar á Rosario y á mí, que tengo curiosidad de ver cómo te compones con tu marido: tú, hijo mio, vete abajo, que si algo ocurre á Casilda, lo que Dios no quiera, aquí estamos nosotras.

—¡Cómo, señora! ocurrirme á mí nada con mi marido! esclamó Casilda: ni por pienso; váyanse Vds. sin cuidado.

—No, no! yo deseo estar aquí hasta que se duerma.

—Pasen Vds., pues, al gabinete, dijo la jóven disimulando su contrariedad.

Pepe salió, y su madre y su esposa fueron al gabinete, cerrando Casilda la puerta de la habitacion.

IX.

Paco se habia quedado dormitando, y su fuerte resuello se oia ruidoso y repugnante.

A la espresion vivaz é inteligente de su fisonomía, habia sucedido otra de natural estupidez.

Su gorra se habia caido.

Sus cabellos pendian por sus megillas en mechones desiguales.

Su corbata estaba torcida y desatada.

Casilda se acercó á él, y luego fué á la cocina; llenó de café una taza, le puso un poco de azúcar, y volvió al lado de su marido.

—Paco! le dijo moviéndole suavemente: aquí está el café.

Paco abrió los ojos, y alargó la mano á la taza.

—Yo te lo daré, que estás medio dormido, dijo Casilda acercando la taza á los secos lábios de su marido.

Este bebió con la avidez de los beodos que tienen una especie de pasion por todos los líquidos.

Dos minutos despues, aquella bebida espirituosa habia producido el efecto acostumbrado disipando casi del todo las nieblas que oscurecian el cerebro de Paco.

—Válgame Dios, Casilda, dijo echando hacia atrás sus cabellos: todavía no te has acostado?

—No: si acabas de llegar! respondió ella: vamos, quieres mas café?

—Hay más?

—Sí.

—Pues dáme: pero quién ha traido este café?

—Lo mandé yo traer del café de ahí enfrente.

—Pues cómo lo tienes en un puchero?

—Para que no se enfrie.

—Apuesto á que lo has hecho tú?

—Y aunque así fuera, qué tendria eso de

malo? mejor hecho estará: que lo del café es veneno.

—Pues por qué dices que lo han traido?

—Como me hallaste en la calle...

—Ya! porque no te regañara.

—Sí, como te incomoda el que vaya á esperarte...

—Me diste esa escusa?

—Sí.

—Pobre Casilda! esclamó Paco, cuyo cerebro iba quedando limpio de las nieblas que le habian invadido: desde que nos hemos casado, que hace cerca de dos meses, todos los sábados te hago pasar mil angustias.

—A mí? por qué?

—Porque vengo borracho como una cuba: pero de eso tienen la culpa las malas compañías.

—Borracho! qué horror! esclamó Casilda: vergüenza me da oirlo! vienes algo alegre y nada mas: que para otra cosa, eres tú persona demasiado decente: eso de emborracharse se queda para los de oficio de poco mas ó menos.

—Pues yo qué tengo mas que un oficio como otro cualquiera?

—Como otro cualquiera, no: el tuyo es un oficio muy decente: pero vamos á dormir, Paco: acuéstate que tienes que madrugar.

—Pues y mi maldito vicio de jugar? prosiguió Paco, al que daba entonces por echarla de sentimental: no te entrego ni la mitad de los jornales.

Casilda guardó un triste silencio.

—Habla, mujer, dijo Paco: parece que te han cosido la boca!

—Qué he de decir? cuando juegas, es señal de que hallas gusto en ello: y tú eres dueño de hacer tu gusto.

—No señor: nadie es dueño de su gusto cuando este es en daño de los demás.

—No es eso: si no que ese gusto te trae algunos malos ratos despues.

—Y muy malos!

—Pues entonces, gusto que hace padecer no es gusto: otro dia, desde el trabajo, te vienes á casa.

—Qué! pero si le comprometen á uno! así me pasaba en casa de mi tia la fondista: y me regañaba tanto que tomé el partido de dejarla y marcharme de su casa para vivir á mi gusto;

pero vamos á la cama que me caigo de sueño.

Paco se metió en la alcoba: su mujer le ayudó á desnudar y le arropó con el mismo cuidado que si hubiera sido el mejor y mas ejemplar de los esposos.

—Dios mio! esta muchacha es una martir! esclamó Rosario: Casilda, dijo al verla entrar; por qué nos callabas lo que te pasa?

—Y qué conseguia con decírselo á Vds., señorita? darles un mal rato, y nada mas: y luego que la mujer debe sufrir las faltas de su marido y no publicarlas.

—Pero sabias tu lo que era antes de casarte con él?

—Ya sabia que era algo calavera: pero no tanto.

—Y por qué te muestras tan solícita y tan blanda?

—Y qué he de hacer, señorita? alborotar la casa? armar un escándalo? llenarle de picardías? qué adelantaria con eso? él perderia la vergüenza y adios! era hombre al agua! así, á lo menos, conserva un resto de pundonor y teme que le vean: ¿quién debe ocultar sus faltas mejor que su mujer? cada uno lleva su cruz en este mundo!

—Es que la tuya es muy pesada, pobrecita! dijo doña Benigna.

—Y qué remedio, señora? Dios es quien nos las reparte en el mundo, y por mas que me empeñe, no la podré aligerar así... de repente.

—Y así has de vivir siempre?

—Tal vez no, señora: yo no he sido mala, para ser siempre tan desgraciada.

—Casilda, dijo Rosario, tu debes tener apuros, porque tu marido juega: toma dinero.

—Señorita, respondió la jóven: muchas gracias: ahora me voy á poner á concluir unas camisas y mañana me las pagarán.

—Qué! esclamó doña Benigna: ¿coses ageno? á ese estremo has llegado?

—Señora, respondió Casilda con dignidad: al matrimonio se lleva un fondo comun: el hombre es el que pone el dinero: la mujer el trabajo, la economía y el buen órden: si el marido cae enfermo, la mujer debe trabajar en lo que él no llegue: esta es la obligacion que contrae al casarse, y en esa comunidad de bienes no debe entrar ningun tercero: ganarlo honradamente entre los dos, y entre los dos gastarlo: pues bien: mi marido está enfermo, solo que en

lugar de baldarse de dolores ó de quedarse ciego de los ojos, ha cegado su razon, y su alma ha enfermado al contagio de otras malas almas; y mi obligacion es llegar adonde él no llegue: si sana, tanto mejor: si no, Dios me dará fuerzas para llevar mi cruz.

—Y le vas á mantener sus vicios? esclamó Rosario indignada.

—Sus vicios, no, señorita: me hago la cuenta de que sus vicios se los paga él y ¡ay de mí! bien caros! porque pierde la salud y la vida! yo le pago la comida, la limpieza y un poco del bienestar y de la paz que necesita despues de la borrasca!

X.

El lago azul de la vida de Rosario no estaba turbio dos meses despues de los sucesos referidos: se habia ennegrecido.

Querer es poder, como decia la marquesa del Puerto y como tambien decia algunas veces el bueno y honrado D. Dámaso Marote.

Rosario, *habia querido* y *habia podido* hacer de su vida un continuado purgatorio, en el que las sonrisas de dos bondadosos ancianos apenas deban algun rayo de luz, entre aquel caos de sombras

De las pequeñas disputas, los esposos habian llegado á las contiendas sérias: ya habian pro-

nunciado entrambos palabras de esas que no se olvidan jámás.

Pepe habia llamado á su mujer déspota y ridícula, y le habia dicho que, si habia llegado á los 22 años sin casarse, era porque nadie habia querido cargar con semejante furia.

Rosario, irritada y con razon, pues le habian sobrado pretendientes, le respondió que ella habia podido elegir: pero que si él se habia casado con ella, habia sido por atrapar el dinero que debia ser suyo un dia ú otro, y hasta tanto una vida cómoda y feliz.

De esta suerte, Pepe habia herido de una manera incurable el amor propio de su mujer, herida funesta que no se cierra jamás, y Rosario habia inferido igual lesion á su marido, que era el mas pundonoroso, y aun el mas susceptible de los hombres, tratándose de asuntos de interés material.

La primera disputa es la que se debe evitar en el matrimonio: así como la primera palabra de amor suele decidir del porvenir de toda la vida, así la primera disension suele llevarse detrás la felicidad de la existencia entera.

Necesaria es entre dos esposos una continua

raciprocidad de miramientos y de pequeñas atenciones: desgraciadas las jóvenes inespertas que creen que, al enlazarse al hombre á quien aman, estan dispensadas ya de ser amables, tolerantes, agasajadoras, bien educadas, en una palabra!

Desgraciados los hombres que, al casarse, consideran ya á la mujer, que antes obsequiaban galantes y rendidos, como cosa propia!

El matrimonio es un valle que ambos deben atravesar asidos de la mano, y del cual son las flores, las atenciones y las pruebas de cariño; y los abrojos, las contiendas, la intolerancia y el mal humor!

Jóvenes esposas, á vuestras delicadas manos toca sembrar las flores: si vuestros esposos siembran algun abrojo, arrancadlo antes de que crezca y sofoque las galas de vuestro amor y la luz de vuestras ilusiones.

El matrimonio, como decia Casilda, es una union íntima en la que no cabe ningun tercero, y en la que la mujer debe poner todo lo que al hombre falte de generosidad y de paciencia, y este todo lo que á aquella, falta de talento y de juicio: es una cruz, que no admite ayuda de Ci-

rineo, un contrato santo de dos almas, que Dios firma en el cielo, y Dios solo puede romper con la espada de la muerte.

El dia fatal en que Rosario echó en cara á su marido que se habia casado con ella porque era rica, se hallaba presente Casilda, y la sencilla aldeana, sin educacion y sin cultura, se hizo hacia atrás trémula de espanto al ver la espresion que tomó el semblante del ultrajado esposo.

Pepe, atónito al oir estas palabras, ahogado por el esceso de su furiosa cólera, trémulo y desatentado, no supo qué responder: eran tantas las palabras que se agolpaban á sus lábios, que ninguna hallaba salida: por último, midió á su mujer con una ojeada de amargo y sangriento desprecio, y salió de la habitacion con paso atropellado.

Una hora despues, se hallaba en una casa de juego para olvidar lo que acababa de oir.

—Y qué! pensaba en pié delante del fatal tapete que consumia tantas fortunas y la felicidad de tantas familias: ¿pensarán todos como esa mujer? dirán por ahí que me he vendido? sin duda! cuando esa mujer, que tanto parecia quererme, me lo dice, es que lo ha oido decir! esa

idea no puede haber salido de su corazon que es bueno! eso es que el mundo me llama hombre sin pundonor y sin delicadeza, parásito holgazan al que mantiene su mujer, pordiosero que no tenia pan ni sabia ganarlo, y se cubrió con las heridas de un amor postizo, como un mendigo de falsas llagas, para que le arrojasen el pan de la limosna! ¿y qué hacer? separarme de ella? eso seria dar á mi madre un golpe mortal, y á la sociedad derecho para decir que me habian arrojado como á gato ladron, que se come las mejores tajadas de la cocina! oh! haber dejado mi carrera por dar gusto á su padre! ¡cómo andarán mi honor y mi dignidad en el salon de la marquesa del Puerto! ¿qué has hecho Pepe Molina, hijo del honrado y viejo general de este nombre, qué has hecho de tu orgullosa independencia? y cómo trabajar ahora en la hacienda de mi suegro, hacer las mejoras que él me aconsejó y que yo tenia proyectadas? ¡para que esa mujer diga que lo hago por ambicion, y para que me quede todo mas floreciente! eso jamás! ya estoy desentendido de todo! volveré á mi carrera, y si me destinan lejos de aquí, mejor! ese será el medio de obtener una sepa-

racion sin ruido y sin escándalo! mientras tanto, no tocaré un solo real de esa fortuna maldita! pintaré cuadros y me divertiré con su producto.

Pepe tenia razon: las frases de su mujer no habian salido de su corazon, y habian sido solo hijas de su imprudente cólera: el mundo tampoco le creia interesado: pero aquella imaginacion vehemente y exaltada todo lo veia con los colores mas negros, y bastaban aquellas desesperantes ideas para sumergirle en toda clase de estravíos.

Haciendo por sacudir tan amargas reflexiones, Pepe jugó, y ganó: puso á otra carta y ganó tambien: la suerte, deseosa de consumar su perdicion, le fué favorable, y le permitió ganar toda la noche.

Cuando se retiró, á las dos de la madrugada, llevaba en los bolsillos cerca de tres mil duros.

Llegó á su casa: llamó y el criado bajó á abrirle.

—¿Y mi madre? le preguntò.

—Está esperando á V., señorito: y tambien el señor y la señorita: han pasado muy mal rato desde las nueve, y yo he ido á buscar á V. á todas las casas conocidas.

Pepe no respondió: entró en la habitacion, y despues, en el comedor donde se hallaba la mesa puesta y la familia reunida.

—¡Hijo mio! qué te ha pasado? esclamó la madre corriendo hácia él.

—Nada, mamá, repuso él desafiando la furiosa mirada de Rosario: me he entretenido en casa de unos amigos.

—¡Qué rato no has dado! esclamó el buen don Dámaso. Rosario estaba que parecia faltarle la tierra bajo los piés: pero ya que no te has puesto malo, eso es lo principal: vamos á cenar.

Pepe, profundamente conmovido con la indulgencia de aquel venerable anciano, sintió que las lágrimas acudian á sus ojos.

¿Que mas podia haber esperado de su propio padre? así pensó Pepe, y tambien su madre, que dijo al digno labrador:

—¡Gracias, D. Dámaso!

—De qué, señora? preguntó muy admirado el Sr. Maroto.

—¡Es V. muy bueno para mi hijo!

—Pues qué mal hay en que venga un poco tarde? los jóvenes no han de vivir como los frai-

les, y un hombre no es un chiquillo de la escuela! lo que has de hacer otra vez, hijo mio, es decirnos á la hora que vendrás, ó llevarte la llave, para que se acuesten los muchachos, que están trabajado todo el dia.

—Padre! esclamó Rosario, levantándose con las megillas como la grana y los ojos echando chispas: hacia V. eso cuando vivia mi madre?

—Qué habia de hacer, hija? en Epila, de donde nunca salimos, ya sabes que á las diez cada mochuelo se iba á su olivo: allí no habia ocasion!...

—Ni aquí ni en ninguna parte la hay para los hombres que saben lo que se deben á sí mismos y lo que deben á su mujer! esclamó Rosario.

Y salió cerrando tras sí la puerta con tanto estrépito y tan fuerte golpe, que la loza y el cristal de la mesa se chocaron entre sí con lúgubre chirrido.

Era este un enojo muy natural y muy motivado; pero su espresion tan grosera, que no podia haber tenido otra la mujer mas vulgar: con un llanto silencioso, hubiera aun podido ser la victoria de Rosario, porque tenia sobre su ma-

rido una ventaja inmensa y la sola que es dado tener á la mujer: la de ser ella irreprensible de ninguna falta positiva, en tanto que él habia obrado mal: mas para discurrir así, era necesario tener calma para raciocinar, y la pobre Rosario se dejaba dominar siempre por su corazon.

—Hijo, dijo doña Benigna, no sabes el rato que ha pasado la pobre Rosario: hasta ahora poco ha estado en el balcon: ha llorado, ha rezado, y de verla estábamos mas afligidos que de tu falta.

—Perdon, madre mia! esclamó Pepe: perdon, padre! y escuchadme por que os quiero hablar á los dos con franqueza.

Entre Rosario y yo han mediado cosas que no tienen compostura: me ha insultado, y yo, para distraerme, me he ido en busca de diversiones en que nunca hubiera pensado.

—¡Qué dices! esclamó D. Dámaso cuyo apacible rostro perdió el color súbitamente: qué ha podido pasar entre los dos? mi hija tiene devaneos? ¿te ha faltado en algo?

—Solo de palabra, padre, pero me ha herido profundamente!

—Palabras! palabras! las palabras se las lleva

el viento! Hijo, por Dios, tiene el génio fuerte, es verdad, pero es muy buena! perdónala por mí! ella te quiere, te adora, y, si tiene arrebatos, son nacidos de su mismo amor!

—¡Pepe, yo no te conozco! añadió doña Benigna: ¿de parte de quién ha de estar la prudencia? ¿quién ha de ser el fuerte? una pobre jóven, sin mundo y sin esperiencia, ó tú?

—Es decir que yo he de ser el que ceda? preguntó Pepe confuso y casi convencido.

—Yo te lo ruego! esclamó D. Dámaso con afligido acento.

—Yo lo espero de tí, añadió con tierna gravedad la prudente madre.

—Está bien, dijo Pepe: pero, padre, amonesta á Rosario para que se modere.

—Pero qué te ha dicho, hijo mio?

—No hay para qué repetirlo, observó doña Benigna: las palabras de una mujer, sean las que quieran, no están bien en la boca de un hombre: vamos, hijo mio, ya que no puedes cenar, vé á recojerte, y todos haremos lo mismo.

El criado trajo luces: cada uno tomó la suya, y se dirigió á su cuarto, no á descansar, si no á sumergirse en tristes cavilaciones.

La dulce paz habia huido de aquella casa, que alumbraba la discordia con su sangrienta tea.

Pepe fué al cuarto de su mujer y llamó; pero nadie le respondió.

Hubiera vuelto á llamar, pero no quiso que se apercibieran los criados y entró en el suyo.

Este tenia una puerta que comunicaba con el de su mujer.

Fué á abrirla y estaba cerrada por dentro: llamó, casi con timidez, y la voz de Rosario le contestó con el acento de la cólera:

—Suplico á V. que me deje descansar, que ya es hora.

—Será V. complacida, repuso Pepe muy picado.

Se acostó, y aunque tardó en hallar el sueño, se durmió al fin.

Rosario vió la luz de la aurora sin cerrar los ojos y sin cesar de derramar lágrimas amargas.

Los hombres, aun los mas sensibles, sienten de otro modo que las mujeres y rara vez pierden el reposo corporal.

XI.

Un domingo salió el sol radiante, alegre y hermoso.

Era febrero; las campanas tocaban á misa, y llamaban á los fieles con sus argetinas voces.

La calle de la Montera estaba animada, ruidosa, y alegre, con las modistas que pasaban con sus novios, los vendedores de periódicos y fósforos, las naranjeras, y los aguadores que acarreaban sus cubas con la paciente y lucrativa constancia que les es propia.

Los pequeños balcones del sotabanco de Casilda, abiertos de par en par, dejaban penetrar el sol y el bullicio de aquel hermoso dia.

El interior de la habitacion era tambien

aseado y alegre: brillaba la limpieza en los menores detalles: las cortinas festoneadas daban placer á la vista con su suave blancura: solo el ama de aquella graciosa habitacion parecia sumergida en una tristeza profunda.

Casilda estaba muy delgada y muy pálida: grandes ojeras rodeaban sus rasgados ojos negros, tan dulces y tan llenos de ternura: su cabello se recogia detras de su cabeza en dos gruesas trenzas.

Estaba vestida con un traje de percal, viejo, pero bien arreglado y de hechura elegante, y con un pañuelo de crespon negro, y tenia sobre la mesa su mantilla de seda doblada.

A la sazon estaba colocando en un pañuelo de seda grande, algunos objetos bastante estraños.

Ya habia en él un pedazo de salchichon, un panecillo tierno, pasas y almendras, y ahora estaba colocando una cajetilla de tabaco, un librito de papel de fumar, y una caja de fósforos, todo liado cuidadosamente en un papel para que no tocase á las provisiones de boca.

Mientras esto hacia, caian de sus ojos algunas lágrimas: despues de colocar los objetos

enunciados, le faltó sin duda el valor, y se dejó caer de rodillas ante un cuadro, que representaba á nuestra señora de los Dolores.

—Señora y madre mia! esclamó: dadme fuerzas! esta cruz es demasiado pesada para mis débiles hombros, Señora, y me abruma con su peso! volvedlo al buen camino, madre santa del que todo lo puede .. porque yo ya no sé qué hacer!

Detúvose la jóven y escuchó con atencion, pues le parecia haber oido pasos en la escalera: en efecto, alguna personas subian, si bien lenta y como penosamente.

Casilda se levantó y secó sus ojos, fué á la mesa y ocultó con esmero los objetos que estaba colocando en el pañuelo.

Apenas habia concluido esta operacion, llamaron á la puerta.

La jóven fué á abrir y su antigua ama se presentó á sus ojos.

Pero cualquiera hubiera dicho que aquella Rosario era la sombra de la otra, que hemos conocido bella, fresca y encantadora.

Una estrema palidez cubria su rostro. Sus grandes ojos oscuros parecian mucho mayores,

y tenian una espresion de amargura, difícil de describir.

Su boca marchita parecia que ya no sabia dar paso mas que á los sollozos, y que las escasas sonrisas que habian morado en sus lábios, en otro tiempo, habian huido de ellos.

—Siéntese V. señorita, dijo Casilda, quien, á pesar de verla todos los dias, no pudo mirar sin pena el estrago profundo que los pesares habian hecho en aquel semblante encantador.

—Si, lo haré, repuso Rosario con voz débil, que á fé subo rendida.

—¿Por qué no me ha llamado V.? no era mas regular que bajara yo?

—No podia decirte ante testigos lo que voy á decirte á solas.

—Hable V. señorita.

—Mira lo que he recibido hoy por el correo interior, dijo Rosario, sacando de su bolsillo una carta doblada con la forma grosera del anónimo, y presentándosela á su hermana de leche.

Esta se levantó y fué al balcon, desdoblándola y pasando por ella la vista: decia de esta suerte con una letra fea y desfigurada:

«Señora doña Rosario: un aMigo quiere desengañar á V. acerca de la Infame conducta de su Esposo: Sé que está en relaciones con una Bailarina, que bale menos que V., y Es Muy desBerGonzada: se llama ceferina, y Vibe en La calle de las Infantas, cuarto Bajo, infórmese usted, y me dará las Gracias, aunque no tenga el Gusto de conocelme.»

—¡Gran gusto seria! ¡valiente bribon! esclamó Casilda. ¡Jesus! yo no sé lo que haria con los que escriben anónimos! ¿qué necesidad tenia V. de saber esto? eso, aunque sea verdad, que Dios sabe si será una gran calumnia.

—Eso es lo que quiero ver, repuso sombriamente Rosario.

—¡Cómo! ¿cree V.?... ¿qué vale ese ruin papel?

—Eso es lo que quiero ver, repitió Rosario: la verdad es que Pepe no viene á casa hace quince dias mas que á dormir, y eso cerca del dia.

—Se estará con los amigos en el café... ¿qué ha de pensar ahora en bailarinas?

—En fin, Casilda, quiero que esta noche me acompañes hasta la puerta del teatro del Circo:

si es verdad que tiene trato con esa mujer, la irá á buscar allí, y luego la acompañará á su casa.

—¿Pero y si ella baila en otra parte?

—No: ya he preguntado yo, asi como al descuido, en casa de la marquesa, y me han dicho que en el Circo baila una jóven francesa llamada Ceferina, muy linda; pero dudas? se opondrá tu marido á que me hagas ese favor?

—No señora! respondió Casilda volviendo la cabeza para ocultar dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, pues su marido hacia ya cuatro dias que no parecia por su casa ni á dormir.

—¿Qué tienes? esclamó Rosario con vehemencia: ¿por qué lloras? con mis pesares me olvido de los tuyos... ¿dónde está Paco?

—Trabajando, respondió Casilda.

—¡Tu me engañas! ¡vamos! á qué mentirme á mi? ¿no te lo cuento yo todo? ¿no somos hermanas?

La pobre Casilda, á pesar de su empeño de ser prudente, rompió á llorar con amargura: su corazon estaba tan lleno de pena, que al fin reventó en llanto, al eco cariñoso de aquella voz amiga.

—¡Sosiégate, Casilda! le dijo Rosario: no te digo que no llores, porque si yo no llorára, ¡ya me hubiera muerto! pero luego sosiégate, y dime lo que te pasa.

—¡Ay, señorita, yo no lo sé! esclamó la pobre jóven: ahora iba á salir á buscar á Paco.

—¿A buscarle? ¿pero á dónde? ¿sabes dónde está?

—Me lo presumo: ¡en el juego!

—¡Tambien Pepe juega!

—El pobre debe de haber perdido todo el jornal de la semana, y todos los ahorrillos de mis costuras que tambien se llevó: ahora estará muerto de hambre y sin fumar, y le voy á llevar todo esto: porque hoy, segun me ha dicho el maestro, tenia que ir al taller á hacer unos remates, que él solo sabe hacerlos.

—¿Y adónde vas?

—¡Al solo sitio que puedo! á la puerta del taller: saldrá á las doce de los remates, y antes de que se vuelva á ir con esa mala gente que le saca de sus casillas...

—Pero, mujer, le vas á llevar comida y cigarros, y hasta ropa limpia, segun véo, en ese pañuelo?

—Sí, señora, se pondrá la camisa en el taller, y no le verán venir á casa los vecinos desarrapado.

—¿Con que en vez de enfadarte y regañarle, le vas á contemplar?

—Señorita, *mas se caza con miel que con hiel.*

—¿Y crees poder corregir con miel á un hombre como tu marido?

—*Querer es poder.*

—Pues ya verás cómo trato yo al mio la primera vez que le hable!

—¡Ay, señorita, por Dios! no le diga usted palabras ofensivas, porque los hombres siempre quieren tener la razon!

—¡No se les dá!

—Entonces se la toman ellos, como hace el señorito: yo, de Paco, no sé aun, gracias á Dios, que ande entretenido con ninguna mala mujer; y eso es lo que quiero evitar á todo trance, señorita.

—¿En fin, esta noche me vas acompañar?

—Sí, señora.

—¿Y si viene Paco y no te deja?

—Entonces... dijo Casilda dudosa: pero si

me dejará: ó por mejor decir, demasiado libre estaré!

—¿No crees que venga contigo á casa?

—No sé lo que hará, y solo espero en Dios que abra los ojos.

—Adios, Casilda, y él te acompañe: toma por si quieres comprar alguna cosa que le guste para que venga á cenar.

Rosario dejó, dichas estas palabras, una moneda de oro de cuarenta reales sobre la mesa: Casilda se puso muy colorada; estendió hácia ella la mano por dos veces, y la volvió á retirar: por último, la tomó, y dijo con voz trémula:

—¡Gracias, señorita, no tenia un cuarto!

—Y habrás estado pasando quizá necesidad estos dias, viviendo yo tan cerca de tí!

—¡Què quiere V! es tan amargo el pan de la limosna, que prefiero mas no comerlo!

—Esto no es el pan de la limosna, dijo gravemente Rosario: es el pan de la amistad.

—Todo lo que se recibe con la certidumbre de no poderlo devolver, es limosna, señorita.

—Dejemos esto: para la noche, á las diez, tenme preparado un vestido y un pañuelo tuyo, porque lo mio lo puede conocer mi marido.

—¡Ay, señorita! esclamó Casilda volviendo á ponerse colorada'

—¿Qué?

—¡Todo lo tengo empeñado! ¡solo me ha quedado lo que llevo puesto!

—Toma, dijo Rosario: cómprame, al menos, un pañolon oscuro, y una mantilla ordinaria, y me pondré un vestido negro. Adios y hasta la noche.

Rosario bajó corriendo la escalera, y Casilda la oyó llamar á su puerta.

Asi que se halló sola, y viendo que ya era tarde, acabó de arreglar la ropa blanca y los demas objetos, se puso la mantilla, tomó el pañuelo y salió.

Eran poco mas de las nueve.

El taller de ebanista, donde trabajaba Paco, estaba á la entrada de la calle de Hortaleza, y Casilda atravesó el alegre gentío, que tan gran contraste hacia con su pena, y llegó muy pronto.

Miró por las vidrieras cerradas del taller, y vió á Paco de espaldas, que sin duda acababa de llegar.

Casilda hubo de hacer un esfuerzo para re-

primir un grito de terror al verle en aquel deplorable estado.

Llevaba la ropa de los domingos, es decir, un costoso y bien cortado traje de artesano, de rico paño negro sedan; pero manchado, y hasta roto: su barba estaba crecida, sus cabellos largos y descompuestos; la camisa que llevaba de rica holanda, cosida y bordada por la mano de su mujer, estaba manchada de vino en mil partes, y hasta de algunas pequeñas gotas de sangre que indicaban el estrago que habian hecho en el pecho las uñas de Paco, al vengarse en sí mismo de las pérdidas del juego.

En el taller, que era espacioso y bien alumbrado, habia otros dos oficiales, jóvenes y aseados.

Casilda entró con sereno continente y ligero paso, diciendo:

—Buenos dias, señores.

—Aquí está la casadita mas linda que se pasea por Madrid, dijo uno de los oficiales.

—Qué mal empleada para semejante herege de marido! añadió el otro: chica, si me quisieras dar oidos, te vengabas de todas las picardias de Paco.

—La venganza no es buena nunca, respondió Casilda, pues amarga mas al que la emplea, que al que la sufre: además, yo no tengo quejas de mi marido: pero á todo esto, ¿no está aquí?

—Allá le tienes todo trasnochado, dijo el otro oficial: acaba de llegar.

Paco, al ver á su mujer, se halló tan avergonzado, que hubiera deseado meterse debajo de la tierra.

—Oye dos palabras, Paco, dijo ella, con permiso de los señores.

Y se llevó á su marido á lo último del taller.

—¿Qué quieres? preguntó él ásperamente porque esperaba reconvenciones.

—Mira, dijo ella abriendo el pañuelo: como hace cuatro dias que no sales del taller, he creido que habrás tenido mal arreglo en las comidas, pues en los bodegones dan muy mal, y te traigo un desayuno que te gustará, toma.

Paco asió el salchichon y el pan, y se puso á comer con una especie de ánsia feroz.

—Támbien te traigo tabaco, dijo Casilda que le miraba con una pena profunda.

—¡Buena falta me hacia! dijo Paco.

—Pues aquí tienes.

Paco lo tomó, y lió un cigarro.

—¿Qué mas hay ahí? dijo al ver el bulto de la camisa que quedaba en el pañuelo.

—Una camisa limpia, para que los vecinos no te vean ir con esa, que ya suponia yo debia estar como está.

—Pero ahora voy á trabajar, dijo Paco, que sabia que, si no acababa aquellos remates, estaba despedido del taller.

—Bueno, trabaja: aquí te dejo la camisa y un cepillo para que te asees en acabando: yo voy á comprar alguna cosilla apetitosa para comer, y á la vuelta, paso por aquí, y me voy contigo á casa: lo digo, porque así recogeré yo la camisa que te quites, y no tienes que llevarla tu.

—¡Cómo quieras! dijo Paco, que sentia que una cosa desconocida le ahogaba al conocer la generosidad de su mujer,

—Pues hasta luego, dijo Casilda: con Dios, señores.

—Adios, ramo de rosas, dijo uno de los jóvenes: así estuvieras libre, ó fueras de concien-

cia mas ancha, que ya le daríamos al perillan de tu marido el pago que merece!

—No me gustan esas bromas, dijo Paco volviéndose hácia su compañero.

—No son bromas, repuso este: en sério te digo que no mereces la mujer que tienes, y que andes con cuidado, porque habrá muchos que se aprovechen de tus faltas.

Paco quedó pensativo, y siguió tallando la madera con aire desalentado.

No respondió nada, y sus compañeros empezaron á cantar, no acordándose ya de lo que habian dicho.

A las doce habia acabado: se entró en el cuartito donde guardaba las herramientas, se mudó y acepilló un poco su traje.

Acababa de hacerlo, cuando llegó Casilda con algunas provisiones, compradas con la moneda que le habia dado Rosario.

—Vamos? dijo desde la puerta.

—Vamos, repuso Paco saliendo á la calle: hasta mañana, amigos.

—No olvides que hasta mañana, dijo uno de los dos jóvenes: porque si faltas tambien, el amo no está de humor de esperarte.

—Paco, ten juicio, dijo el otro que era mas prudente: mira que, á no ser por tu habilidad, ya estarias fuera de aquí, y treinta reales no son de perder.

—Hasta mañana, repitió Paco, al salir á calle con su mujer.

Ni uno ni otro hablaron una palabra en el camino: al llegar á casa, Casilda mostró á su esposo con el dedo su mullida y limpia cama, y le dijo:

—Acuéstate á descansar un poco en tanto que hago la comida: ya te llamaré á las tres.

Paco, que no se podia tener de sueño y de fatiga, pues habia pasado cuatro dias con sus noches en el garito, se acostó y se durmió profundamente.

Cuando despertó eran las dos: el cuarto estaba bañado por el sol, resplandeciente de limpieza; un ramo de flores del campo, comprado por Casilda, que adoraba á esas bellas hijas de la naturaleza, lucia en un jarrito de cristal blanco.

Las cortinas blancas se mecian á impulsos del templado viento de la tarde, y todo respiraba alegria y bienestar.

Paco se incorporó para buscar el súcio y maltratado vestido que se habia quitado, y se halló otro que gastaba para los dias de trabajo, mas humilde pero aseado y compuesto.

—¡Hola! dijo Casilda jovialmente: ya te has despertado? yo no queria llamarte hasta las tres: pero ya que has dejado el sueño, mas vale que te vistas y comamos: hay un arroz con almejas y un pedazo de lomo que dicen *comedme*.

Paco se vistió, salió de la alcoba, lavado, y limpio, y se sentó en una sillita baja con los piés al sol.

—Casilda, dijo despues con voz alterada, yo soy malo para tí, lo sé, y te pago mal lo que me quieres: mientras mi cuerpo se entregaba al reposo que tanto necesitaba, mi imaginacion ha estado dando vueltas y no ha descansado. Sí, Casilda, tengo una sospecha que es para mí un castigo bastante grande de todos mis desaciertos.

—¿Qué dices? esclamó la jóven acercándose á su marido. Qué sospecha es esa? habla, que yo te la aclararé.

—Casilda, yo no te doy un cuarto, hace mas de un mes, y tu has vivido, y hoy tienes puesta una buena comida: nada has vendido de nnestro

menaje de casa... ¿de dónde has sacado dinero?

—Ah! esclamó la honrada esposa con las mejillas encendidas, y la frente cubierta de rubor: así son los hombres ó á lo menos los hombres como tu! Lo primero que les ocurre es dudar del honor de su mujer! porqué no cuidas un poco mas del tuyo, ya que me dejas sola para guardar el mio?

Algunas lágrimas de cólera y de dolor saltaron de los ojos de Casilda: y era tan verdadera la espresion de su pena y de su ira por el insulto que acababa de inferirle su marido, que este levantó hácia ella su rostro pálido y confundido, y le dijo humildemente:

—Perdóname, Casilda!

—Si hubiera querido venderme, repuso Casilda, buenos compradores he tenido, aunque dicen que mercancia que arroja el amo debe valer poco: pero he querido mejor trabajar y vender mis vestidos, que faltar á lo que mi madre me enseñó.

—¡Cómo! esclamó Paco: trabajando has pasado y has acudido á todas las necesidades de la casa?

—Y cómo lo habia de hacer si no? ¿tengo yo rentas ó fincas que tu no conozcas?

—Yo creí que la señorita te daba dinero!

—No he querido comer, ni darte á tí el pan de la limosna... ¡hoy es el primer dia que he tomado dos duros á la señorita.

—Casilda! esclamó Paco, que no podia ya contener el llanto: besando donde tu pisas, no podria yo pagar tu valor y tu virtud! qué mal marido te ha tocado, pobrecita, y cómo debes despreciarme! tu, en vez de llorar y quejarte como otras mujeres á las que les pasa lo mismo, has encerrado en tu casa tu dolor y tus justas quejas, y has disimulado todos mis desórdenes!

—Qué se adelanta con dar parte á los estraños de las penas que uno pasa? preguntó Casilda: nadie las puede aliviar, y para algunos son motivo de diversion: nada, nada: de ciertos pesares solo Dios es el consolador.

—Y tienes razon, repuso Paco: ya estoy aquí arrepentido y dispuesto á trabajar para que nada te falte: y te he de poner con una ropa que todos te han de envidiar: á bien que manos tengo para ganarlo, y si no fuera por esta mala cabeza... pero tu no sabes, Casilda, los malos

ratos que me dá! mira, en el juego pierde uno el juicio con el afan de ganar: yo... bien sabe Dios que solo deseaba venir á casa con mucho dinero para tí: pero no sé cómo sucedia que para una vez que ganase perdía diez: no le sucede eso al señorito Pepe: segun dicen los jugadores de nota, gana siempre!

—¡Qué! esclamó Casilda: juega el señorito?

—¡Uf, pues si es el que lleva la fama en Madrid! y ya no se acompaña mas que con toreros y gente así... de la vida airada! ¿no se lo has conocido en la pinta?

—Ya hace dias que no le veo.

—Y aunque le veas, como eres tan bendita, no hubieras conocido nada: pues mira, ya no parece aquel elegante, fino y delicado señorito, hijo de la señora generala tan buena y tan respetable: se ha engordado: su coler, quebrado y fino, se ha puesto encendido, como que bebe en grande: se ha dejado *patillas de chuleta*: lleva el sombrero de medio lado á lo jaqueton, y no se le cae de la boca el puro de á vara.

—¡Ay, Dios mio! esclamó Casilda: entonces es cierto lo que han avisado á la señorita!

—¿Y qué es? menos robar y hacer bajezas,

que en eso no olvidará nunca su buena sangre, todo lo demas que digan es verdad.

—Le han escrito á la señorita una carta por el correo interior en la que le avisan qne galantea á una bailarina francesa.

—A la Ceferina? toma! eso todos lo saben! cuanto gana lo consume ella.

—Pues has de saber que esta noche quiere la señorita que yo la acompañe á seguirle los pasos.

—Y qué sacará con eso?

—Llevar mal rato, está claro: si cuando el hombre quiere ser malo...

—De fijo que le pilla: él no se recata de nadie: pero por si ocurre algo, yo iré con vosotras.

—Tu!

—Yo, sí! qué te estraña?

—Pues no te irás solo como otras veces?

—Quién piensa en eso? no te he dicho que voy á ser otro?

—Pero si es domingo!

—Qué sea! tanto mejor: mira lo que haremos y tu dirás si te gusta el arreglo que yo voy á hacer de las horas que faltan para acabar el dia: ahora comemos: despues saldremos los dos á dar un paseo al sol.

—No puede ser, dijo Casilda.

—Te da vergüenza de ir conmigo en domingo y con esta ropa, ¿es verdad?

—¡Qué disparate! si es que tengo que ir corriendo á comprar un pañolon y una mantilla para disfrazarse la señorita esta noche!

—Ya habrán cerrado las tiendas: si son las dos!..

—En la tienda, para donde yo coso, llamaré y me abrirán.

—Pues vamos ahora los dos.

—Sin comer?

—A la vuelta comeremos: en comer saldremos a dar un paseo: ¡caramba que tengo empeño en lucirte! y lo que siento, pobrecita, es que te hecho quedar sin ropa con mi maldita vida: ¡qué vestido llevas! pero ya verás la semana que viene el que te compro yo! á la vuelta de paseo, te entraré á tomar café: luego venimos á buscar á la señorita, y haces tu algo de cena, así como chocolate ó alguna cosa: y al volver con ella, lo tomamos y á la cama.

—Pues vamos corriendo á comprar eso, dijo Casilda alegremente.

—Vamos.

—Toma una peseta que me queda para que pagues despues el café: pero mira, Paco...

—Qué?

—Que mañana habré de poner comida de sarten, porque hasta que tu vengas con el jornal, no tengo un cuarto.

—Mañana á las siete iré yo al taller: tu vendrás conmigo: pediré al maestro adelantado el jornal de la semana, y te lo daré.

—Eso no, dijo Casilda: no quiero yo que piensen que te intervengo el jornal: tú pide el adelanto, porque esta casa se está cayendo, y hay que echarle una mano; pero antes no se come que darte yo el bochorno de tomarte el jornal delante de gente.

—Pero mujer, si para mí no es eso bochornoso!

—Para mí sí: tú traerás el dinero.

—Y si me voy con él como otras veces?

—Paciencia!

—Y qué comerás?

—Nada.

—Pobrecita de mi alma! esclamó Paco abrazando y besando á su mujer con íntima ternura: si yo he sido un hereje para ti! si no te mere-

cia! si eres la paloma entre las garras del milano!

—No soy mas que una mujer de bien que quiere á su marido.

—Pero vas á guisar cuando yo venga á la noche?

—Y tu vas á estar sin almozar?

—Yo pasaré sin comer todo el dia.

—Eso no: aun queda aquí este pañuelo de seda: lo empeñaré por 10 rs. y tendrás sopa caliente y huevos.

—No hagas tal: escucha, cuando yo venga á almorzar, te traeré dinero; y luego no harás mas que el almuerzo, porque si me quieres dar gusto...

—Qué?

—No vas á querer!

—Habla.

—Te llevaré á comer de fonda á 10 rs. cubierto.

Casilda suspiró al pensar en que con los apuros de su casa iban á gastar un duro; pero, sin titubear un instante, dijo alegremente:

—Iremos á la fonda.

—Y por la mañana irás y te sacarás de la

casa de empeño el pañolon carmesí, y la mantilla buena.

—Entonces se va todo el dinero de la semana!

—No importa: yo velaré, y ganaré doble jornal para ir saliendo; pero vamos á ver si nos abren.

—Vamos, para volver á comer: paseando hablaremos.

Casilda se puso su pobre y vieja mantilla, se asió del brazo de su marido y ambos bajaron alegremente la escalera.

—Casilda, dijo él al llegar á la calle: si no hubieras venido á buscarme al taller, ya no me atrevia á volver á casa; pero en lo buena que has sido, llevas la recompensa y el pago, porque yo me hubiera vuelto á meter en la vida tuna, y tu te quedabas sin marido, ó siendo la mujer de un perdido.

—Calla y no digas eso, repuso Casilda: tienes tu demasiada vergüenza y pundonor para ser un cualquiera: y el corazon me dice que hemos de ser ricos y felices antes de mucho tiempo, con la ayuda de la Vírgen de la Esperanza, á la que tanto he rezado por tí!

XII.

Cuando Rosario bajó de casa de su hermana de leche, le dijo su doncella que la esperaba en la sala la marquesa del Puerto, que hacia poco habia llegado.

En situacion de ánimo mas tranquila, la jóven se hubiera admirado de tan temprana visita, y mas tratándose de una mujer tan elegante como la marquesa; pero estaba su alma preocupada con tan tristes pensamientos, que solo le causó disgusto la llegada de su madrina, porque los grandes dolores prefieren aislarse á ser consolados.

Clemencia, que este era el nombre de la marquesa, se acercó á ella, la abrazó y besó

tiernamente, pero en silencio, y la condujo al sofá en que ella habia estado sentada, y que volvió á ocupar penosamente, afectada ante el estado de abatimiento en que veia á Rosario.

—Hija mia, dijo á esta entrando desde luego en el objeto de la conversacion: es inútil que andemos con rodeos; yo he venido á darte algunos consejos, y á rogarte por tu bien, por el cariño que tienes á tu padre, por el que me tengas á mí, que no los desoigas.

—Qué preámbulo, señora! esclamó Rosario con dolorosa ironía: hago yo algo que necesite con tanto empeño de consejo?

—Sí, hija mia: es necesario que entres en tí, que halagues y hagas por atraer á tu marido.

—Qué halague yo á mi marido! esclamó Rosario; sabe V.lo que él hace?

—Sí, mi pobre Rosario, esclamó la marquesa: aunque él ha descendido hasta una esfera muy baja, demasiado que lo sé.

—Y cómo me da V., pues, esos consejos?

—Porque los creo precisos: tu deber es traerle al buen camino, y tambien es lo que mas te conviene; él está exasperado y corre por la senda de la perdicion.

Reinó por algunos instantes el silencio: la cólera y el dolor habian descompuesto las bellas facciones de Rosario, alteradas desde hacia largo tiempo por agudas penas: eran tantas las palabras que se agolpaban á sus lábios, que ninguna hallaba salida; por fin respondió haciendo un esfuerzo para conservar un resto de serenidad.

—Madrina, esta noche voy á cerciorarme de si es verdad una cosa que me han dicho de mi marido: si es cierta, mañana entablaré mi demanda de divorcio, quiera mi padre ó no.

La marquesa se echó hácia atrás como poseida de espanto.

—Tu padre, dijo despues meciendo tristemente la cabeza, ya sabes que quiere todo lo que quieres tu; pero, Rosario, sabes lo que es el divorcio?

—Es la separacion legal de un hombre al que ya no se puede amar ni estimar.

—Es la soledad, la reprobacion del mundo, pobre hija mia: el hombre es el que muchas veces tiene la culpa de las separaciones judiciales: sin embargo, todos culpan á la mujer: porque á la mujer es á la que la sociedad, las leyes y to-

das las personas, que se llaman rectas y prudentes, designan el papel de mártir.

—Pues yo no quiero sufrir ya mas, repuso Rosario, que se ahogaba de despecho: ¿sabe V. que hace dos meses que viene á casa casi de dia, y que muchos no viene?

—¡Lo sé, hija mia!

—¿Sabe V. lo que me avisan hoy en un anónimo?

—No lo sé, pero me lo figuro.

—Que tiene relaciones con una bailarina á la que mantiene.

—¡Sí! y, para mantenerla, juega.

—¿Con qué es cierto? gritó Rosario lívida de cólera y de dolor.

—Es cierto: ¿á qué ocultarte la verdad?

—¡Dios mio! esclamó Rosario deshecha en llanto y llevando sus dos manos al corazon en el que acababa de recibir una profunda herida: ¿por qué os llevais á tantas personas felices y me dejais á mi en el mundo?

—¡Cálmate, pobrecita! esclamó Clemencia estrechando las manos de su ahijada: ¡cálmate! mas vale que conozcas toda la estension del riesgo; para que lo evites, para que busques el

remedio: mira, yo me casé, niña aun, con un hombre que tenia ya la costumbre de todos los vicios, pero tan arraigada que formaba una segunda y pervertida naturaleza: conocí que, para atraerle, necesitaba de mucha paciencia, de mucha dulzura, de mucha abnegacion; y las empleé; pero aquel cáncer de corrupcion estaba ya demasiado adelantado y los dulces bálsamos eran ineficaces: no obstante, si no conseguí estirpar tan funesta dolencia moral, logré al menos quitarle una parte de su horrible carácter, con una constante dulzura, unida á una inalterable dignidad en palabras y acciones que fuera el acusador silencioso, pero enérgico, de sus vergonzosos desórdenes.

—Yo no tengo tanta fortaleza, repuso asperamente Rosario: lo malo me irrita y no sé fingir agrado, cuando estoy indignada.

—Hija mia, repuso la marquesa; tu tienes mucho corazon, y esto es un gran mal para tí.

—¿Y qué remedio, señora? sufriré sus consecuencias.

—Yo he venido para ver si puedo evitarte el que sufras: querida mia, yo te lo suplico! al menos, por egoismo propio, reflexiona algun tan-

to! deja obrar á la cabeza! ¿qué harás separada de tu marido, y mucho mas cuando le amas con pasion? otra mujer menos religiosa, menos recta, menos buena, en una palabra, hallaria consuelos en la galantería, y en las diversiones que el mundo ofrece á las mujeres bellas y ricas: pero tu, no! tu serás víctima de tu aislamiento y de tus penas: solo saldrás de tu casa para ir á la iglesia cercana: pasarás llorando tu juventud, tu belleza se ajará, y quedará marchita como una flor arrancada de su tallo por el viento!

Rosario no dijo nada despues de oir este sentido, tierno y enérgico razonamiento: quedó inmóvil y muda, y pareció reflexionar en lo que acababa de oir.

—Todo eso es verdad, observó al cabo de algunos instantes, yo no puedo negar que amo á mi marido, que sus desórdenes me causan una pena mortal, que una separacion me dejará muerta para el mundo; pero ¿qué he de hacer? ¿he dado yo lugar á que él me falte así? ¿á que se separe del camino del pundonor y del deber?

—Yo no le escuso, repuso la marquesa: sé

que él no hace lo que debe; pero haz lo que dice Casilda: pon tu lo que le falte á él!

—Ya he dicho, madrina, que no puedo: no hay en mi tanta fortaleza.

—Pero es preciso que la tengas, hija mia! quiérele un poco menos para que no te ofendan tanto sus locuras: para que puedas reflexionar y fingir, si es necesario; pero trátale con blandura y fingela, si es preciso: mira que si tiras mucho de las riendas, se romperán!

—Rotas están por mi.

—Tu serás la que lleves la pena de tu intolerancia, pues, y lo siento, dijo la marquesa levantándose.

—¡De mi intolerancia! repitió amargamente Rosario: ¿me he quejado yo hasta hoy á nadie? ¡Si recibo consejos y consuelos, son oficiosos porque yo no los he solicitado!

La marquesa, aturdida al principio con aquella contestacion, que á pesar del carácter rudo de su ahijada nunca hubiera esperado oir de sus lábios, se quedó algunos instantes silenciosa: pero luego repuso no sin enojo:

—Rosario, tu eres una de esas personas por suerte bastante escasas en la tierra, que todo

lo convierten en espinas, y cuyas penas, por su acerba espresion y por ser originadas por su mal carácter, á nadie causan compasion: ¡adios! no te molestaré mas con mis consejos oficiosos, como tu dices; pero antes de dejarte, permíteme que te dé un aviso: tu marido ha atravesado ya con ligero paso la senda de los desórdenes, y ha entrado en la del vicio, mira si le puedes detener, porque si no, Dios te pedirá cuenta de esa vida en la que podias haber evitado que cayesen manchas, y que tal vez se estinguirá llena de negros borrones.

Salió Clemencia, dichas estas palabras, de la estancia, decidida á no volver á entrar en aquella casa, que siempre habia mirado como la de su hija.

Rosario quedó sumergida en sus habituales amargas cavilaciones.

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y de cuando en cuando un seco sollozo se exhalaba de su pecho.

Era una de esas desgraciadas naturalezas, víctimas siempre de la escelencia de sus principios, y que el mundo no comprende, ni, por lo mismo, estima.

Sabia amar, sabia sacrificarse; pero no sabia rogar ni perdonar.

Mas de una vez se dijo que la marquesa tenia razon: que ella debia ver á su marido, y pedirle cuenta de su conducta con la mayor blandura; que debia atraerle al buen camino con halagos, ya que de otro modo no era posible, y aun violentándose: y despues de hora y media en que sus ojos se cansaron de llorar, y en que su corazon estuvo batallando con su orgullo, se dijo que, despues de la prueba de aquella noche, le pediria la esplicacion, en qué habia pensado.

Ya iba á salir de la sala para pasar á su cuarto, cuando entró una de las criadas á decirle que su padre deseaba que pasase á su habitacion, donde la esperaba.

Rosario siguió á la sirvienta y acudió á ver lo que deseaba D. Dámaso.

XIII.

No estaba solo el escelente anciano: ocupaba él un lado de la mesa redonda, situada en el centro de su estancia; al otro estaba sentada doña Benigna.

Aquellos dos plácidos y simpáticos ancianos estaban desconocidos.

El semblante de D. Dámaso, antes lleno, colorado y alegre, estaba triste, enflaquecido, y su carmíneo color habia degenerado en un violeta pálido; los pequeños ojos del anciano estaban tristes, y como hinchados por el insomnio y por el llanto que algunas veces arrancaba á ellos la desgracia de su hija: su voluminoso abdómen habia menguado de una manera estraordinaria:

su grueso cuello dejaba ahora flojo su corbatin negro; en suma, no era conocido ni se comprendia cómo tan poco tiempo podia haber ocasionado tan grande estrago.

Si en la vulgar y bonachona figura de don Dámaso eran visibles las huellas del dolor, lo eran mucho mas en la distinguida de doña Benigna: la pobre señora tenia el semblante pálido y las mejillas hundidas y marchitas: sus cabellos estaban ya blancos del todo: su mirada, siempre tan dulce, era ahora profundamente triste.

—Hija, dijo D. Dámaso al ver entrar á Rosario: he llamado á doña Benigna y tambien á tí, para que decidamos acerca del asunto que es para mí mas importante: de tu porvenir.

Rosario se sentó en silencio, y su padre, cuya voz estaba alterada por una emocion profunda, prosiguió:

—Tú así no puedes seguir, pobre hija mia: estás casi separada de tu marido ó separada del todo: yo... me voy poniendo malo... este lado se me va imposibilitando, aunque nada queria decir: pero, ¿qué remedio? tú lo has de conocer, y ya no lo quiero ocultar.

—¡Padre! esclamó Rosario: ¿con que me ha

ocultado V. que padecia? ¿tan poca confianza tiene V. en mí?

—No, hija mia; pero bastante tienes tú que padecer sin que yo vaya á aumentar tus penas: ello es que yo me voy poniendo malo, porque el dolor de verte así y de que te haya salido mal tu casamiento acaba conmigo: por eso quiero mirar por tí, y te voy á proponer una cosa en presencia de esta señora, que yo en todo obro con lealtad; y no se tomará ningun acuerdo sin aprobacion suya.

—Hable V., padre, dijo Rosario, que no podia dominar su emocion.

—Pues bien: ya que no vemos á Pepe, ya que él se separa de nosotros, y que nosotros, sin querer, le separamos de su madre, pues por no vernos no la vé, creo que lo mejor será procurar una separacion formal, lo que se puede hacer sin ningun escándalo: él tiene acabada su carrera de ingeniero civil: doña Benigna y la marquesa cuentan con buenas relaciones: y por medio de ellas se puede conseguir que le destinen á una provincia para dirigir alguna obra del gobierno: así, su madre se irá con él, y al menos ella será dichosa!

—¡Y qué, señor Maroto! esclamó doña Benigna al ver correr gruesas lágrimas por las mejillas del honrado labrador: piensa V. que la suerte de Rosario me es á mí indiferente? ¿y no seria mejor procurar una reconciliacion entre nuestros hijos que facilitarles el que se separen?

—¡Ay de mí! V. lleva razon como siempre, señora, objetó D. Dámaso: pero, qué avenencia cabe ya, si él se ha desentendido hace dos meses de nosotros? si, segun he oido, anda en malos pasos?

—¡Malos pasos! repitió doña Benigna ofendida en su amor maternal: ¿á qué llama V. malos pasos, caballero?

—Señora, ¿á qué he de llamar? á lo que hace Pepe! á no trabajar: á pasar los dias y las noches en las casas de juego: á andar entre toreros y gente del bronce: á estarse en una cena hasta de dia! la verdad, esas mañas, una vez cogidas, no se sueltan con facilidad, y no sé si le conviene mas á mi hija quedarse sin marido ó tener ese que daria en tierra muy pronto con su caudal.

—Esa es la gran dificultad, esclamó la pobre madre exasperada con los cargos que se diri-

gian á su hijo: ¡el caudal! ¡ah, señor Marote! si fueran Vds. pobres, Rosario hubiera sido mas indulgente, y V. no hubiera pensado jamás en una separacion: pero tranquilícese V., prosiguió con dolorosa dignidad: si es cierto que mi hijo hace la vida del desórden, no lo es menos que no gastará de lo de V., le conozco demasiado, lo puedo asegurar.

—¿Y de qué ha de gastar, pues, señora? ¿no le he hecho entrega de las llaves de mis gavetas y de mis ámplios poderes, porque ¡ay de mí! pensaba poderme fiar de él como de mi hijo? él no trabaja; él no cobra sueldo: y sin embargo, juega, triunfa, y va incesantemonte de broma en broma.

Doña Benigna quedó aterrada y muda: la respuesta del anciano encerraba tan invencible lógica que no halló qué contestar á pesar de su deseo de defender á su hijo.

—Está bien, dijo al cabo de algunos instantes: si yo siguiera oponiéndome á esta separacion, ó aconsejando medidas de avenencia, se creeria que era el interés de poseer las riquezas de V., ó de que las poseyese mi hijo lo que me movia; así, nada mas diré, y me sujetaré á lo

que V. y Rosario decidan, por mas opuesta que sea yo á las medidas estremas.

—Hija, dí tu parecer, insistió D. Dámaso.

—Yo necesito pensarlo, respondió la jóven: no quiero ni puedo negar que me costará mucho trabajo el renunciar á mi marido: ¡le queria yo tanto! ¡le quiero tanto todavía!

Doña Benigna, conmovida por la sinceridad de aquel acento, iba á abrazar á Rosario, á la que no podia menos de agradecer que amase á su hijo; pero la dignidad, ó mejor dicho, el orgullo, la contuvo, porque temia que hasta aquel arranque de su corazon se creyese interesado.

¡Qué desgracia es á veces el ser rico! La riqueza era la enemiga mas cruel de la felicidad de Rosario.

Si ella hubiera sido pobre, no habria echado en cara á su marido que se habia casado con ella por su fortuna, primer golpe inferido á aquel corazon honrado y pundonoroso.

Si no hubiera sido rica, Pepe hubiera manifestado mas tolerancia con los defectos del carácter de su mujer, y no hubiera temido que su tolerancia se hubiera creido hija de mezquinas é interesadas miras.

Si no hubiera sido rica, doña Benigna hubiera andado todos los caminos por evitar aquella fatal separacion.

Pero la riqueza, como una negra y sombría nube, le velaba la luz de la dicha, y le dejaba la oscuridad del dolor.

—Mañana, prosiguió Rosario, mañana, padre, daré mi respuesta: esta noche rogaré á Dios que ilumine mi entendimiento.

—Voy á mi cuarto, dijo doña Benigna levantándose y considerando terminado allí su papel; don Dámaso, y tú, hija mia, sepan Vds. que solo espero saber su decision para lograr que destinen á Pepe lejos de aquí, y marcharme con él á donde vaya.

—Hija, dijo D. Dámaso cuando se vió solo con Rosario: ahora que nadie nos oye, escucha lo que te pide tu viejo padre llorando con las manos juntas y el corazon lleno de sollozos: dá algun paso para volver á atraerte á tu marido: ¿sabes porqué esas malas mujeres sujetan á los hombres? porque los llenan de halagos: ¿porqué, pues, la mujer honrada, la mujer propia, no ha de emplear alguna vez los mismos medios? ¿porqué no ha de emplear la miel y dejar la hiel?

¡ay, hija! si el bien tuviera alguno de los atractivos del mal, ¡cuánto mas le amaríamos! pero es el caso que cada uno se complace en desacreditarlo y llenarlo de espinas, como para espantar á los débiles!

El venerable anciano tenia razon: el vicio es casi siempre agradable porque tiene las formas mas suaves y mas graciosas que la virtud; porque es hipócrita, en una palabra: rodead á la virtud de encantos y de tolerancia, y vereis como todos la prefieren por el solo gusto de practicarla: todo lo que se ama ha de ser amable.

—Padre, dijo Rosario, no puedo ni sé fingir, y estoy irritada por la conducta de mi marido.

—Haz un esfuerzo: y esta noche, cuando venga, espérale en su cuarto y háblale: mira, hija mia, que en casi todas las cosas del mundo *querer es poder*: si no por tí, á lo menos por mí, saca fuerzas de flaqueza, y procura que muera con el consuelo de dejarte tranquila y feliz.

XIV.

Rosario se separó de su padre muy pensativa.

A no ser porque los celos producidos por el fatal anónimo la martirizaban, se hubiera decidido á perdonarlo todo.

Pero la imágen de aquella bailarina, que le robaba el amor de su marido, no se separaba de sus ojos, y anhelaba que llegasen las diez de la noche para salir de la angustiosa espectativa en que se hallaba.

Entre tanto que á ella se le pasaban las horas en estas zozobras, Paco y Casilda se divertian bastante bien: habian comido con apetito, y el banquete, sazonado con las continuas risas y graciosas ocurrencias de Casilda, que se es-

forzaba en parecer amable y agasajadora, pareció á su marido mas agradable que ninguna de las orgias que habia tenido desde hacia largo tiempo con sus amigos y con sus *amigas*.

Casilda sabia hacer la virtud tan amable como el vicio.

Despues de comer, fueron, segun lo tratado, á paseo y luego al café, donde todos tuvieron una mirada para la belleza y gracia de Casilda.

Esta involuntaria, pero contínua ovacion, hizo tambien poner pensativo á Paco, quien se dijo que no seria estraño que alguno recogiese lo que él desperdiciaba, y que Casilda tenia gran mérito en ser virtuosa, y aun en perdonar á un marido como él.

—Todos la miran! á todos agrada! una santa debe ser para no caer, cuando yo soy un perdido que ni me cuido de ella, ni le doy siquiera lo necesario! habrá que estar ojo alerta, ó no quejarme despues de lo que suceda.

A las nueve y media, el jóven matrimonio volvió á su casa: Casilda encendió luz y ambos esposos se sentaron para esperar á Rosario, que ya no podia tardar en subir.

—¡Pobre señorita! esclamó Casilda en tanto

que estendia sobre la cama el pañuelo y la mantilla que debian disfrazar á su hermana de leche: ¡quién lo habia de decir, Dios mio, del señorito Pepe que parecia un santo!

—Pero mujer, repuso Paco: ¿te parece que le quema poco la sangre á un hombre el que nunca le pongan buena cara ni le pregunten dónde vas, ni de dónde vienes? ¿porqué no habla á su marido? ¿porqué no le reconviene?

—Porque á los hombres no se os puede reconvenir.

—¿Quién lo ha dicho? con la razon y con buenas palabras, se puede hablar á todo el mundo.

—Además, no le habla porque está ofendida: ni le quiere ver, porque su vista le incomoda.

—Por teson! por orgullo! ya verás lo que consigue así: ese pobre mozo está en desgracia: su mujer es de hierro: su madre de pasta-flora, que solo sabe llorar, y no aconsejarle: su suegro ni puede sujetarle, porque es un bendito, ni debe hacerlo: en fin, ello dirá.

—Calla, que oigo pasos! dijo Casilda: ya sube la señorita.

Un golpe suave que sonó en la puerta dió á conocer que Casilda no se habia engañado: fué

á abrir, y Rosario entró, en efecto, en la humilde habitacion.

La jóven estaba pálida y agitada, y parecia como que sus piernas se negaban á sostenerla.

—Vamos, dijo: vamos, Casilda, dáme el pañolon y la mantilla y démonos prisa.

—¿Ya se han acostado los señores? preguntó Casilda.

—Sí, y á mí me creen tambien recogida: me encerré en mi cuarto y me puse este vestido negro, saliendo antes de que cerrase Pedro la puerta de la escalera, de la que de antemano me he provisto de una llave: ¿tienes tú la de la calle?

—Sí, señora.

—Vamos, pues, repitió Rosario acabando de envolver su bella cabeza entre los pliegues de su mantilla.

—Vamos, señorita: Paco, ponte la capa.

—¿Viene Paco? preguntó Rosario.

—Sí, señora: ¿las habia de dejar á Vds. solas? dijo este: yo iré detrás, y estaré á la mira de cualquiera cosa que suceda: con que valor, señorita, que tras estos ratos vendrán otros mejores.

Los tres jóvenes bajaron silenciosamente la escalera y salieron á la calle; pasaron la de la Montera, tomaron la de Hortaleza y luego la de las Infantas, hasta la Plaza del Rey.

Aun no se habia terminado el espectáculo.

Una larga fila de carruajes, estacionada delante del teatro, esperaba á los espectadores para conducirlos á sus casas.

En uno de los mas próximos, Rosario distinguió la librea de la marquesa del Puerto.

La pobre jóven dejó escapar un doloroso suspiro, y dos lágrimas amargas brotaron de sus ojos.

¡En aquel carruaje habia ido ella tantas veces risueña y feliz, y ahora iba á pié y recatándose de todas las miradas, penetrada de dolor, á averiguar toda la estension de su desgracia!

—¿Tendrá razon la marquesa? pensó: será necesario que la cabeza ocupe el primer lugar para alcanzar un poco de felicidad en este mundo? ¿habré de fingir perdon, aunque mi corazon llore sangre, para no hacerme aborrecible despues de ser desgraciada? la tremenda cuestion en que está empeñada toda la dicha de mi vida, no tiene mas que una solucion: ¿amo á mi ma-

rido? sí! ¿puedo vivir sin él? no! debo entonces ser generosa y perdonarle, si no por él, por mí. ¿Podré olvidarle y ser dichosa sin mas amor que el de mi padre?

Esta última pregunta de Rosario quedó sin respuesta, porque ella no supo dársela, ó mejor dicho, porque el corazon le respondia que no repetidas veces.

Aun se hallaba sumergida en sus reflexiones, cuando la gente empezó á salir del espectáculo.

Rosario se estremeció, y se acercó con Casilda al rincon donde se halla la puerta del escenario, que era por donde debian salir su marido y la bailarina.

En efecto: poco tardó en oir el roce de un vestido de seda, y la voz de Pepe que hablaba en tono seco y colérico.

Una dolorosa convulsion recorrió el cuerpo de la desgraciada esposa.

La bailarina era alta, delgada, sin gracia alguna: Rosario vió, á través de la capucha de abrigo que envolvia su cabeza, dos bandas de cabellos rojos y de un color desagradable y basto.

Detuviéronse bajo un reverbero y cerca de

Rosario, que hubo de apoyarse en el brazo de Casilda para no caerse al suelo: tanto era lo que temblaba.

Pero el celoso afan por ver si aquella mujer era mas hermosa que ella, le dió fortaleza y abrió los ojos para contemplarla bien.

Los de la bailarina eran pequeños y feos como los tienen generalmente todas las mujeres de cabello rojo: su frente era estrecha, su nariz roma: en aquella fisonomía no habia nada de talento ni de inteligencia, pero sí de penetrante sagacidad y de flexibilidad astuta.

Ceferina tenia todo lo que á Rosario faltaba: mucha cabeza, y perfecta educacion.

Rosario poseia una belleza admirable y un corazon noble y demasiado sensible: pero su marido no tenia mundo y debian, no solo enamorarle, sino dominarle mas las dotes de la francesa.

Lo contrario hubiera sucedido, si Pepe hubiera sido un hombre de esperiencia: ¿quién ignora que, segun el caráter y las circunstancias de los hombres, así les convienen las mujeres?

—¿Con que no me compras el vestido de raso verde? esclamó Ceferina.

—Ya te he dicho que no tengo dinero, repuso Pepe.

—¿Has perdido hoy?

—No: he ganado: pero menos que otras veces y todo lo he gastado en comprarte la capa de terciopelo que te envié al teatro.

—¿Por qué no tomas del dinero de tu mujer? preguntó Ceferina con descaro: ¿no es muy rica?

—Dicen que sí, repuso Pepe con acento que se alterò de repente.

—Pero tú no lo sabes?

—No: nunca he sabido á lo que ascienden sus rentas, ni he tocado á un cuarto de ellas.

—Está bien! dijo Ceferina con un suspiro: me pasaré sin el vestido verde!

—Será por poco tiempo, dijo Pepe conmovido por aquella hipócrita resignacion: mañana, añadió, espero tener suerte jugando, y, si no, pediré prestado á un amigo que me dará lo que cueste: ¿cuánto vale el vestido?

—Dos mil reales... pero no, no quiero que pases mal rato por mí: tu tranquilidad antes que todo.

—No pasarán dos dias sin que tengas el vestido: pero aquí está el coche: sube en él, y adios.

—¡Qué! ¿no me acompañas?

—No: me voy á casa: estoy malo desde esta mañana: solo he venido porque no me echaras de menos.

Pepe hizo una seña al cochero, abrió la portezuela de la berlina, y Ceferina subió ligeramente.

Ya dentro, le estrechó la mano, y el carruaje partió.

Pepe tomó, en efecto, el camino de su casa. Rosario, Casilda y Paco le siguieron: llegaron á ella, y, despues de entrar él, entraron tambien.

Los esposos del sotabanco dejaron á Rosario en su habitacion, y subieron á la suya donde una hora despues dormian Casilda el sueño de los justos, y Paco el de los arrepentidos, que no es menos dulce y tranquilo.

XV.

Rosario entró en su cuarto, casi al mismo tiempo que su marido en el suyo, pues aun le oyó dejar su capa y su sombrero.

Despojóse ella de su pañuelo y de su mantilla ordinaria; se arrodilló á los piés de la imagen de la vírgen que tenia en su alcoba, y le dirigió una corta oracion, sintiendo que la calma y la esperanza descendian á su corazon dolorido.

¡Santa, dulce y amable madre de Dios! qué amparo tan grato y tan eficaz halla en tí nuestro sexo! qué seria de la mujer, señora, si no te tuviese por apoyo y consejera? tu amor es el bálsamo que calma la ardorosa sed de su dolor: las flores que consuelan su vista de los abrojos

del camino: la fuente cuyo rumor recrea su oido: el aroma que embriaga sus sentidos!

Rosario se levantó mas animosa y mas consolada: habia pedido consejo á la vírgen, como una hija á su madre, y lo habia recibido sin duda, porque se dirigió á la puertecita que comunicaba con la habitacion de su marido, cerrada por ella meses hacia, y descorrió el cerrojo.

Luego tocó suavemente á las maderas.

—Quién va? preguntó la voz de Pepe.

—Soy yo, dijo Rosario, cuyo corazon latia con apresuramiento: te puedo ver? me puedes recibir?

—Sí, respondió Pepe: entra.

Rosario abrió: su marido, que ya estaba en mangas de camisa, volvió á ponerse la levita, en vez de tomar la bata.

Era un resto de su antigua buena educacion y hábitos elegantes.

Rosario se sentó en un silloncito que le presentaba su marido, y tendió sus ojos por la habitacion.

Aquel aposento, arreglado poco tiempo antes con tanto primor, se hallaba ahora en el estado del mas lamentable descuido: el polvo blanquea-

ba los muebles y las vidrieras: las colgaduras estaban ennegrecidas y arrugadas: todo ofrecia á la vista el aspecto del abandono y de la incuria.

Sobre la mesa se veian dos á tres pipas rotas, algunos guantes viejos, frascos de pomada destapados, y mediados casi todos, cepillos y pañuelos: multitud de periódicos desdoblados llenaban el suelo: la panoplia que ocupaba el testero principal ocultaba, bajo una espesa capa de polvo, el brillo de sus ricas armas, algunas de ellas tachonadas de piedras preciosas, y que habian pertenecido al padre de Pepe.

Los criados, validos de las disensiones domésticas, se creian dispensados de cumplir en todo lo posible con su obligacion, y descuidaban por completo aquel aposento en el que Pepe entraba solo á dormir y de cuyo estado para nada se cuidaba.

—Pepe, dijo Rosario suavizando la voz todo lo posible: me han dicho que juegas, lo que te espondrá á contraer deudas: para que tu nombre no se vea en mal lugar, y porque lo llevo yo, aquí tienes la llave de mi gaveta, en la que guardo algunas cantidades que mi padre me ha ido dando: esta puerta de comunicacion estará

siempre abierta: pasa cuando quieras á mi cuarto y toma lo que necesites: yo cuidaré de que no te falten fondos.

Pepe, confundido, no respondió nada y bajó la cabeza.

—Dentro de dos dias, prosiguió Rosario, me voy al pueblo con mi padre: de este modo tu te quedas aquí libre,—aunque ya lo eres,—con tu madre: mientras haya donde te he dicho dinero, gasta: cuando se acabe, en vez de pedir á un estraño, acude á mí, que yo se lo pediré á mi padre: ahora, como estás poco en casa y es fácil que no te vea, adios!..

—¿No dices que os vais dentro de dos dias? preguntó Pepe.

—Sí: pero como solo vienes á dormir, y eso muy tarde, nada tendrá de estraño que no pueda despedirme de tí.

—No saldré estos dias.

—¿Por qué? debes hacer tu gusto, como dicen que lo hacen todos los hombres: no quisiera que te violentaras en nada, y ya que te gusta estar siempre fuera, no es justo que estés aquí, y menos para tan pocas horas, como nos quedan que pasar bajo el mismo techo.

—¿Pero no vas á volver? preguntó Pepe.

—Nunca! ojalá no hubiera salido de allí: no te hubiera conocido ni tu á mí; y los dos seríamos libres y dichosos!

—¿Qué quejas tienes de mí? preguntó el esposo, cuyas mejillas se iban poniendo encarnadas.

—Ninguna, respondió Rosario con altivez: porque hay algunas cosas de las que dá vergüenza quejarse, y se calla quien está ofendida: las tuyas deben ser mas fundadas: mi recto modo de pensar, el silencio con que he recibido tu indiferencia deben ser culpas muy graves: he venido, pues, antes de separarnos, á decirte que las perdones y que lejos de tenerte rencor, hallarás en mí siempre todos los servicios de la amistad.

—Rosario, dijo Pepe: creo que cada uno de nosotros tiene una parte de culpa en lo que sucede: yo tengo mas, porque los hombres deben tener mas fortaleza, y no darse por ofendidos de las genialidades de las mujeres: tu no me has faltado á mí en ninguna de aquellas cosas que un marido no puede ni debe perdonar.

—Gracias por la justicia, respondió Rosario con amargura: en cuanto á tí, me has faltado:

pero te perdono: no hables, prosiguió haciendo con la mano una espresiva señal: no te rebajes á disculparte con mentiras que mancharian tus lábios: y baste que te diga que ahora vengo de la plazuela del Rey y te he visto con la bailarina.

Al verse acusado con razon y justicia, la cólera descompuso el semblante de Pepe.

No hay ningun hombre, por pacífico que sea, que no se subleve ante un cargo que le demuestre una falta, y menos si esta falta es ruin y baja.

—Y bien, prosiguió Rosario cuyo penetrante talento previno el insulto que, en venganza de que no tenia razon, iba á dirigirle Pepe: ¿qué tiene eso de estraño? esas mujeres os halagan, y la esposa honrada os reconviene: esas mujeres esplotan vuestros vicios, y la esposa honrada desea que brillen vuestras virtudes! pero yo te dejo en libertad, ya que no he sabido hacerme amable á tus ojos: ya conocerás la diferencia que hay de esa mujer ó de otras parecidas á mí; entonces, me hallarás sin mancha, como hoy, en la vieja casa en que imperó y murió mi buena y santa madre: entonces conocerás que, si era duro mi carácter, á la influencia de tu amor

correspondia suavizarle, y que si ese cieno que empieza á envolverte es suave, es tambien hediondo, y te ahogará.

Al hablar así, Rosario estaba verdaderamente hermosa: sus mejillas, pálidas desde hacia muchos dias, se veian animadas por el calor de su razonamiento: sus ojos arrasados de lágrimas brillaban de un modo estraordinario: su rica cabellera negra, prendida detras de su cabeza, hacia resaltar la límpida tersura, de su noble frente.

Pepe la miró conmovido: despues su mirada resbaló sobre un espejo colocado detras de su mujer, y al ver sus cabellos cortados al rape, sus enormes patillas á lo torero, su rostro encendido y desfigurado, bajó la mirada al suelo lleno de rubor.

—No es ella aquí la mas culpable, pensó: yo lo soy mas que ella, y mucho necesita olvidar para perdonarme.

—Rosario, dijo él con voz conmovida, y atreviéndose apenas á mirar á su mujer: yo no quiero perder tu estimacion ni que me creas dichoso en la situacion en que vivo: oye: y deja que te abra mi corazon aunque me cierres el tuyo: yo

he sido educado por una madre demasiado tierna, y no he conocido ni aun el saludable rigor de un padre: crecí entre cariños y dulzuras, y no ví el mundo mas que bajo el prisma mas bello: por eso, aunque adore tu hermosura ¡y tu intachable virtud, lo mismo que la nobleza de tus pensamientos, prendas todas, que ni sabria, ni quiero negarte, la austeridad de tu carácter, y las severas formas de tu educacion casi claustral chocaron con los dulces hábitos de toda mi vida: me mandaste en vez de ¡convencerme: y luego, Rosario... me dijiste que si me habia casado contigo era por tu riqueza: ¡ah, si supieran las mujeres que son amadas sincera y desinteresadamente el daño que hacen con una sola ¡palabra, no la pronunciarian jamàs! aquella acusacion, la mas formidable que podia oir, me rebajó á mis propios ojos, y me dije que habia hecho muy mal en elegir mujer con caudal: y por la imbécil vanidad de probarte y probarme á mí mismo que si queria tener vicios podria hallar los medios de pagarlos, me propuse jugar y gané... hé aquí el manantial de donde he sacado lo que necesitaba para vivír en el desórden: si no hubieras visto y oido esta noche lo que ya

sabes... aun podrias ser dichosa á mi lado... así... ya no!

Pepe dijo estas palabras con voz trémula: su mujer fué á hablar; él abrió, para oirla, los oidos, los ojos y el alma entera: pero ¡ay! ninguna palabra brotó de los lábios de la altiva Rosario!

—Y qué! pensó: él, que es el culpable, renuncia á mí, y he de rogarle yo, que soy la ofendida? no, y mil veces no!

El silencio se prolongó algunos instantes, al cabo de los cuales Rosario se levantó, tomó la luz que habia dejado sobre la mesa del cuarto de su marido, y dijo:

—Buenas noches, Pepe.

—Adios, respondió este tristemente, y vuelve á recoger esta llave.

—No la admites? preguntó Rosario ofendida.

—No, respondió él: ya, entre nosotros, acabó todo lo que me autorizaba para admtirla.

Rosario recogió la llave con semblante altivo: entró en su cuarto sin añadir una palabra, y corrió de nuevo el cerrojo.

Ya allí y sola, toda su altivez se fundió en un dolor ardiente y profundo y prorrumpió en lá-

grimas y sollozos, que ahogó sepultando la cabeza entre las ropas de su lecho.

Dios debió tomar en cuenta la tremenda pena de aquella desgraciada para recompensarla en otra vida mejor.

De este modo la halló la aurora: así que oyó en la casa los primeros ruidos, se arregló un poco su suelta cabellera: cambió el traje negro con que habia salido por una bata de casa, y pásó al cuarto de su padre mandando que se avisase al mismo tiempo á doña Benigna.

—Padre mio, señora, dijo así que los vió reunidos: he pensado toda la noche acerca de la proposicion que me hicieron ayer de una separacion amistosa entre Pepe y yo, y he decidido que se lleve á efecto: pero no quiero que jamás pueda decir que yo le he impuesto mi voluntad, ni que yo le he sacado de Madrid, ya que tan á su gusto vive en él: así pues, he resuelto, si mi padre no se opone á ello, volverme á Epila, de donde he sentido muchas veces haber salido.

D. Dámaso y doña Benigna se miraron estupefactos, y á los ojos de los dos acudieron algunas lágrimas, despues de breve rato.

—Hija, dijo D. Dámaso: mira lo que haces

y deja que, á pesar de tener tu mucho mas talento que yo, te aconseje como buen padre: es mejor que cada uno de vosotros ponga algo de su parte y que esto se arregle: pero en último caso, no seas tu la que se separe de su hogar y del lado de su marido: sea él quien se separe de tí si así te parece.

—Qué mas tiene? repuso Rosario: de qué sirven esas fórmulas? padre, no me niegue usted la tranquilidad y el reposo de que tanto necesito!

—Nada mas digo, hija mia: marcharemos los dos, porque yo, en tanto viva, no he de abandonarte un instante: cuándo quieres que nos vayamos?

—Mañana, padre, dijo Rosario con dolorosa calma.

—Bien está, repuso D. Dámaso: dispónlo todo para mañana.

¡Oh, fatal orgullo el de las almas rectas y severas!

¡A cuántas familias has perdido, y cuánta felicidad te has tragado!

¡Tu cegaste la razon de Rosario, y le hiciste preferir la soledad y la desesperacion á la ale-

gria, á la dicha, á todos los inefables goces del amor legítimo!

¡Oh , virtud! jamás serás verdaderamente amable, si no te acompañan la suave dulzura y la humildad cristiana!

XVI.

Rosario, creyendo que ya se habia humillado á su marido mas de lo que debia, no trató de verle, ni le envió por escrito una sola palabra de despedida.

Pepe, seguro de que su mujer ya no le podia estimar, y de que el ofrecimiento de la llave habia sido una prueba que habia querido hacer de su honradez, se dijo que el asunto de su matrimonio era cosa perdida, y que lo mejor que podia hacer era divertirse lo posible con Ceferina y con sus compañeros de desórden, que eran los que empujaban al abismo á aquella blanda y dócil naturaleza, tan fácil de guiar, y y tan mal comprendida.

Sin embargo, cuando su suegro fué á buscarle para despedirse de él, y le estrechó llorando en sus brazos, lágrimas de dolor brotaron tambien de los ojos de Pepe, porque este sabia lo que valia aquel hombre escelente.

—¡Hijo mio! esclamó el honrado labriego: por qué no cedes tu?

—Y en qué he de ceder, señor? preguntó Pepe.

—En lo que sea! si yo no sé aun la causa de vuestro enojo!

—Ni yo tampoco, padre!

—Y sin causa os separais? y sin causa rompeis el lazo que Dios ha bendecido? solo por genialidades, solo por no poner cada uno un poco de su parte!.. qué dolor de hija, y qué dolor para tu madre!

—Padre, dijo Pepe, Rosario ya no me estima. Rosario me desprecia: ella es la que se aparta de mí... ¿qué he de hacer? he de obligarla por la fuerza á que viva á mi lado? V. conoce su génio duro, y sus modales que no se sujetan á miramiento ninguno, y era capaz de decirme cada dia que la obligaba á estar conmigo solo porque es rica: no, padre, no! para V. seré siempre

un buen hijo: entre ella y yo, no puede haber avenencia!

D. Dámaso no era elocuente, y su índole blanda hallaba cerradas pronto todas las salidas: ofendióse ademas, en su cándida buena fé y en sus cortos alcances, de que su yerno culpase tanto á Rosario: enjugóse, pues, las lágrimas, y salió de la estancia, bajando á seguida la escalera.

En la puerta de la calle habia un coche y allí se despidió Rosario de doña Benigna y de Casilda.

Aquellas dos mujeres, modelos de paciencia, de dulzura y de santa y suave humildad, lloraban á lágrima viva: en tanto que Rosario pálida de desesperacion, pero reprimiéndose con un heróico esfuerzo, no dejaba escapar de sus ojos una lágrima.

Cuando bajó D. Dámaso, callaron las dos: el anciano estrechó la mano de doña Benigna, y abrazó á Casilda besándola en la frente.

—Adios, mi señora doña Benigna, dijo: adios, Casilda: si no me vienen Vds. á ver á mi rincon hasta el cielo: ya no volveré jamás á este Madrid, del que tan tristes recuerdos llevo!—no,

no! allí viviré, y allí me enterraran al lado de mi santa y buena mujer!

—Véngase V. madre! dijo Rosario á doña Benigna en voz baja.

—Yo! esclamó la señora: yo dejar á mi hijo! imposible!

—El la dejará á V., murmuró sombríamente Rosario.

—El hará lo que quiera: pero yo no me separaré de su lado, y lo mismo debias hacer tú.

Rosario no respondió nada: dió el último abrazo á Casilda, que lloraba con desconsuelo, y subió al coche.

Un instante despues, los caballos ccharon á andar.

—Quiera Dios que no le pese el habernos dejado! esclamó Casilda.

—Le pesará, repuso la generala: le pesará como pesan siempre las consecuencias del orgullo.

Casilda iba á subir á su sotabanco para llorar con libertad la separacion de su amada señorita; pero al oir la afirmacion de doña Benigna, el afecto que tenia á sus bienhechores pudo en ella mas que su natural prudencia, y esclamó:

—Qué orgullo, señora! si ella ha padecido mas que una santa mártir.

—Y por qué? por su genio, que nada sabia disimular.

—No diga V. eso, por Dios, que V. no sabe de la misa la mitad.

—Qué dices?

—Que anteanoche mi Paco y yo acompañamos á la señorita á la puerta del teatro del Circo, y allí.....

—Acaba.....

—Allí vió al señorito Pepe con una bailarina francesa, y oyó cosas, que eran capaces de hacerla desesperar.

—Dios mio! esclamó la generala: y sus lábios pálidos temblaron, y hubo de apoyarse en el hombro de Casilda para no caer al suelo.

—Vamos arriba, prosiguió despues de una pausa, y me dirás lo que sepas.

—Pues qué, la señorita Rosario nada le ha dicho á V.?

—Ni una palabra!

—Y habrá quien la llame luego imprudente!

La anciana y la jóven se encerraron en el cuarto de la primera, y allí Casilda contó, con

su natural vehemencia, toda la escena de la plaza del Rey.

Despues que acabó su narracion, se subió á su sotabanco dejando á doña Benigna sumergida en un mar de confusiones.

La noticia de la depravacion de su hijo la llenó de terror; su corazon de madre le decia que el que una vez huella la funesta senda del escándalo, tarde ó nunca se aparta de ella, y que el que ha probado el amor de esas mujeres siente secarse en su corazon las semillas del honor y de la virtud.

XVII.

Pepe, al verse sin su mujer, y para distraerse de la pena que sentia con su abandono, fué á casa de Geferina.

La jóven hija de Terpsícore vivia sola con una doncella, confidente de sus galanteos, y su casa, aunque pequeña, parecia el templo de las gracias y de la voluptuosidad.

Abierta la puerta, se entraba en una pequeña antesala, cuyo centro le ocupaba una mesa redonda cubierta con un tapete carmesí, sobre el que se veia una bandeja de plata, donde los dias que no recibia depositaban sus tarjetas las personas que iban á visitarla.

En aquellas tarjetas, se leian los nombres

que eran entonces mas ilustres en España en artes, ciencias, banca, literatura y política.

Ceferina no era bonita: pero podia pasar por linda, y era además tan elegante, tan coqueta, tan distinguida, que cautivaba á muchos graves señores con gafas y con canas.

No eran pocos tambien los jóvenes que iban á dejar, á los pies de aquella sirena peligrosa, la paz de su corazon, la tranquilidad de sus familias, y la fortuna de sus padres.

Ceferina era insaciable en cuanto á dinero: su sueldo en el teatro, donde brillaba como una estrella coreográfica, no era corto; pero lo que sus gracias conquistaban suponia por diez sueldos, y de aquellos espolios guardaba una buena parte para su vejez, aunque era muy jóven todavía.

No era estraño que alcanzase tanta fortuna: era bailarina y estranjera, dos cosas que, en aquella época, eran el *non plus ultra* del mérito y de la perfeccion femeninos.

Pasada la antesala, se entraba en un corredor largo, cerrado al fin por una cortina: y levantada esta, se pasaba á la sala, que tenia dentro un gracioso gabinete.

Nada mas lindo que aquellas dos habitaciones.

La primera, vestida y decorada con seda carmesí, ostentaba una preciosa y artística sillería de encina negra tallada, con asientos mullidos de raso carmesí, que remataban en largos flecos de seda.

Una mesa, cubierta con un tapete, sostenia algunas macetas de porcelana, cargadas de flores, que tenian allí, y sobre un lecho de tierra, su cómoda vivienda.

En la chimenea habia un artístico reloj de bronce oscuro, que representaba á Petrarca, escribiendo sus endechas á Laura.

El gabinete era una maravilla de buen gusto: se hallaba decorado con terciopelo violeta de un matiz delicadísimo, y casi todos sus accesorios eran de plata.

La sillería, de madera blanca con los asientos de terciopelo violeta, hacia un delicioso efecto: una gran copa de plata de forma antigua, llena de preciosas flores, ocupaba el centro de un velador colocado en medio de la estancia: caian delante de los balcones cortinas de gasa blanca, que sujetaban cordones de seda violeta,

y se respiraba en todas partes un perfume delicado y suave.

Ceferina, sentada en un pequeño sillon, leia cuando entró Pepe: tenia puesto un peinador blanco, guarnecido de encajes de gran apariencia y poco precio, porque Ceferina poseia, como nadie, la habilidad, tan general en su país, de seducir por el esterior.

Pepe entró sin decir nada, y se dejó caer en otro sillon cerca del que ocupaba la bailarina.

—Amigo mio, dijo esta: ya te he repetido muchas veces que no puedo acostumbrarme á tus maneras bruscas y ordinarias, y que te suplico que las corrijas.

Pepe no respondió.

—Además, prosiguió Ceferina: ese aire que tienes, no me gusta: me desagrada tambien el descuido que observo en tu traje. Pepe, ó dejas á esas gentes que te rodean ahora, esos toreros que me causan miedo, ó no te recibiré más: tú has debido tener una buena y escogida educacion, y la has perdido por completo al lado de esa gente: recóbrala, pues, ó no vuelvas á verme.

Pepe quedó aturdido con esta filípica que no esperaba.

—Ya sabes, prosiguió la bailarina, que me sobran pretendientes ricos, de buena posicion, elegantes y de una educacion escelente: no hagas, por lo tanto, que me arrepienta de estar enamorada de tí, y procura que te vea mas complaciente, y, sobre todo, con mas elegantes maneras.

En aquel momento, entraron algunos amigos de Ceferina, y Pepe, viéndose en efecto muy inferior á ellos, salió de allí, y triste y pensativo se dirigió á su casa.

En ella solo halló lágrimas. Su madre, encerrada en su habitacion con la marquesa del Puerto, lloraba: en el cuarto que habia sido de Rosario, lloraba Casilda: allí entró Pepe y se dejó caer en una silla.

—Ah, señorito! esclamó: por qué ha dejado usted que se fuera? ella tenia su genio, pero á bondad no le ganaba nadie!

—Calla ya, y déjame solo! esclamó Pepe: vais á volverme loco! en todas partes acusaciones ó quejas! dónde hallaré una voz amiga que me anime?

—Solo la de ella es la que debe ser dulce para V., repuso Casilda. pues entre los pesares y las alegrías del matrimonio, no cabe intermediario.

XVIII.

Tres meses despues, y en una bella mañana de estío, un hombre flaco, pálido, con la barba crecida, y el traje viejo y deteriorado, llegaba á las puertas de Epila en la diligencia.

Apeóse en el parador, y allí preguntó por la casa de D. Dámaso Maroto.

Uno de los mozos de la posada se la enseñó desde la puerta.

—Es aquella, dijo: aunque parece un convento, dentro hay mas gente que en un pueblo: pero yo no sé lo que pasa que así D. Dámaso como su hija han llegado de Madrid *aplanaos*.

—Qué ha de pasar? repuso el posadero que oia la conversacion: que la señorita se casó á la

cuenta con algun *perdío*, con el que no habrá podido vivir!

Las pálidas mejillas del viajero se tiñeron de carmin, y quiso hablar: pero el posadero, sin darle lugar, prosiguió así:

—Creen que en Madrid *se hartan los perros de longaniza*, y allá van todos los ricos: y lo que pasa es que allá dan con lo mas malo: ¿no le valia más á la hija de D. Dámaso haberse casado con algun muchacho labrador?

—Qué! repuso el criado: si aquí nadie la queria! llevaba una fama de mal genio! á saber si el haberse venido acá habrá sido por ella!

—Por ella, no: que aunque tenia el génio sério y poco amigo de bulla y de locuras, era su vida mas limpia que el sol! y pretendientes de sobra que los tenia, si no que no los queria.

—Lo que es ahora está poco divertida, observó el mozo: solo va á misa y á rezar por las tardes: á dar alguna vuelta con su padre por los campos, y se acabó.

—Gracias, señores, dijo el viajero: y sin mas razones, se dirigió á la casa indicada por la del Sr. Maroto.

En el fondo del anchuroso patio, se abria la

puerta de la huerta, que era grande y hermosa: precedíala una especie de terrado entoldado de parras y enladrillado con primor: alrededor de la pared, se estendia una fila de macetas llenas de flores y plantas olorosas, que perfumaban el ambiente de un modo fresco y delicioso.

Sentada bajo las parras y cosiendo un lienzo tosco, habia una mujer jóven y hermosa: vestia un hábito de la soledad, y sus blancas manos se destacaban, bellas y perfectas, sobre el moreno color de la tela.

Era Rosario.

Su negra caballera, recogida en una sola trenza, se enroscaba detrás de su cabeza descubriendo toda su riqueza y abundancia aun con un peinado tan exento de pretensiones.

Sentado á alguna distancia, y mirando la bella y alegre perspectiva de la huerta, el anciano D. Dámaso permanecia inmóvil y recostado en un ancho sillon.

Su obesidad habia desaparecido en su mayor parte: sus ojos se hallaban tristes y hundidos: su color se habia apagado: sus cabellos estaban del todo blancos: parecia haber vivido diez años.

La hermosura de Rosario parecia tambien haber cambiado de carácter.

Una palidez semejante al marfil cubria sus mejillas: sus grandes ojos negros estaban cercados de ojeras, que, si la hacian mas interesante, le daban un aspecto triste.

El estranjero llegó hasta la puerta del terrado sin que nadie se opusiera á su marcha: hacía algunos instantes que se hallaba allí, apoyado en el quicio, cuando el reloj de la cercana iglesia dió las nueve.

Rosario cruzó las manos sobre su labor sin alzar la cabeza: su padre se quitó el gorro de terciopelo negro que cubria sus cabellos, y ambos rezaron el Ave-María.

Acabada, añadió Rosario:

—Porque Dios le traiga al buen camino!

Padre é hija rezaron un Padre Nuestro, y en los ojos de Rosario asomó una gruesa lágrima.

Al llegar á estas palabras—y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores,—el forastero avanzó dos pasos y esclamó:

—¡Padre!

D. Dámaso, al oir esta esclamacion, se volvió asustado.

Rosario se levantó, corrió hacia él, y gritó con un acento que partia del alma:

—¡Pepe!

Pero al abrir los brazos para estrechar en ellos á su marido, su emocion fué mas fuerte que su voluntad, y cayó desmayada.

—Eso no es nada! observó D. Dámaso: eso es la alegría, porque sábelo, Pepe, lejos de tí, la pena la mataba y á mí tambien! Bien venido seas, hijo mio, á la casa que es tuya porque es la de tu mujer y de tu padre!

Rosario abrió los ojos, y al instante saltó de ellos un raudal de lágrimas.

Pero al mismo tiempo desapareció el fúnebre velo que cubria sus miradas, y las nubes de su frente se corrieron como por encanto: aquel llanto se llevaba todas las amarguras de su alma.

—Hijos, dijo D. Dámaso, yo estoy tan contento con veros juntos, que me voy al campo para dar gracias á Dios: os dejo que hableis, á condicion de que todo lo que os digais sea dulce: lo pasado, pasado: y así que acabeis de hablar, es-

críbele á tu madre que venga al momento para pasar aquí juntos el verano, que al invierno, Dios dirá.

El bondadoso anciano salió dando saltitos y rejuvenecido diez años.

Rosario y Pepe, asidos del brazo, se internaron en el jardin.

—Muy culpable he sido, dijo este; pero tambien muy desgraciado: las gentes entre las que busqué el olvido de lo que yo llamaba tus injusticias, me han enseñado á conocer el mundo, Rosario! y entre ellas he aprendido que la mujer, que tiene menos defectos, es la propia, á que al esposo toca corregirlos con dulzura y paciencia.

—No te acuses así, repuso Rosario: yo te amo, y en mi corazon está tu mejor defensa: yo me acuso á mí misma del delito de intolerancia: yo exigente, tu susceptible, yo rígida, tu delicado y tierno, á pesar de amarnos con ese cariño del alma, que es la principal condicion de la dicha, no nos comprendiamos; ambos teniamos demasiado corazon: estudiémonos y corrijámonos durante este verano, y al invierno volveremos á Madrid, para que los que

nos han criticado puedan envidiar nuestra dicha.

—Pero olvidarás?... preguntó Pepe con timidez.

—Todo, repuso Rosario: soy, antes que nada, buena cristiana, y sé que Jesucristo nos manda perdonar. Pepe, no hallarás aun en mí los primores de la alta sociedad, ni esa afectacion, que muchas veces seduce por la belleza de sus formas; pero, á través de mi áspera corteza, encontrarás siempre á la mujer honrada, que conoce las obligaciones de la esposa. Sé tu el paciente lapidario que bruña mi carácter, y verás cómo hallas tu recompensa en tu misma obra: ¿no he de perdonarte, si la noche misma en que me aseguré de tu infidelidad fuí á tu cuarto para intentar una reconciliacion, para apartarte, si era posible, del mal camino?

—Luego la llave de tu gaveta que me ofrecias, segun creí yo con intencion de rebajarme?..

—Era para que tomaras el dinero necesario para el vestido que pedia aquella mujer, y no lo buscases en el juego.

—Rosario! esclamó el esposo: qué mal te he

juzgado y cuán superior eres á mí! no bastaba el haber sabido por mi madre que, en vez de hacerme salir de Madrid, me dejaste dueño de mi libertad, y preferiste encerrarte en este pueblo, que aun debia saber por tí misma hasta qué estremo has sido generosa!

—No hablemos de eso, dijo Rosario, riéndose y tapando con su linda mano la boca de su marido: mira, aquello que estaba cosiendo es ropa para los pobres: hoy acabo la última sábana: mañana iremos á la ciudad, en la que me mandaré hacer algunos lindos trajes á tu gusto: á tí, te harán otros tantos: nos vestiremos el uno para el otro: procuraré ser agradable para tí, y adquirir la elegancia y la amabilidad que me faltan: yo te enseñaré á querer: tu me enseñarás á ser una mujer seductora, y al invierno, mi madrina se admirará de nuestro cambio.

En efecto: al dia siguiente, Rosario y su marido fueron á la ciudad. Pepe habia vendido, para jugar, hasta su último traje, y todo el producto de sus ganancias se habia consumido en dulces y flores para Ceferina, quien, al ver que solo le debia estos *pobres obsequios*, en vez de

los diamantes y encajes que estaba habituada á recibir, acabó por cerrarle la puerta de su casa.

Entonces Pepe, pobre, arruinado, sin el hábito del trabajo y con el alma abrevada de desengaños, volvió al hogar doméstico en busca de la paz, pero esperando hallar reconvenciones y desvío: no sucedió así como ha visto el lector. Rosario, á pesar de todos sus defectos, era una mujer cristiana: *quiso* y *pudo* perdonar á su marido, porque en la senda del deber, y cuando nos acompaña una firme voluntad, *querer es poder*.

XIX.

¿Esperábais, queridas y entusiastas lectoras, asombrosas peripecias, ó rasgos dramáticos en esta sencilla historia? Pues siento infinito haberos dado chasco.

Yo podia haberos dicho que Pepe, desesperado al verse arrojado de casa de Ceferina, se suicidó; pero eso no podia ser, habiéndose educado á la vista de una madre tan buena como la suya y estando casado con una mujer tan irreprensible.

Pocos suicidios habria si los que incurren en tan deplorable aberracion tuviesen una madre y una esposa como doña Benigna y Rosario; porque los defectos del carácter se corrigen con el

tiempo, con la reflexion y con el influjo del trato social.

Doña Benigna llegó á Epila, y con ella la felicidad y la alegría: porque una anciana, con las prendas de aquella noble señora, es como un rayo de blanca luna, que, sin deslumbrar como el sol, embellece todo lo que la rodea.

Pepe tomó á su cargo los libros de la casa y la administracion de la pingüe hacienda, aplicándose á conocer las necesidades, con la ayuda de Antonio, que se apegó á él con el mas fiel cariño.

Doña Benigna tomó á su cargo la educacion *social*, por decirlo así, de la esposa de su hijo, y con la suave influencia de su ejemplo pudo ir limando la áspera capa de austeridad que encubria el bello y generoso carácter de Rosario.

—Hija mia, le decia cierto dia que, á la caida de la tarde, se hallaban sentadas las dos en el terrado, en tanto que D. Dámaso y Pepe paseaban por el jardin: si la virtud fuese agradable y bella, la adorarian todos: si asusta á las almas débiles, es porque la ven practicar como la practicabas: la mas rígida virtud no se opone á

que una mujer jóven y bonita, como tú, vista bien, sea elegante y tenga esa coqueteria que embellece á la persona y todo lo que esta toca y se le acerca: cuando volvamos á Madrid, verás algunas mujeres llenas de años, que aun te parecerán encantadoras, sin mas que por el influjo de su amabilidad, y por decirlo así, de su coqueteria: porque la coqueteria es la mas fiel amiga de la mujer, y debe acompañarla siempre.

Procura que tu marido halle tu casa agradable, y procura parecerle tú la mas bella de todas las mujeres para que no se acuerde de las otras: y para conseguir este fin gasta, sin despilfarro, en tu persona y en tu casa. Luis XV, antes de ser arrastrado por sus cortesanos al abismo de desenfreno en que murió, respondia siempre que le señalaban á una mujer bonita:

—Mas bella es la reina!

Y sin embargo, Maria Lezinska no era bonita, y todo su mérito consistia en una gracia esquisita, en un aseo lleno de delicadeza y en una dulzura llena de encantos.

Hay además un antiguo refran que dice:—«La mujer compuesta quita al marido de otra puerta.»—Vístete para tu esposo y él te agra-

decerá el pequeño sacrificio que te impongas como una prueba de cariño: piensa en que toda su vida se ha deslizado entre la sociedad elegante, y que yo, á pesar de la escasez de mi fortuna y de los acerbos dolores que me han aquejado, jamás he descuidado mi persona: ¿por qué has de parecer tú, tan jóven, tan linda, tan agraciada, tan interesante, peor que su anciana madre?

—Pero, respondió Rosario, si yo tengo pocos vestidos! y aun los que me han hecho no sé las horas en que me los debo poner.

—Los que tienes son todos frescos, bonitos y á propósito para la estancia en el campo: desde mañana, siéntate al almuerzo con una bata elegante y ponte para la comida un sencillo traje blanco de muselina, que ya conservarás puesto toda la velada: me dirás que aquí nadie se viste: es cierto: pero si quieres ser dichosa, hija mia, y vivir tranquila, no te cuides de lo que hacen los otros, sino de lo que debes hacer tú: nadie te criticará por que seas distinguida y elegante, y antes bien será posible que enseñes, con el ejemplo, y que introduzcas un poco de cultura en este pueblo tan bello, pero tan atrasado.

—Mamá, dijo Rosario, cuyos ojos brillaban de entusiasmo: ¿voy ahora á ponerme el vestido blanco que me han traido esta mañana? á ver lo que le parezco á Pepe!

—Me parece muy bien pensado, dijo doña Benigna: y será tanto mas conveniente cuanto que él, cuyo carácter es una cera caliente, que toma cuantas inflexiones quieren darle, creo que se va dejando olvidados sus hábitos de elegancia: vé, hija mia, yo le avergonzaré de que se ponga á tu lado con esa casaquilla y ese pantalon de mañana.

Rosario salió ligeramente del terrado, y media hora despues volvió tan bella, que doña Benigna no pudo contener un movimiento de sorpresa.

Llevaba un vestido blanco de muselina lisa, hecho de un modo completamente distinto á como estaban hechos todos los que antes habia usado.

La falda, muy larga y muy ancha, daba á la graciosa estatura de Rosario una indescriptible elegancia: el cuerpo, cortado y hecho con una coqueteria llena de distincion, hacia resaltar la elasticidad y gracia de su talle: bajo el vestido

de muselina, llevaba otro de rico percal blanco, de cuerpo escotado y manga corta, de modo que el transparente tejido descubria su torneada garganta, la mitad de su bella espalda y sus redondos y graciosos brazos.

Una rica enagua se trasparentaba asimismo entre los pliegues de la vaporosa falda que Rosario recogia algun tanto por ambos lados para no pisarla, ó destrozarla con las yerbas que crecian en las orillas de los senderos.

Un cinturon de color de rosa, cerrado por una hebilla de plata, ajustaba la delgada cintura de Rosario, dejándola, sin embargo, libre y suelta con esa elegancia natural distante de toda amanerada afectacion.

Una cruz de oro, sujeta con una cinta de terciopelo negro, completaba el atavio de Rosario. Su bella cabeza, peinada con esquisito gusto, lucia las apretadas trenzas de su cabello, enlazadas con una flecha de oro.

—¡Dios mio! jamás hubiera creido que fueras tan bonita! esclamó doña Benigna contemplándola con admiracion: vamos á encontrar á tu padre y á Pepe, y verás cómo se sorprenden.

Y asiendo el brazo de la jóven fué con ella á encontrarlos.

—¡Qué! preguntó Pepe mirando asombrado á su mujer: ¿vamos á salir?

—No, repuso esta sonriendo.

—¿No vamos á ninguna parte?

—Al comedor dentro de poco rato.

—Como te has vestido así....

—Para comer.

—¡Qué oigo! esclamó D. Dámaso cruzando las manos sobre su abdómen, que empezaba á abultarse de nuevo: ¿para comer te has puesto ese vestido, Rosario?

—Sí, padre mio.

—¡Si antes no te le hubieras puesto para un baile! qué despilfarro tan increible en tí!

—Amigo D. Dámaso, observó doña Benigna con su dulzura natural: nunca es despilfarro lo que gasta una mujer para hacerse agradable á su familia, y sobre todo á su marido: estos son gastos reproductivos y que Dios aprueba.

—¡Qué bella estás! esclamó Pepe asiendo con transporte las manos de su mujer: ¡què elegante!

—Gracias á los consejos de tu madre, repuso

Rosario sonriendo: de tu madre que ha hecho por mí lo mismo que podia haber hecho la mia!

—¡Nunca habia sospechado que fueras tan hermosa! ¡si me pareces otra!

—Y otra soy! á lo menos, tengo la firme intencion de engalanar mi alma aun mas què mi cuerpo para que veas que vale algo mas de lo que tú pensabas: nuestra buena madre tiene mucha razon: son necesarias al cuerpo las galas, para que luzca los favores de la naturaleza, y la bondad y belleza del alma deben ser tambien realzadas por las galas de la bondad y de la coqueteria.

—Es cierto, dijo Pepe: la mitad del amor entra al hombre por los ojos, y una irresistible inclinacion le lleva á gustar de todo lo que es hermoso y delicado: tanto mas esclavo es de este instinto, cuanto su alma es mas elevada y está mas desarrollado en ella el sentimiento de lo bello: así, pues, Rosario, vístete siempre para mí: y ahora permite que siga tu ejemplo y que vaya á ponerme un traje que no desdiga del tuyo.

Pepe salió del jardin, y media hora despues

volvió convenientemente vestido con un pantalon de medio color, una elegante levita de una hechura suelta y campestre, chaleco blanco, rica camisa de batista, y corbata negra con rayitas color de cereza.

Pepe, con aquel traje, era de nuevo el jóven elegante, lleno de distincion, de bellas y espresivas facciones, que despertaba la envidia en todos sus amigos. Sus cabellos castaños, perfumados, se rizaban sobre su ancha frente, con una gracia natural: entre su bigote fino y rizado, asomaban, descubiertas por su grata sonrisa, dos sartas de dientes pequeños y blancos como el nácar: sus manos y sus piés tenian el mas perfecto dibujo: todos los detalles revelaban en él al hombre distinguido: la sencillez de la cadena de su relój, los pequeños botones que cerraban su camisa, la disposicion de sus cabellos, sus posturas y sus maneras.

Dió el brazo á su mujer y se encaminò con ella al comedor.

Doña Benigna tomó el de D. Dámaso y ambos les siguieron.

—Qué pareja, ¿eh? esclamó el Sr. Maroto.

mostrando los dos jóvenes á doña Benigna con una mirada llena de orgullo.

—Encantadora, repuso la señora: parecen nacidos el uno para el otro.

XX.

La dulce y bienhechora influencia de la escelente señora, que era como el alma invisible de aquella familia, se habia dejado sentir en la casa de una manera no menos notable que sobre las personas.

Todo habia cambiado de aspecto sin cambiar de lugar: los antiguos muebles, limpios y brillantes, ostentaban su valor positivo y su positiva comodidad: se habian comprado algunas cosas que faltaban, y cada habitacion se habia dispuesto de un modo conveniente y adecuado al uso para que estaba destinada.

D. Dámaso tenia en su cuarto chimenea, un reloj, un cómodo divan y dos sillones compañe-

ros: á los piés del lecho, se habia colocado una papelera de hierro colado, y debajo de la ventana, una mesa escritorio.

Rosario habia arreglado á su gusto el cuarto de doña Benigna, con una sillería de rica seda antigua, damascos iguales, un precioso reclinatorio coronado por un crucifijo, á los pies del cual habia un almohadon bordado por su mano, y una mesa de tocador, primorosamente adornada de damascos.

La cama estaba igualmente cerrada con damascos: una cómoda, y un ropero con la puerta de espejo, completaban el mueblaje.

En cambio, la buena madre habia cuidado del arreglo del cuarto de los esposos que era una gran sala con dos gabinetes, uno de los cuales les servia de dormitorio, y el otro de tocador.

Estas habitaciones eran las mas suntuosamente alhajadas de la casa, pues doña Benigna, queriendo inspirar á Rosario el sentimiento de lo bello, no habia perdonado gasto alguno, empleando en ello todos sus ahorros.

El comedor, amueblado sencilla y cómodamente, se abria al jardin.

El salon, estaba severamente decorado con damasco carmesí: los antiguos sillones dorados, que estaban ennegrecidos por el tiempo, habian sido restaurados y lucidos de nuevo por un ebanista.

Hasta los criados habian sido educados pacientemente por doña Benigna: y en el servicio y en los menores detalles de la casa, se descubria el influjo de aquella elevada inteligencia.

D. Dámaso se hallaba en el cielo: lo que no comprendia, lo admiraba: todo lo hallaba escelente, sublime: ¿por qué dicen algunos que son antípodas la llaneza y la distincion, la rústica sencillez y la perfecta urbanidad?

Aquella familia era un ejemplo de lo contrario, y era imposible hallar otra mas íntimamente unida por los lazos de la simpatía y del cariño.

Es cierto que así el padre y la hija de la aldea, como la madre y el hijo cortesanos, tenian esa bondad de corazon que allana todas las distancias, y que todo lo ilumina como un rayo de magnífica luz.

D. Dámaso y su hija tenian el dinero, y estaban además ricos de corazon y de ilusiones.

Doña Benigna y su hijo poseian la distincion, la delicadeza de modales, los hábitos del mundo y de la buena sociedad.

La comida era abundante, bien sazonada y bien servida; pero no suntuosa: la generala, acostumbrada á las vicisitudes de la vida, era acérrima partidaria de la economía bien entendida, y nadie sabia manejar una casa mejor que ella y con menos dinero.

Ya concluian de comer, cuando un criado trajo una carta á Rosario, colocada en una bandejilla de plata.

La jóven, cuya facilidad para adquirir buenas maneras habia sido sorprendente, la tomó y pidió permiso para abrirla con una mirada.

Así que pasó la vista por las primeras líneas, esclamó:

—Es de Casilda!

—Lee, lee! dijo D. Dámaso: veamos lo que nos dice la pobrecita.

Rosario leyó en voz alta lo que sigue:

«Mi querida señorita: no puedo pasar ya mas tiempo sin hablar con V. y sin decirle que jamás la olvido y que en todas mis alegrías se mezcla el pesar de no tenerla á V. á mi lado.

»Ahora estoy bien y soy feliz: Paco hace bondad, gracias á Dios, y aunque, como es tan bendito, tengo que tomar mis medidas con él para que no le perviertan los compañeros, ello es que me quiere y hace mucho caso de mí: el jornal lo gana y me lo da, y con eso vamos ya poniéndonos muy bien, y voy haciendo el ajuar para un hijo que espero para dentro de un mes poco mas ó menos.

»Y bien señorita de mi alma, no vendrá V. á hacérmelo cristiano? ya hace cinco meses que falta V. de aquí, y yo no sé cómo he vivido sin verla: me parecería mal presagio que mi hijo viniera al mundo sin estar V. y sin tenerle V. en la pila del bautismo: ya sé que están ahí el señorito y su señora madre, que es mas buena que el pan bendito.

»Ayer pasó por aquí la señora marquesa en su coche, y tuvo la bondad de subir hasta mi sotabanco á preguntarme si tenia carta de Vds. Le dije que no, y me respondió:—el lunes que viene voy yo á arrancarles de su rincon, que ya va llegando el invierno, y no consentiré que se sepulten allí á modo de ermitaños.

»Se lo advierto á V., pues, señorita, para

que esté prevenida, porque lo hará como lo dice; y le ruego que se venga con la señora marquesa, porque, como ella dice, no es justo, y para mí sería un disgusto mortal que se quedasen ustedes ahí.

»Adios, señorita: al señor un abrazo por mí, y otro al señorito, y otro á la señora. Paco les envia á Vds. sus finos recuerdos, y la abraza tambien con el alma su servidora que la quiere mucho y verla desea

CASILDA.»

—Qué haremos? preguntó Pepe: Casilda tiene razon; pero tú, Rosario, quieres pasar aquí el invierno?

—Lo mismo me da, respondió Rosario: haremos lo que papá diga.

—Yo digo, observó D. Dámaso, que debeis iros á pasar el invierno á Madrid.

—Y yo digo lo mismo, añadió doña Benigna.

—Pero y vosotros? preguntó Rosario: uniendo así, y sin saberlo, el presente de D. Dámaso y doña Benigna.

—Yo por mí, dijo D. Dámaso, ya no salgo de aquí: me lo he ofrecido á mí mismo y lo cum-

pliré: señora, quiere V. quedarse á hacerme compañía?

—Yo..... repuso doña Benigna con alguna turbacion.

—V., señora: qué hay de malo en eso? qué hablarán? podemos evitarlo: nos casamos!

—Santo Dios! qué dice V.? esclamó doña Benigna: casarnos á nuestra edad?

—¿Qué edad tiene V.?

—Cincuenta y dos años!

—Yo sesenta y dos: diez mas: si nos hubiéramos casado de jóvenes, ahora no nos pareceria estraño el ser marido y mujer, verdad?

—No por cierto.

—Pues haga V. cuenta que nos casamos teniendo V. diez y seis y yo veinte y seis... vamos, qué dice V.? ya sé que yo no soy una persona fina, y así... de tan culta sociedad como V.: pero soy bueno, y necesito, ahora que he dado marido á mi hija, de una compañera: por qué no ha de serlo V.? ellos se irán á Madrid los inviernos, y nosotros nos quedaremos aquí en paz y en gracia de Dios!

La generala miró á los jóvenes.

—Madre mia, dijo Rosario: tu dulce compa-

ñía sería la felicidad de mi padre; quién le comprende mejor? quién sabe estimar sus nobles cualidades en lo que valen? y quién será para tus últimos años un compañero mas amable y cariñoso?

—Pepe, añadió D. Dámaso: convence á tu madre de que nada hay de estraño en esta boda! ella estuvo casada primero con un cumplido caballero: ahora puede estarlo con un honrado labrador: cuando jóven, buscó, como era natural, el brillo y los placeres del mundo: cerca de la ancianidad, se acoje á la bóveda celeste, y va á buscar la paz y la alegría en esta tranquila aldea.

—La señora marquesa del Puerto! anunció Antonio el sobrestante á la puerta del espacioso comedor.

—Aquí llega quién convencerá pronto á nuestra buena madre, dijo Rosario saliendo á recibir á su madrina, que apareció en aquel momento.

Clemencia estrechó entre sus brazos á Rosario, la miró con atencion y retrocedió llena de asombro.

—Dios mio! qué bella estás! esclamó: que

elegante! qué alegre y sonrosada! cuando yo te lleve á Madrid—porque te advierto que no me voy sin tí—y te presente á nuestros antiguos amigos, no van á conocerte!

XXI.

La llegada de la bella y alegre marquesa del Puerto hizo mas agradables los paseos y las veladas del jóven matrimonio y de sus padres.

Dotada Clemencia de gran brillantez de imaginacion, sabia dar á todas las cosas el encanto de la novedad.

Un paseo en borricos alternaba con una comida á la que se convidaba lo mas notable del lugar: una merienda en las viñas, con una tertulia, en la que las señoras de Epila, con hijas casaderas, sacaban sus vestidos de novia de levantina blanca, para asistir á ella.

Rosario y la marquesa introdujeron la moda

del té, que se servia á las nueve con chocolate y pastas para los convidados.

Despues Pepe, la marquesa, ó Rosario, tocaban en el piano algunos rigodones ó walses, para que las jóvenes del pueblo bailasen, retirándose todos á las once.

Por fin se habló de volver á Madrid. Octubre acababa, y la marquesa era llamada á la Córte por sus intereses y por sus muchos amigos; pues por mas que se declame en contra de la amistad, las personas que reunen las escelentes y encantadoras dotes de Clemencia hallan siempre amigos.

Imposible será que los tenga quien los busque perfectos: pero hay que aceptar á las personas con sus defectos, y ser indulgentes con ellas para que estas lo sean tambien con nosotros.

Pepe y Rosario deseaban acompañar á la marquesa.

La jóven esposa parecia haber adquirido la coquetería que tanto le habia recomendado Clemencia y que tanto adorna á las mujeres de su edad: deseaba, por decirlo así, mostrar al mundo su conversion, y que este la admirase

bajo aquella misma fase que la admiraban los suyos.

Una noche, despues de haberse ido la habitual tertulia, quedaron solos y en torno de la chimenea los individuos de la familia.

—Yo me voy dentro de dos dias, dijo la marquesa, y es preciso decidir ahora mismo quién me acompaña: con que no andarse con rodeos y aclaremos de una vez la situacion.

—Estos se van, respondió D. Dámaso señalando á los jóvenes: el invierno llega á pasos agigantados, y no es justo que se queden aquí teniendo su casa puesta en Madrid.

En cuanto doña Benigna, yo espero que se quedará: vea V., señora, si la puede convencer de que no le vendrá mal ser mi esposa.

Clemencia, que no sabia nada del proyectado matrimonio, abrió los ojos asombrada.

—Ya ves, hija mia, si es locura á mi edad y á la de D. Dámaso el pensar en casarnos, dijo la generala.

—¿Por qué? preguntó Pepe tomando la mano de su madre: no se han unido vuestros hijos? por qué á los ancianos ha de estar vedado el santo lazo del matrimonio? es verdad que entre

vosotros ya ha pasado la vehemencia del amor y ya no puede haber mas que una amistad, tierna y pura: pero esa amistad, por qué no ha de enlazar lo mismo las almas, aunque el cuerpo haya perdido el aspecto de la juventud? donde hallarás, madre mia, un amigo mas sincero, mas tierno, mas generoso, que el padre de Rosario? dónde hallará él quien le cuide y le aprecie como tú?

—¡Sea! respondió doña Benigna: por mi estoy convencida, y bien sabe Dios que solo deseo acompañar y consolar á D. Dámaso de vuestra ausencia, y hallar al lado suyo mi propio consuelo.

—Y tú cuándo te casas, madrina? preguntó Rosario, quien desde su conversion á la elegancia habia por fin consentido en llamar de tu á la marquesa, cosa en la cual jamás habia querido antes consentir.

—¿Yo? nunca! respondió Clemencia: solo en circunstancias como las que rodean á vuestros padres comprendo un segundo matrimonio: en las mias, no: me he acostumbrado á vivir sin mas afecciones que las de la amistad, y ellas me bastan: tu y tu marido cerrareis mis

ojos, Rosario: pero no hablemos mas de eso, y ocupémonos solo de los preparativos de la boda: ¿cuándo vá á ser?

—Al instante, repuso D. Dámaso alegremente.

—En verdad me dá vergüenza, dijo doña Benigna: y es seguro que, si no fuera por dar que decir á los maldicientes, viviría al lado de vuestro padre para acompañarle y cuidarle sin otro título que el de su amiga.

—Eso no puede ser, y así volvamos á hablar de la boda: nos casaremos de aquí á 15 dias: la marquesa y vosotros estareis aquí ocho mas á nuestro lado y despues os ireis á divertiros hasta el verano: si hace falta algo, yo llamaré á Pepe para que se entienda con ello, pues lo que es mi mujer y yo, nos vamos á echar á la vida buena, y á ver lo que duran dos viejos bien cuidados.

¿Para qué hemos de hablar, mis benévolos lectores, de la alegre y apacible vida de aquellas cinco personas, durante los dias que precedie-

ron al casamiento de los dos buenos ancianos?

Deslizáronse puros y radiantes como un rayo de sol, y llegó el de la boda con íntimo gozo para todos y con alguna confusion para doña Benigna, que hallaba *un disparate* el casarse á su edad.

Mas por fin llegó la hora, y el sacerdote le dió la bendicion nupcial al pié de los altares, y en presencia de sus hijos y de la marquesa que tambien fué la madrina de esta boda, como lo habia sido de la de Rosario.

Doña Benigna estaba ataviada con la gravedad y modestia, propias de su edad, y de su distinguida educacion, y que nunca la abandonaban: un vestido negro de rica seda, un chal de cachemira de colores oscuros y subido precio, y una rica mantilla de terciopelo, decorada con encajes de gran valor, fué el traje que llevó á la iglesia, y el que vistió en casa, escepto la mantilla, durante todo el dia.

A pesar de la maledicencia y la mordacidad que imperan en los pueblos poqueños, solo muy pocas personas se atrevieron á zaherir aquella union: eran tantos los beneficios que D. Dámaso sembraba entre los menesterosos, y tantas las

simpatias que el carácter amable y dulce de doña Benigna se habia captado, que solo sabian alabarlos y bendecir la union que los habia fijado para siempre entre ellos.

La comida fué en familia: asistieron á ella el Sr. Cura, el médico, y el juez que estaban unidos con don Dámaso con la mas íntima amistad.

El dia despues del matrimonio, D. Dámaso llamó á todos sus criados, y se los presentó oficialmente á su mujer, pues aquel sencillo labriego tenia la delicadeza del corazon, que no se aprende.

A la cabeza de los servidores, venia Antonio el sobrestante, con su mujer y sus cuatro chiquillos, que todos vivian en la casa.

Mónica, la mujer del sobrestante, era una guapa muchacha de 26 años, morena con buenos ojos y buen talle, de condicion apacible, y que escuchaba á su marido como á un oráculo y le admiraba como á un ser superior.

Todo lo que su Antonio hacia era acatado por ella con el respeto mas profundo: todo lo que decia llevaba el sello de la infalibilidad: era el tipo de la aldeana que solo vive para su espo-

so y sus hijos, y cuyo único horizonte es el de su pueblo.

En la gran casa del rico Maroto, tenia el quehacer de cuidar de las criadas del mismo modo que Antonio vigilaba á los peones y criados: pero Mónica era tan buena que se contentaba con poco y las muchachas servian mas por cariño y gusto que por utilidad, aunque no era poca la que tenian en aquella opulenta casa.

Antonio, su mujer y sus hijos ocupaban un cuarto en el patio, sin que á nadie molestasen los lloros y gritos de los muchachos que se criaban para ser tambien buenos servidores de la casa.

—Aquí teneis á mi mujer y vuestra señora, dijo D. Dámaso señalando á doña Benigna: desde hoy, no me pidais nada, ni me quebreis la cabeza con *sonajas*, ella manda: al que no le dé gusto, ella le dará dimisorias: al que la complazca, ella le recompensará.

Los criados se miraron unos á otros con espresion alegre y ruborosa al mismo tiempo, y guardaron silencio.

—Señora, sea por muchos años, dijo Antonio adelantándose con su pañuelo en la mano: yo

mi mujer y todos, le deseamos muchas felicidades.

—Gracias, Antonio, repuso doña Benigna, que se habia enternecido al ver aquella tropa puesta á sus órdenes, y que se prestaba á recibirlas con la mejor voluntad; vuestro amo es muy bueno, ya lo sé, y yo no seré para vosotros mas rigorosa que él: veamos, ¿qué deseais? algun aumento de salario? decidlo, pues deseo que tengais una grata memoria de este dia: desde luego os daré cuatro duros mas al año á cada uno: tu, Mónica, ven mañana á por un vestido nuevo para cada uno de tus hijos. Pascuala, que sabe coser y aplanchar bien, quedará para doncella mia, y buscaremos otra para la cocina: da el encargo, Mónica, y ajústala tu misma.

Para todos, prosiguió doña Benigna, poniendo sobre la mesa un bolsillo de seda verde, hay aquí una gratificacion: á dos duros os toca, y á uno á los niños de Antonio: idos acercando.

Cada uno de los sirvientes se aproximó á la mesa lleno de rubor y de gratitud, y fué recibiendo su donativo: la señora, al dar el suyo á los niños, les dió tambien un beso en la frente.

—No os encargo, añadió despues dirigiéndose á todos ellos en general, el cumplimiento de vuestros deberes: sé que los desempeñais bien y por eso solo voy á haceros una advertencia: si alguno necesita algo, que me lo diga con toda confianza, y del mismo modo que si yo fuera su madre.

—¡Bendita sea la señora! esclamó en coro la tosca y honrada servidumbre, llevando todos las manos á los ojos para enjugar algunas lágrimas.

Las mujeres se cubrieron el semblante con el delantal.

—Vaya, vaya! hoy no es dia de llorar, dijo la gruesa voz de D. Dámaso: id á divertiros un rato: que venga la gaita y el tamboril: vosotros tomad los guitarros y bailareis en el terrado: y tú, Mónica, disponles una merienda: tú, Antonio, cuida de que nadie se esceda.

XXII.

Llegó por fin el dia de la separacion de los padres y de los hijos.

El dolor de aquellos fué inmenso, y no menor el de Pepe y Rosario.

—Consolaos con que quedamos juntos, dijo D. Dámaso: peor hubiera sido quedar yo solo: ¿quién hubiera dicho, Benigna, prosiguió volviéndose á su mujer, que cuando te dije, al despedirme en Madrid para venir aquí con mi hija, que ya no dejaria mi soledad, la habias tú de compartir conmigo?

Pepe y Rosario siguieron el consejo de la marquesa, que era el de abreviar todo lo posi-

ble la despedida, y subieron al carruaje ofreciendo volver al verano, ó mas bien, así que mayo tendiese por los campos su manto esmaltado de flores.

Rosario fué muy triste durante las primeras horas del viaje: mas despues, las dulces palabras de su esposo y de su madrina lograron consolarla.

Cuando llegaron á Madrid, las primeras personas á quienes vieron fueron Casilda y su marido.

Él, vestido con esa decencia cercana al lujo que distingue al artesano honrado, hábil y laborioso, estaba verdaderamente buen mozo.

Casilda estaba tambien encantadora, aunque su embarazo se hallaba ya muy adelantado.

Su traje era decente, esmerado y hasta elegante: al verá su ama, dió un grito de alegria y se arrojó en sus brazos.

—¡Ah! esclamó: al fin llega V. á tiempo para ser la madrina de mi hijo!

La marquesa se fuè en seguida á su casa: Pepe, á instancias de su mujer, se acostó: Rosario queria quedarse á solas con la amiga de su infancia.

—¿Cómo te vá? le preguntó: es ya Paco lo que debe ser? ¿ha perdido las malas mañas que tenia antes?

—Gracias á Dios, sí, señorita: pero ¡Vírgen santa, cuánto trabajo me ha costado hacérselas dejar!

Al dia siguiente de aquel en que acompañamos á V. a ver lo que hacia el señorito, fuimos á la fonda, y durante dos ó tres pareció como que hacia bondad: pero despues volvió á las andadas, porque los amigos le avergonzaban si se venia á casa con su mujer.

Un dia fuí á esperarle á la puerta del taller: era sábado y debia haber cobrado el jornal de la semana.

Hacia ya otras dos semanas que yo no veia un cuarto: todos los jornales se los jugaba, y yo habia vuelto á empeñar toda mi ropa y aun parte de la suya que era lo que jamás habia hecho.

Aquella noche salia con los compañeros muy de jolgorio, y con buenas ganas de broma segun lo que pude oir.

—Chico, decia uno, desde aquí á cenar á los andaluces de la calle de Sevilla.

—Eso es, dijo otro, y luego á casa de la Inés

que hay algo de baile y muchachas como soles.

—Lo que es yo, dijo mi marido, no voy á casa de esa mujer: á cenar, pase; pero luego á mi casa.

—Es que en casa de la Inés se juega.

—No importa.

—Dejadle, observó otro: le llevamos á cenar, se alegrará y luego no nos ha de dejar.

Yo, que hacia ya rato que estaba allí con una angustia mortal. me separé de la pared y dí algunos pasos atrás, haciendo luego como que iba hácia ellos.

Pasé al lado de mi marido y fingí no verle: pero él me vió y esclamó:

—¡Casilda! ¿adónde vas?

—A buscarte, dije yo.

—¿Ocurre algo?

—Nada: solo que me han dicho que hay esta noche una comedia muy hermosa en el teatro del Príncipe y queria que me llevaras!

—¡Mujer! ¿de dónde te se ocurre eso? me preguntó él muy admirado.

—¿Qué sé yo? esta noche iria al teatro de muy buena gana.

Paco quedó algo perplejo: pero como real-

mente me ha querido siempre muy de veras, me dijo, aunque haciendo un gran esfuerzo:

—Iremos.

—Y despues me llevarás á comer calamares, añadí yo, sabiendo que delira por ese plato, y fingiendo que lo deseaba aunque no lo puedo ver.

—Mujer, hoy estás de antojos! dijo él.

—Ya ves... como estoy así...

—Cierto: hay que complacerte en todo: hasta mañana, amigos.

—¡Qué, no vienes! esclamaron ellos.

—No puede ser!

—¡Habrá marica! habrá flojo! dijeron todos al ver que se marchaba conmigo. Pero yo le hablé de otras cosas, á fin de que no los oyese.

Eran las siete y media: á las ocho estábamos en el teatro.

Paco se divirtió, y luego cenó muy bien: yo ni lo uno ni lo otro: él, que no es tonto, lo conoció perfectamente y me dijo:

—Casilda, confiesa que solo te proponias sacarme de entre aquella gente.

—Sí, le respondí: porque te ganan el dinero

y nos arruinan. Paco, por Dios, ya que no por mí, mira á lo menos por tu hijo: porqué esos perdidos han de disponer de tí? eres un hombre honrado, laborioso, lleno de habilidad, que podias estar muy bien, y estás muy mal: eso no es justo: y algun dia te pesará el no hacer caso de mis consejos, que todos van encaminados á tu bien!

Yo lloraba al decir esto: mi marido me tomó las manos y me dijo:

—Mira, soy andaluz, y como tal, amigo de la bulla y la jarana, sin que lo pueda remediar: pero ¿quieres hacer una cosa para curarme?

—¿Qué?

—Todos los sábados vienes á buscarme como hoy, y haremos como esta noche.

—Si por cierto, dije yo muy contenta: aunque gastemos algo, no importa.

—Pero si es lástima tambien que empleemos treinta reales!

—¡Qué ha de ser lástima! ya nos queda algo.

En fin, señorita: desde entonces, prosiguió Casilda, todos los sábados tengo la penitencia de ir á buscarle, eso sí; pero tambien le tengo dócil como un cordero á mi voz, y ya se ha

acostumbrado tanto á la casa y á mí, que es donde mejor se halla.

Espero que esto durará hasta que venga mi hijo, que luego él le sujetará mejor que una cadena.

—Tienes razon, Casilda, repuso Rosario: tú has ganado la partida con la suavidad y la dulzura: yo estuve á punto de perderla para siempre con la intolerancia y la severidad: los hombres son como los niños: hay que darles la medicina envuelta en un dulce: hay que gobernarlos por el halago y la blandura: hay que sujetarlos con cadenas de flores, y no con cadenas de hierro: yo doy gracias á Dios de que me haya hecho conocerlo á tiempo, y digo, como tú, *querer es poder*, cuando se trata de cumplir lo que Dios manda y lo que es nuestro deber.

Pepe y Rosario no han vuelto á ver turbada la paz de su dichoso enlace: viven felices, rodeados de cuatro niños, y tambien viven aun sus viejos y buenos padres.

FIN DE LA NOVELA.

INDICE

de los capítulos que contiene este tomo.

	Páginas.
Dedicatoria	5
I.	7
II.	16
III.	27
IV.	39
V.	45
VI.	59
VII.	72
VIII.	83
IX.	99
X.	106
XI.	117
XII.	141
XIII.	150
XIV.	158
XV.	167
XVI.	179
XVII.	185
XVIII.	191
XIX.	200
XX.	210
XXI.	219
XXII.	229

FIN DEL ÍNDICE.

BIBLIOTECA MORAL Y RECREATIVA.

UN TOMO CADA MES. — OCHO RS. CADA TOMO

TOMOS PUBLICADOS.

Tomos de la Biblioteca.		Tomos de las obras.
I.	**El lazo de flores,** novela.....	1
II.	**La rama de sándalo,** id.....	1
III. IV. V.	**El angel del hogar,** estudios morales acerca de la mujer, (tercera edicion)	3
VI.	**A la sombra de un tilo,** novela.	1
VII. VIII.	**Dos venganzas,** novela histórica.	2
IX. X.	**El sol de invierno,** novela basada en la comedia que, con el mismo título, se ha representado con estraordinario éxito.....	2
XI.	**Margarita,** novela, (tercera edicion).....	1
XII.	**La Vírgen de las lilas,** id. (segunda edicion).....	1
XIII. XIV.	**La senda de la gloria**.....	2
XV. XVI.	**Amor y llanto,** coleccion de leyendas históricas, (tercera edicion).....	2
XVII.	**Celeste,** novela.....	1
XVIII.	**El almohadon de rosas,** id....	1
XIX.	**No hay culpa sin pena,** id. (cuarta edicion aumentada)....	1
XX. XXI. XXII.	**El alma enferma,** id.....	3
XXIII.	**Rosa,** novela (cuarta edicion aumentada).....	1
XXIV.	**Querer es poder,** idem.....	1

TOMOS QUE SE PUBLICARÁN.

XXV.	**Un nido de palomas**, idem, (tercera edicion).....	1
XXVI. XXVII.	**A rio revuelto**, id.....	2
XXVIII.	**Premio y castigo**, id. (tercera edicion).....	1
XXIX. XXX.	**Sueños y realidades**, id.....	2

PRECIOS DE SUSCRICION.

Por un mes: en Madrid, 8 rs., en provincias, 10.—Por tres meses, 23 y 28 rs.—Por seis meses, 44 y 52 rs.—Por un año, 84 y 100 rs.

OBRAS PUBLICADAS.

La ley de Dios, coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, segunda edicion ilustrada con láminas. Esta obra ha sido aprobada de texto para las escuelas de instruccion primaria por Real órden de 26 de Abril de 1860...	1 tomo	6 reales.	
A la luz de una lámpara, coleccion de cuentos morales. Esta obra ha sido comprendida en la lista de libros de lectura para las escuelas elementales por Real órden de 30 de octubre de 1863.....	1 id.	4 rs.	
Fausta Sorel, novela, (con láminas).....	2 id.	56	id.
Flores del alma, coleccion de poesías, edicion de lujo.....	1 id.	10	id.
Cantos de mi lira, coleccion de leyendas en verso, (segunda edicion).....	1 id.	8	id.

Los precios de suscricion y venta en Ultramar y en el estranjero los fijarán los corresponsales.

RETURN TO → **CIRCULATION DEPARTMENT**
202 Main Library

LOAN PERIOD 1	2	3
HOME USE		
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

Renewals and Recharges may be made 4 days prior to the due date.

Books may be Renewed by calling 642-3405.

DUE AS STAMPED BELOW

MAY 31 RECD 91
INTERLIBRARY LOAN

MAR 25 1992

UNIV. OF CALIF. BERK.
SENT ON ILL

FEB 27 2002

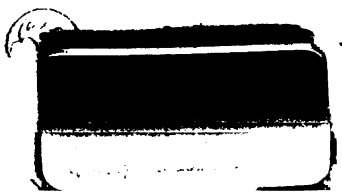
U.C. BERKELEY

FORM NO. DD6

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
BERKELEY, CA 94720

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C003253119

339900

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY